UN DÍA SIN MUJERES

LAETITIA COLOMBANI



salamandra
NARRATIVA

UN DÍA SIN MUJERES

LAETITIA COLOMBANI

Traducción del francés de
José Antonio Soriano Marco

salamandra
NARRATIVA

A todas, por todas, para todas

Sólo una multitud de voces,
una multitud de resistencias,
una multitud de sumas de deseos de cambio,
una innumerable suma de voluntades,
de voluntades de vivir algo distinto,
podrían cambiar la actual faz del mundo.

AWA THIAM, *La Parole aux négresses*

No hay criatura más indomable que la mujer:
ni el fuego ni la audaz pantera lo son más.

ARISTÓFANES, *Lisístrata*

Como mujer, no tengo país.
Como mujer, no quiero país.
Como mujer, mi país es el mundo.

VIRGINIA WOOLF, *Tres guineas*

Prólogo

Es entonces, cuando los dedos desatan el delantal,
sacan la bata, el uniforme, el pañuelo demasiado apretado.

Es entonces, cuando la mano deja la tiza junto a la pizarra,
la libreta de las comandas en la barra del bar,
la pomada y las gasas en el carrito de enfermería.

Es entonces, cuando cierra la caja del supermercado,
baja la persiana de la ventanilla del banco,
de la ventanilla de correos, del metro,
de la gasolinera, del peaje de la autopista.

Es entonces, cuando guarda el casco, apaga el micrófono
de la traducción, del programa de radio, de la megafonía
de la estación, de las recomendaciones de seguridad en el avión,
cuando suelta el auricular de la centralita.

Es entonces, cuando la actriz deja el escenario
quitándose el vestido, desabrochándose el corsé
como quien se quita un peso de encima,
una carga llevada demasiado tiempo,
como el gladiador que abandona la arena,

como el soldado que deja las filas del ejército,
es entonces cuando el mundo se vacía,
es entonces cuando el mundo se tambalea.

1

***Reikiavik*, ISLANDIA**

No volverá la alegría, no volverá la inocencia, no volverá la infancia. Katla no volverá a ser joven, después de esto. En el instante en que se entera de la muerte de Soffía, su mundo salta en pedazos.

Todo empieza con un trocito de regaliz salado. Katla tiene seis años y sus padres acaban de divorciarse. Como se ha mudado con su madre, llega a la escuela con el curso ya empezado, cuando ya se han formado los grupos y las afinidades. El primer día de clase, Katla lleva una bolsa de golosinas de regaliz Mega Drácula para ganarse a sus compañeros. Soffía, más golosa que tímida, es la primera en acercarse. Coge un caramelo y, al morderlo, se le cae un diente. Un incisivo, para ser exactos.

—¡Qué suerte! ¡Esta noche te dejará dinero el hada de los dientes! —le dice Katla, al verla asustada y casi a punto de llorar.

Con gesto compungido, añade que a ella no se le ha caído ninguno. Tiene todos los dientes y la hucha vacía. Soffía, generosa por naturaleza, se ofrece a compartir el dinero con ella, pero Katla tiene una idea mejor: duplicar las ganancias. En cuanto tenga las monedas del hada, Soffía debe recuperar el diente y luego dejárselo

a ella. La madre de Katla siempre va con prisas y no se molestará en examinarle la boca. Así que Katla le enseñará el diente, sin sonreír, y listo. A cambio, promete compartir con ella todos sus dientes. Es un trato ventajoso para ambas: el doble de dientes significa el doble de dinero, dice Katla con una lógica aplastante. A Soffía, fascinada con su audacia, le parece una idea brillante.

—Un día serás presidenta, como Vigdís Finnbogadóttir —le augura, entusiasmada.

El plan funciona durante un tiempo, e incluso gana adeptos, hasta el punto de que se organiza un auténtico tráfico de dientes entre sus compañeros de clase. Por desgracia, la insólita cantidad de dientes caídos al mismo tiempo acaba despertando las sospechas de las familias, que descubren el negocio y confiscan los beneficios (o lo que queda de ellos, ya que la mayoría se lo ha gastado en caramelos). La maestra riñe a Katla, como cerebro de la operación, y la castiga a copiar trescientas veces: «No debo hacer negocio con los dientes de mis compañeros.» Soffía se compadece de ella y le propone repartirse la tarea.

Desde ese día, sus destinos quedan unidos para siempre. Katla y Soffía crecen como la hiedra en un muro, con los tallos totalmente entrelazados. En clase, eligen las mismas asignaturas, hacen las mismas presentaciones y se apuntan a las mismas actividades. Llevan los mismos aparatos de ortodoncia y tienen el covid al mismo tiempo («Normal», resoplan sus madres, al enterarse del concurso de besos que Katla organizó en el instituto). A los dieciséis años, se enamoran del mismo chico y deciden salir con él las dos a la vez, hasta que se cansan y lo dejan. Esa experiencia las une todavía

más: se convierten en *kvidsystur*, «hermanas de vientre», como se llama en Islandia a las mujeres que comparten amante.

Katla, que ha crecido en una familia rota, encuentra en Soffía no sólo a una amiga, sino también a una compañera de vida y un hogar. Durante las ausencias de su madre, que viaja a menudo al extranjero, a veces se queda semanas enteras en casa de Soffía. En verano, pasan parte de las vacaciones en la granja de los abuelos de Katla, en el sur del país, donde corren entre las ovejas, juegan en los campos de lava y tejen gorritos para los elfos escondidos en las rocas.

Como las dos son hijas únicas, a los catorce años deciden adoptarse mutuamente. Durante una ceremonia improvisada en un redil, deciden convertirse oficialmente en hermanas y juran cuidarse y protegerse la una a la otra el resto de sus vidas. Como símbolo de su unión, se atan unas pulseras de lana que ellas mismas han trenzado y que prometen sustituir cada vez que se rompan.

Por supuesto, su amistad también pasa por momentos difíciles. Hay fricciones, intentos de intromisión por parte de terceros y pequeñas traiciones sin mayores consecuencias. Pero la relación supera las crisis y el desgaste del tiempo gracias a un sutil equilibrio de fuerzas: la dulzura de Soffía atempera la energía volcánica de Katla, que, a su vez, estimula e incentiva a su amiga. Una es modesta y prudente; la otra, impulsiva y extrovertida. Pese a sus diferencias, los que las rodean coinciden en que se parecen mucho, una impresión que ellas mismas refuerzan al vestir igual y llevar el mismo corte de pelo.

Cuando ingresan en la universidad, se instalan juntas en el campus, cada una siguiendo su propio camino: Katla estudia Sociología; Soffía, Ciencias de la Educación. La primera quiere dedicarse a la investigación; la segunda, a la enseñanza. Sus intereses empiezan a divergir, igual que sus proyectos vitales. Soffía desea formar una familia; Katla prefiere quedarse soltera. Está convencida de que su carácter no es compatible con las concesiones que exige una relación de pareja y además valora demasiado su libertad. A Soffía le asusta la soledad; a Katla, la dependencia afectiva, que aliena y somete. Sus conversaciones desembocan a menudo en discusiones interminables en las que Soffía intenta convencer a su amiga de las ventajas de una relación estable. Pero Katla no conoce otra que la que las une a ellas. No necesita a nadie, excepto a Soffía.

La única nube en el horizonte de esta amistad idílica se llama Björn. Se ha deslizado entre ellas como una impureza en una dentadura perfecta. Lo conocieron en el Iceland Airwaves, el famoso festival de música, donde él trabajaba como técnico. Las vio en una cola de fans después de un concierto de Sigur Rós y les ofreció colarlas en el *backstage* para presentarles a los músicos. «La típica táctica para ligar», pensó Katla, asqueada. Sin embargo, la maniobra funcionó: desde entonces, Soffía y Björn salen juntos, para desesperación de Katla, que no lo soporta. Sí, es atractivo y bastante culto —puede pasarse horas hablando de la escena musical islandesa, una de las más dinámicas del mundo, según él —, pero está demasiado presente en la vida de las dos amigas, o más de lo que le gustaría a Katla. Cada vez que se encuentran, Katla y Björn se

miden con la mirada, como dos animales rivales que se disputan la atención de Soffía. Ella al final se ha resignado a verlos por separado. Esa época en que las dos adolescentes compartían amante ha quedado muy lejos. Pero al menos están de acuerdo en una cosa: aún no ha nacido el hombre capaz de separarlas.

Esa mañana de junio, Katla se ha levantado temprano para salir a correr. Lleva meses entrenándose para la Midnight Sun Run, la Carrera del Sol de Medianoche, que se celebrará el día del solsticio de verano. Ese día, el sol sólo permanece oculto tres horas, y el cielo adquiere una palidez indefinible mientras el crepúsculo da paso a la aurora. Durante esos días interminables, agotadores para algunos, Katla siente una energía extraña. Duerme menos y vive más; tiene más apetito, más ganas de hacer cosas. Se levanta dos horas antes de lo habitual y se acuesta dos más tarde; una ampliación de la jornada muy útil en época de exámenes. Sabe que ese tiempo bendito tiene los días contados, que en unos meses el sol dará paso a la oscuridad y habrá que devolverle a la noche las horas que el día le ha arrebatado. Es un ritmo bipolar, una suerte de ciclotimia climática a la que su cuerpo y su mente se han adaptado de manera asombrosa.

Como de costumbre, Katla sale de casa al amanecer y deja a Soffía durmiendo. Su amiga es una dormilona, eso es así. A veces Katla no tiene más remedio que entrar en su habitación y arrancarla de la cama, después de un buen rato oyendo sonar el despertador. Claramente, una es nocturna y la otra diurna.

Mientras corre por la orilla del lago Tjörnin, Katla repasa los puntos clave del proyecto de fin de máster que defenderá esa misma mañana. Lo ha titulado: «La ley de 2017 sobre la paridad salarial, símbolo de la ejemplaridad islandesa.» Si aprueba y obtiene el título, Katla espera cursar un doctorado. Lleva meses trabajando sin descanso, sin escatimar tiempo ni energía. En las tranquilas aguas del lago, los charranes árticos, los cisnes y los patos silbones la observan pasar por la orilla. Katla disfruta de esa calma matutina que la presencia humana aún no ha perturbado. Al adentrarse en el parque Hljómskálagarður, retoma el hilo de sus pensamientos. Su tesina analiza la ley promulgada el 8 de marzo de 2017, que obliga a las empresas islandesas con más de veinticinco empleados a acreditar la estricta igualdad salarial entre hombres y mujeres. Es un texto pionero: las trabajadoras ya no tienen que demostrar que ganan menos que sus compañeros; ahora son las empresas las que deben justificar que las diferencias salariales, si existen, no están relacionadas con el sexo del empleado. De hecho, las que tienen una paridad real obtienen mejores resultados, y Katla piensa recalcarlo. También les recordará que las empresas infractoras se exponen a fuertes sanciones, una medida pionera a escala internacional. Con una de las mayores tasas de empleo femenino del mundo, Islandia está considerada un modelo de igualdad. Es, asimismo, el país donde, según los sondeos, la gente es más feliz. Diversos estudios han concluido que las sociedades más igualitarias tienen una esperanza de vida mayor y un nivel económico más alto: así es como Katla piensa concluir su disertación.

En la facultad, la defensa de su tesina va como la seda. Katla responde a las preguntas del tribunal con confianza, claridad, e

incluso con algún toque de humor que arranca más de una sonrisa. Al final, los profesores la felicitan: obtiene su título de máster y una plaza en el programa de doctorado del próximo curso.

Esa noche Katla y Soffía quedan en el Húrra, su club favorito. Los estudiantes han tomado los bares de la calle Laugavegur, la principal arteria de la ciudad, para celebrar el fin de curso. A pesar de la alegría que las rodea, Katla percibe una sombra extraña en los ojos de Soffía. Su amiga le confiesa que ha discutido con Björn por las vacaciones de verano. Como todos los años, ellas tienen previsto pasar unos días en Vík, en casa de los abuelos de Katla, y luego salir de acampada por la zona. Cuando se lo ha contado a Björn, se ha enfadado: en julio trabajará en el festival de Bræðslan y daba por hecho que ella lo iba a acompañar. Soffía reconoce que la actitud posesiva de su novio empieza a pesarle. Al principio interpretaba sus celos como muestras de amor, pero ahora se da cuenta de que no son más que necesidad de control y miedo al abandono. La entrada de un grupo de chicos interrumpe su conversación.

—*Landsbjörgers* —dice Katla sonriendo al ver el distintivo de su cazadora.

En Islandia todo el mundo conoce la asociación de socorristas, cuyas intervenciones en avalanchas y erupciones, entre otras catástrofes naturales, salen constantemente por televisión.

—¡Olvídate de Björn! ¡Vamos a buscar un «cuarto de hora antes de las cuatro»! —suelta Katla mientras arrastra a Soffía hacia los rescatistas.

Le gusta esa expresión para referirse al típico ligue que aparece en el último momento, justo antes de que cierre el local.

La tímida Soffía protesta, pero Katla no le da opción. Se acerca a la mesa que ha ocupado el grupo, casi todos hombres, y les propone tomar una copa juntos. Ellos aceptan encantados. Brindan por la vida, el amor y la amistad. Deseosos de impresionarlas, los *landsbjörgers* hacen bromas y les cuentan anécdotas de sus rescates.

—Los del equipo marítimo se creen el centro del mundo —suelta uno.

—Y los de la montaña, los guardianes de la galaxia —replica un chico de ojos azules.

Katla lo mira con interés. Hay algo en él, una mezcla de fuerza y sensualidad, que la turba.

Las dos amigas les hablan de sus estudios. Mencionan el máster de Katla y sus entrenamientos para la Carrera del Sol de Medianoche.

—¡El año pasado quedó tercera, pero éste va a ganar! —asegura Soffía.

—Gústaf también entrena para la carrera —indica uno de los *landsbjörgers* señalando al chico de los ojos azules.

Envalentonada por el alcohol, Katla le lanza una mirada desafiante.

—Apuesto a que corro más que tú.

El tal Gústaf sonríe, divertido.

—Tal vez sí, o tal vez no...

Cediendo a un impulso, Katla se pone en pie.

—¿Vamos?

El chico parece sorprendido.

—¿Aquí? ¿Ahora? Hemos bebido y no llevamos la ropa adecuada...

Katla sonríe burlona.

—«El que quiere encuentra la forma, el que no quiere encuentra una excusa.» No es mío, es un dicho de mi abuela.

Los ánimos se encienden a su alrededor.

—¡Vamos, Gústaf, que no se diga! ¡Defiende el honor del Landsbjörg!

El chico acaba cediendo y sigue a Katla hacia la salida.

En la calle, los dos corredores hacen estiramientos rodeados de la alegre tropa. Katla y Soffía intercambian una mirada cómplice: no necesitan palabras. Soffía sabe que su amiga no dormirá en casa. Ya le contará su aventura nocturna con todo detalle cuando llegue por la mañana, delante de un café.

—*Prír, tveir, einn, gang!*

Al oír la señal, los dos atletas salen disparados. Gústaf se sorprende del arranque de Katla, que toma la delantera de inmediato. La sigue por la calle Laugavegur ante el asombro de los noctámbulos, que se apartan para dejarlos pasar. A esas horas hay tanta claridad como en pleno día, pero en el aire se percibe la electricidad de la noche. No tardan en dejar atrás el centro e internarse en barrios adormecidos. Gústaf le pisa los talones. Katla oye su respiración regular y nota su cálido aliento en la espalda. Tuercen hacia el mar y llegan a la playa. Sobre el agua, el cielo se enciende en un caleidoscopio de rojos, rosas y violetas. Es la famosa «hora dorada» que cada verano atrae a turistas de todo el mundo.

Gústaf acaba deteniéndose y se declara vencido. Buen perdedor, felicita por su resistencia a Katla, que saborea su victoria con una sonrisa.

—Te falta entrenamiento, pero has sido un buen competidor —presume.

—Se me da mejor el agua... ¿Me das la revancha? —dice él señalando el mar.

Katla lo mira fijamente, sin dar crédito.

—Está a catorce grados...

—«El que quiere encuentra la forma, el que no quiere encuentra una excusa»...

La réplica es inapelable, Katla tiene que reconocerlo. Con espíritu deportivo, se desnuda y deja la ropa a sus pies. Gústaf la imita. Caminan juntos hasta el mar y, sorprendidos por lo fría que está el agua, se zambullen a la vez.

Pasan la noche juntos en la habitación de Gústaf. Sus cuerpos entrelazados se mueven con una sensual sincronía de caricias y besos. Con la urgencia del deseo, se les ha olvidado bajar las persianas, pero a Katla le gusta hacer el amor así, a la luz del día en plena noche. Quiere ver sus cuerpos enfebrecidos y sus gestos ardientes. Se buscan y se desafían con la mirada. Sus manos, sus caderas, su boca, sus pechos, cada centímetro de su cuerpo se encienden al tocar la piel de este desconocido. El placer crece y estalla en una oleada que la deja sin aliento. Gústaf está fascinado por la energía y fogosidad de Katla: hace el amor igual que corre. El sexo para ella es una lucha, un enfrentamiento, un cuerpo a cuerpo sin piedad.

Al amanecer, Katla se levanta y se viste sin hacer ruido. Gústaf le ofrece un café, pero ella lo rechaza. Está deseando marcharse. No

soporta las mañanas después de una noche de intimidad, y aún menos las confidencias que las acompañan. Le resultan incómodas. No obstante, se lo ha pasado muy bien esta noche. Gústaf le ha gustado más de lo que está dispuesta a admitir. Le ha tocado la fibra sensible. Aun así, finge indiferencia y abandona el piso sin más dilación.

Todavía bajo el influjo de la noche, Katla se dirige al campus. Nota un bulto en el bolsillo y saca un llavero con el emblema de los socorristas, uno de esos que la asociación vende cada año. En el dorso, Gústaf ha escrito su número de teléfono. «Por si acaso», ha añadido junto a un *smiley*, y Katla no puede evitar sonreír.

Se detiene al ver una aglomeración de gente a la orilla del lago. Al otro lado de las vallas que delimitan un perímetro de seguridad, se afanan varios policías y bomberos. Intrigada, Katla se une a los curiosos que observan la escena.

—Han sacado un cuerpo del agua —susurra uno de ellos —. Una chica joven, al parecer.

Katla se queda paralizada con el corazón desbocado. Una angustia irracional la lleva a marcar el número de Soffía. No hay respuesta. Llama de nuevo. Una vez, dos... «Es temprano, todavía duerme», se repite para tranquilizarse.

En ese instante, bajo la sábana con la que los paramédicos han cubierto el cadáver, ve una pulsera amarilla de lana trenzada. La pulsera que ató a la muñeca de Soffía.

2

***Tokio*, JAPÓN**

Michiko tendrá que disculparse, el señor Ogita se lo ha dejado muy claro. Ha sido egoísta y desconsiderada con sus compañeras. Al quedarse embarazada antes que ellas, siendo además una de las más jóvenes del departamento, ha quebrantado el orden establecido. ¿Se paró a pensar en lo que sentiría la señora Hinata, que sigue sin descendencia tras siete años de matrimonio y numerosos tratamientos de fertilidad? En cuanto al permiso de maternidad, el señor Ogita ha preferido advertirla: su solicitud será acogida con frialdad por la dirección. La ausencia de Michiko desajustaría al equipo y perjudicaría a los demás empleados, que tendrían que asumir su carga de trabajo. ¿Es justo que recaiga sobre ellos el peso de una decisión personal? Además, ha elegido el peor momento posible. Todo el mundo sabe que el próximo Tokio Toy Show será decisivo para el lanzamiento de la nueva colección de figuritas.

El señor Ogita ha evitado mencionar la considerable inversión que la empresa realizó al contratarla —un dinero que ahora muchos deben considerar completamente desperdiciado —, pero no ha ocultado su decepción por haberlo puesto en semejante aprieto. En

su calidad de jefe de equipo, le aconseja que presente la renuncia, como hacen la mayoría de las mujeres en su situación, y ceda el sitio a empleadas más motivadas y comprometidas con la compañía.

En el atestado metro que la lleva a Katsushika, Michiko repite las palabras que tendrá que pronunciar delante de sus compañeros después de la reunión de la mañana. Sabe que el suyo no es un caso aislado. Recuerda a la señora Takahashi, su profesora de segundo de primaria, que convocó a los padres de los alumnos para pedirles disculpas por tomarse un permiso de maternidad que, pese a las cualidades de su sustituta, podía perturbar a los niños. Al día siguiente, repitió su discurso delante del claustro de profesores.

Esa mañana, Michiko se ha levantado temprano, nerviosa al pensar en la jornada que le espera. En la diminuta cocina de su apartamento, ha preparado los bentos que Daisuke y ella se llevan al trabajo con bolas de arroz, tofu salteado, verduras marinadas en jengibre, láminas de aguacate y rábano blanco cocido. Al de su marido le ha añadido rodajas de mango a la menta, que le encantan. Ha envuelto los bentos en un *furoshiki*, un trozo de tela que ha anudado con esmero para facilitar el transporte. También ha cocinado un *donburi* de pollo, que ha guardado en el frigorífico para Daisuke, porque ella irá a ver a Tomoki y volverá tarde. Luego se ha puesto el traje de chaqueta impecablemente planchado, las lentes de contacto y, aunque le hacen daño, los zapatos de calle recién embetunados. Pese a las protestas en 2019 del movimiento KuToo, por *kutsu*, «zapato», y *kutsū*, «dolor», la mayoría de las empresas obliga a las mujeres a llevar tacones; los zapatos planos no están permitidos, como no lo están las gafas, consideradas antiestéticas en

un rostro femenino. Cada vez hay más voces críticas contra semejante imposición, pero el gobierno no ha hecho nada al respecto, a pesar de la petición firmada por miles de personas. El ministro de Salud y Trabajo ha declarado que considera «razonable y necesario» que las asalariadas lleven tacones.

De pie en el vagón lleno a rebosar, Michiko observa a una pasajera con una barriga enorme sentada en un asiento plegable. Prendida en la solapa del abrigo, lleva la insignia rosa y blanca de las embarazadas, en la que aparece un dibujo de estilo naif con el texto: «Llevo un bebé en la barriga.» Michiko no se atreve a ponerse la suya. A los tres meses de embarazo, aún tiene el vientre plano, no hace falta llamar la atención.

—Hay que utilizarlo con prudencia —le advirtió el médico que le dio la insignia —. Le facilitará la vida en los transportes públicos y las colas, pero también puede ser interpretado como vanidad. No lo exhiba demasiado.

Michiko aprovecha el viaje para conectarse a la cuenta de Yuki. Es su ritual, su bocanada de oxígeno, su momento favorito del día. Con su mechón de pelo azul, sus deportivas fosforito y sus gafas de montura gruesa, la famosa *influencer* alegra a millones de suscriptores a diario. En sus vídeos habla de tendencias, moda y actualidad, además de hacerse eco de los cotilleos y peripecias de los famosos. Se expresa sin rodeos, usando por igual las fórmulas educadas reservadas a las mujeres y el lenguaje directo de los hombres. En una sociedad en la que todos aprenden a medir sus palabras, las de Yuki parecen brotar de forma espontánea. Su rápida elocución y su desparpajo la han convertido en una celebridad. A sus

veinticinco años, parece estar en la cima de su *moteki*, de la popularidad.

Estrella indiscutible de internet, oráculo del mundo digital, se ha convertido en la voz de la modernidad, a la que se admira y se escucha con respeto.

Michiko baja en la estación Keisei-Tateishi y se dirige a la sede central de la empresa, situada en el corazón del barrio de los juguetes. En unas pocas calles se concentran las oficinas de las marcas más prestigiosas del país. Algunos turistas pasean por allí para ver las estatuas de los personajes del manga *Captain Tsubasa* que decoran las calles. Michiko llega al fin ante el gran edificio, cuyo escaparate, lleno de aviones en miniatura, muñecas, peluches y robots, es otra de las atracciones de la zona. La empresa también se enorgullece de tener su propia fábrica, un departamento de investigación y un hospital de juguetes, al que cualquiera puede llevar un artículo averiado para que se lo reparen gratuitamente.

En la tercera planta, está a punto de empezar la reunión del departamento de marketing. El primer punto del orden del día es la estrategia de lanzamiento de la nueva colección de Nendoroids. A Michiko siempre le han gustado esas figuritas de anime articuladas y transformables. De niña se pasaba horas explorando las infinitas combinaciones de sus vestidos y accesorios. Le encantaba hacer bocetos de figuritas en su cuaderno: una heroína superpoderosa que un día quizá llegaría a ser tan famosa como los Pokémon, los Transformers, Hello Kitty, Dragon Ball Z, los Power Rangers o Naruto. Temerosa de la mirada ajena, no enseñaba sus dibujos a nadie, aparte de a Tomoki. Con los años, fue abandonando aquel cuaderno.

En el instituto y después en la universidad, comprendió que la ambición estaba mal vista en las chicas. En ellas se consideraba presunción; debían tener expectativas «razonables», ser «prudentes». La audacia era privilegio de los chicos. En los mangas se contaban historias de jóvenes valientes e impetuosos que se enfrentaban a desafíos increíbles, mientras que las chicas soñaban con vivir historias de amor, que era lo único que daba sentido a sus vidas. A los veinte años, Michiko conoció a Daisuke en la facultad. Se casaron y se instalaron en un pisito completamente equipado. Tras terminar un máster en marketing con mención de honor, Michiko consiguió un puesto en una multinacional del juguete. No diseña figuritas; se encarga de comercializarlas. El cuaderno de bocetos se ha transformado en un documento de Excel o un PowerPoint, lo que pone de manifiesto la cruel distancia entre los sueños y la realidad.

En la sala de reuniones, el señor Ogita aborda el plan de marketing digital. Hay que apostar por «asociaciones ambiciosas», dice, «estrategias de contenidos», «*feeds* coherentes y estéticamente atractivos», desarrollar una «narración visual impactante». Desde hace unos años, las ventas de juguetes están en caída libre, les recuerda. Pese al impulso de los mangas y los animes, el sector vive bajo la amenaza de la competencia china y padece las consecuencias del descenso de la natalidad: la población envejece y no se renueva. Hay que redoblar los esfuerzos y la inventiva para reactivar las ventas, repite machaconamente la dirección. Michiko no puede evitar pensar en esa contradicción: ¿le reprochan que se haya quedado embarazada y, al mismo tiempo, lamentan la caída de la natalidad? Las recriminaciones de su jefe,

¿no son paradójicas? Anoche, mientras cenaban, le contó lo ocurrido a Daisuke. Tras reflexionar sobre el asunto, su marido, ingeniero en Matemáticas Aplicadas, llegó a la siguiente conclusión: a Michiko la contrataron para vender juguetes, no para comprarlos. Por lo demás, la reacción del señor Ogita no le extrañó.

—Es normal que se preocupe —dijo.

Él también está preocupado; el trayecto hasta Tateishi es largo y pesado, sobre todo para una embarazada, añadió. Michiko tiene que pensar en la salud de su hijo.

—Si pierdes al niño, luego no te quejes —le advirtió su suegra, tras insistirle en que debía pedir la baja laboral. Da por sentado que, después del parto, no tendrá elección —. Dejar a tu hijo al cuidado de otra persona no está bien visto —le recordó, mencionando con desprecio a esas jóvenes madres jadeantes y aterradas a las que se ve todas las tardes corriendo hacia las guarderías, que sancionan con una multa el menor retraso —. A un niño lo tiene que criar uno de sus padres —concluyó mientras Daisuke asentía.

Michiko no dijo nada. Se fue a la cama pensando en sus años de estudios, en lo que tuvo que esforzarse para poder entrar en el mejor colegio, el mejor instituto, la mejor universidad y, por fin, en una empresa prestigiosa. Su trayectoria educativa había sido una maratón agotadora, había llegado a la meta con mucho sacrificio, y ahora ellos le pedían que renunciara a la medalla. Se sentía como un Fórmula 1 obligado a detenerse en el arcén a media carrera. Hace unos años, uno de los periódicos más importantes del país denunció un escándalo ocurrido en una prestigiosa facultad de Medicina: las notas de los participantes en el examen de ingreso habían sido manipuladas para limitar el acceso de las chicas. Lejos de

arrepentirse, la junta de la facultad se justificó diciendo que muchas mujeres dejaban de trabajar al quedarse embarazadas, y, en consecuencia, se las consideraba menos fiables que los hombres. El asunto levantó mucha polvareda, pero sólo desvelaba una ínfima parte del problema. Al final de una carrera educativa agotadora, las japonesas se veían enfrentadas a una disyuntiva demencial: ser madre o ejercer una profesión. Leyendo el artículo, Michiko se enteró de que dos de cada tres asalariadas renunciaban a su trabajo durante su primer embarazo; otras optaban por abortar para conservarlo. Cada vez eran más las mujeres que rechazaban el matrimonio y la maternidad, como en Corea, donde el movimiento de las 4B, que propugna el cese de cualquier relación íntima con los hombres (no al sexo, no a las citas, no al matrimonio, no a los hijos) se propagaba rápidamente. En un intento de contrarrestar el fenómeno, el ayuntamiento de Tokio había creado una aplicación de citas reservada en exclusiva a quienes deseaban formar una familia y tener hijos. Sus miembros debían dar su palabra de honor. La iniciativa había recibido fuertes críticas.

Al acercarse el final de la reunión, Michiko nota que se le acelera el pulso y se le humedecen las palmas de las manos. Desde que era niña, ha obedecido a sus padres, a sus profesores, a sus jefes; ha sido prudente, trabajadora, disciplinada. Pero ahora tendrá que pedir perdón. ¿Perdón, por qué? Este bebé ha sido buscado, esperado, deseado. Por Daisuke, por sí misma, por los dos. Y también por sus padres, sobre todo por su madre, que fue la más contenta al saber la noticia. Su madre tiene tan pocas alegrías desde que Tomoki se encerró... Hace tres años ya... Tres años sin ver la cara de su hijo.

Sin embargo, lo tiene muy cerca, en su habitación, donde vive recluido, delante del ordenador, encendido permanentemente.

Fue en mayo, tres semanas después del inicio del curso. Tomoki acababa de empezar su último año en Tōdai, la universidad más prestigiosa de Tokio: el esprint final antes de graduarse. Una tarde, al llegar a casa se encerró en su habitación, y ya no ha salido de ella. Los primeros días a sus padres no les preocupó demasiado que no fuera a clase.

—Tarde o temprano saldrá... —Suspiró su madre.

Pero con el paso de las semanas todos comprendieron que ocurría algo grave. Michiko intentó en vano hablar con su hermano. Temiendo que hubiera sido víctima de acoso, preguntó a sus compañeros de la universidad, pero todos lo negaron. Llegó a la conclusión de que Tomoki sufría *gogatsu-byō*, el «mal del mes de mayo», una especie de depresión que afecta a estudiantes y a jóvenes asalariados, y que simplemente había tirado la toalla.

Como un caballo que se niega a saltar un obstáculo, su hermano había sucumbido a la presión del sistema escolar y las desmesuradas expectativas de sus padres: su madre es una *kyōiku mama*, una madre obsesionada con el rendimiento académico de sus hijos. Siempre les ha repetido que tenían que ser los primeros. Tomoki no lo ha soportado. Su personalidad se ha ido resquebrajando, como las piezas de cerámica que su madre se esfuerza en recomponer. Se ha convertido en un *hikikomori* (de *hiki*, «retroceder», y *komori*, «encerrarse»), uno de esos reclusos voluntarios que se apartan del mundo y rehúyen todo contacto social. Al principio, Tomoki sintió que se libraba de un peso que ya no podía soportar. Pero poco a

poco la trampa se fue cerrando sobre él y sus días se transformaron en una noche interminable. Ahora vive en la oscuridad. Sólo abre las ventanas cuando todos duermen, para dejar entrar un poco de aire fresco.

Para intentar ayudarlo, Michiko ha leído numerosos artículos y libros sobre el tema. Ha averiguado que el archipiélago no es el único territorio donde el síndrome hace estragos, pero sí el más afectado. En una suerte de negación, el gobierno llegó a destinar fondos al estudio del fenómeno en otros países con la esperanza de demostrar que sus causas no radicaban en la sociedad japonesa. Pero el intento resultó inútil. Las cifras eran demasiado elocuentes: en el archipiélago, los *hikikomori* superan el millón.

Tomoki se ha convertido en un motivo constante de discordia entre sus progenitores. El padre culpa a la madre de lo ocurrido. Como lleva solo la carga económica del hogar, hace recaer sobre ella la responsabilidad de la educación.

Su madre, en cambio, insiste en hablar de «un bache», como si esa expresión pudiera restarle gravedad a la situación. Es una forma de negar la angustia que la consume. Cada vez pasa más tiempo reparando con polvo de oro las vasijas rotas que trae de sus clases de *kintsugi*. Lo que en otro tiempo fue un simple pasatiempo se ha convertido en una obsesión.

Pero su madre sabe que hay grietas que nada podrá sellar, como la de su hijo, que se hace más grande cada día y forma un abismo hacia el que siente que se precipita. Si el presente la inquieta, el futuro la aterra. Se dice que la salud mental de los *hikikomori* se

deteriora poco a poco. El síndrome funciona como un bucle de retroalimentación negativa: la depresión conduce al aislamiento, y el aislamiento alimenta la depresión. Es una enfermedad que parece nutrirse de sí misma, una espiral descendente que te lleva hacia la aniquilación.

Su madre piensa a menudo en aquel matrimonio de ancianos del que tanto hablaron los medios. Murieron en el incendio de su casa, que ellos mismos habían provocado. Temían dejar solo a su hijo, recluido desde hacía años, y decidieron morir con él. Su historia conmocionó a todo el país.

Los periodistas aprovecharon la tragedia para llamar la atención sobre el envejecimiento de las personas aisladas, un problema social cada vez más preocupante. Su madre se pregunta con angustia quién cuidará de Tomoki cuando ella ya no esté. ¿Quién le preparará la comida y se la dejará, mañana, tarde y noche, en una bandeja frente a la puerta de su habitación? ¿Quién se ocupará de que no le falten el té, el jabón o las botellas de agua? ¿Quién velará por él? ¿Quién se asegurará de que siga vivo? Michiko pronto será madre y tendrá que ocuparse de su bebé, no podrá con todo. Su madre piensa en ello todos los días mientras repara piezas de cerámica, que hace tiempo que dejaron de ser simples adornos y han acabado por invadir casi todo el piso.

Michiko tuvo que insistir mucho para que sus padres aceptaran ver a una terapeuta (en Japón no abundan los psicólogos, a los que no es habitual recurrir). Durante meses, una asistente social, supervisada por un médico, los visitó una vez por semana para intentar establecer contacto con Tomoki. Él no quiso abrirle, ni siquiera hablar con ella. Considerándolo ineficaz, sus padres la

despidieron, en contra de la opinión de Michiko. Luego, su padre mencionó a un entrenador personal «especializado en *hikikomori*» al que había visto en un programa de entrevistas: se lo veía echando abajo una puerta para entrar en la habitación de un joven recluido, al que arrastraba por la fuerza a un centro de «reaclimatación». El entrenador, que no era ni médico ni psicólogo, se había autonombrado «experto en la materia». Asegurando que no ha conocido el fracaso, propone métodos expeditivos a las familias desesperadas, a cambio de una fuerte suma de dinero. A Michiko le parece una locura recurrir a él.

—Tomoki tiene que salir por voluntad propia —repite.

El uso de la violencia sólo agravaría su trastorno. No es así como se curará, Michiko está convencida. Pese al tiempo transcurrido, sigue confiando. A decir verdad, es la única. Alrededor de su familia se ha hecho el vacío. Poco a poco, sus padres han dejado de ver a sus amigos: la sociedad juzga a los *hikikomori* con mucha dureza. Es un tema tabú, una vergüenza para las familias afectadas. En el entorno de la suya, ya nadie pregunta por Tomoki; es como si estuviera muerto, excluido del mundo de los humanos. Como si nunca hubiera existido.

Michiko se niega a abandonarlo. Lo visita tres veces por semana, con una regularidad inalterable. Es la única persona que logra entrar en la habitación que compartieron durante veinte años, como atestigua el segundo futón que aún permanece guardado en el armario y que ella desenrollaba cada noche cuando eran niños. Entonces se acostaba junto a Tomoki y le cogía la mano mientras dormían. Su hermano pequeño sufría terrores nocturnos, pero la

presencia de Michiko bastaba para tranquilizarlo. Ella se resiste a soltar esa mano. Todos los lunes, miércoles y viernes, al salir del trabajo, se dirige a Minami Magome, el barrio de sus padres. Hace un alto en la pastelería Watanabe, donde compra *wagashi* y *mochi*, dulces que les encantan a los dos y que se comen viendo vídeos de Yuki. Como Tomoki no ha abierto la boca desde que se encerró, Michiko habla por los dos: le cuenta cómo le ha ido el día, de qué ha charlado con sus compañeros, su marido, sus amigas... Le pone al corriente de la vida de la que él se ha retirado. Ella es el lazo, el cordón umbilical que lo une al mundo, el pulmón que lo alimenta de aire fresco. Daisuke no ve con buenos ojos esas visitas. Las considera una sobrecarga. Minami Magome está en la otra punta de la ciudad y el trayecto es agotador.

—Cuando el niño nazca, no podrás seguir haciéndolo —le dice, y añade que recorrer los pasillos del metro con el recién nacido es inconcebible.

—Entonces, iré en taxi —responde ella, para irritación de su marido, que alza los ojos al cielo pensando en el importe de la carrera, demasiado alto para el presupuesto de la pareja.

Aparte del argumento económico, Michiko sospecha que su marido tiene celos de Tomoki. Daisuke, hijo único, creció solo, disfrutando de toda la atención de sus padres. Seguramente, espera la misma exclusividad de parte de su mujer.

—No puedo abandonarlo —le repite —. Si le suelto la mano, desaparecerá.

En el fondo, Michiko se siente culpable por haber seguido adelante mientras Tomoki se hundía. Como algunos supervivientes de catástrofes o atentados, que se preguntan por qué siguen vivos

cuando otros perecieron, Michiko arrastra una pena secreta, una incapacidad para ser plenamente feliz. Tomoki, cuatro años menor que ella, siempre ha sido el más frágil de los dos, el que se resfriaba, el que se hería, el que necesitaba protección. Michiko asumió muy pronto su papel de hermana mayor; desde niños, ella es quien lo apoya, lo anima y lo consuela. Es la única que entiende sus silencios, que conoce los recovecos de su oscuridad.

En su fuero interno, Michiko sabe que Daisuke tiene razón: le resultará difícil compaginar el trabajo, el cuidado del recién nacido y las visitas regulares a su hermano. Lo que no se atreve a admitir es que esos momentos robados a su cargada agenda son tan necesarios para ella como para Tomoki. Son sus respiros, su oxígeno, una forma de eludir la angustiosa presión del mundo, el cúmulo de exigencias que pesa sobre ella desde que se levanta hasta que se acuesta.

La reunión de marketing toca a su fin. Michiko sale de su ensimismamiento cuando el señor Ogita se vuelve hacia ella y le cede la palabra. Se levanta, dispuesta a pronunciar las frases que ha preparado, pero no le salen las palabras. Tiene un nudo en la garganta. De repente, todo la agobia, los zapatos, que le están destrozando los pies, el traje de chaqueta, demasiado ajustado, el sudor frío que le resbala por la espalda, bajo la blusa... Empieza a temblar. Siente náuseas. Empuja la silla hacia atrás y, ante los ojos atónitos de sus compañeros y su jefe, se precipita hacia la puerta y abandona la sala corriendo.

3

***Hospital Avicenne, Bobigny,* FRANCIA**

—Prefiero que me vea un médico.

Hawa ha oído esa frase cientos de veces, a pesar de que lleva prendida en la bata la acreditación roja de los médicos. Ese documento le costó ocho años de estudios en Senegal y tres más en Francia. Luego aprobó el concurso de facultativo hospitalario y obtuvo una plaza en la unidad de urgencias de un inmenso hospital del extrarradio de París. Desde entonces, se ha acostumbrado a estos gestos de desprecio; racismo puro y duro, en el fondo. Es habitual que a un auxiliar de enfermería de piel blanca lo confundan con un médico, pero una mujer negra tiene que ser por fuerza enfermera. Su sexo y su color pesan más que su profesión, y eso no lo cambiarán todas las acreditaciones del mundo. En otras circunstancias, Hawa replicaría, pero, después de veintiuna horas de guardia, no le quedan fuerzas para discutir ni para recitarle su currículum a este paciente ebrio que se ha fracturado la muñeca al salir de la discoteca. Acaba de perder treinta minutos intentando convencer a una mujer con un posible neumotórax de que debía someterse a ciertas pruebas. Como tantos otros, la mujer había consultado ChatGPT y creía conocer el tratamiento apropiado.

Convencida de estar en posesión de la verdad, no era consciente del peligro que corría.

Hawa se esfuerza en ser educada. Envía al paciente a radiología y se dispone a examinar al siguiente. En el pasillo, un anciano se ha enfadado con una residente, a la que amenaza con su bastón. Hace horas que está allí, gritando, exasperado, pero nadie lo atiende. Su caso no es excepcional, ni mucho menos, como lo prueba la sala de espera abarrotada y la acumulación de camillas en la entrada.

Desde que trabaja en urgencias, Hawa ha visto cómo se deterioraba la situación hasta convertirse en crítica. Ahora, la afluencia de enfermos es continua; hay el doble que antes, pero menos personal sanitario. Una ratio insostenible, que hace cada día más difíciles las condiciones de trabajo. La escasez de médicos de atención primaria, especialistas y servicios asistenciales para personas mayores o vulnerables provoca una saturación crónica de las urgencias, a las que se acude, tanto de día como de noche, por una amigdalitis, un esguince o una cefalea. Los casos graves se han convertido en excepción y los pacientes se han vuelto cada vez más exigentes. Ahora las faltas de respeto al personal sanitario son moneda corriente. No hay día en que Hawa no sea testigo de un incidente o que ella misma sea blanco de la frustración de un enfermo o un acompañante.

Su amiga Moïra, que ha optado por tomárselo a risa, anota en una libreta los insultos más originales. También apunta los chistes machistas, tan frecuentes en el medio hospitalario. Moïra, que tiene respuesta para todo, no se deja pisar por nadie.

Como sus compañeros, Hawa trabaja a un ritmo frenético. Aquí las guardias duran doce o veinticuatro horas. A veces no tiene tiempo ni para ir al baño, no digamos para beber o comer. En la habitación destinada a los médicos, rara vez pasa más de una hora seguida. Es imposible dormir sin que te despierten. De ese sueño fragmentado no saca ningún provecho, sólo un agotamiento constante y un insomnio crónico. Los días de recuperación deambula por el piso como una zombi y se queda traspuesta en el sofá viendo series. Toma pastillas para dormir por la noche y, cuando el café no basta, otras para mantenerse despierta durante la jornada.

Sin embargo, necesita estar siempre lúcida; conservar la cabeza fría, porque sus decisiones pueden tener graves consecuencias; actuar con rapidez y adaptarse a cada situación; ejecutar maniobras técnicas, a menudo delicadas, con mano firme. No temblar. No dejar traslucir las emociones. No contagiar su estrés al equipo y, menos aún, a los pacientes o a sus familias.

En la ambulancia del servicio de emergencias, a la que sube con frecuencia, o en la sala de reanimación, donde estabiliza a los accidentados, no hay ensayos y rara vez segundas oportunidades. La muerte forma parte del trabajo y, pese a todos los esfuerzos del personal, a veces se presenta sin previo aviso.

Pronto serán las seis de la mañana. A Hawa le cuesta mantener los ojos abiertos. Ha sido una noche movida: dos posibles infartos, un shock anafiláctico, un ataque de epilepsia, dos heridos de arma blanca en una reyerta, un hombre con quemaduras de segundo grado y un anciano con insuficiencia respiratoria, además de las fracturas, los accidentes domésticos y las «pupitas» de costumbre.

En los pasillos, las camillas se amontonan y las protestas se suceden. Hawa ignora la agitación y los insultos del anciano del bastón, al que Moïra intenta calmar en vano, y se detiene un momento para tomar un café. Es una pérdida total de tiempo: la máquina vuelve a estar averiada.

A su alrededor, todo ofrece el mismo aspecto. En uno de los boxes, el aire gélido del invierno se cuela por un cristal roto que lleva meses sujeto con cinta adhesiva. Una imagen elocuente del servicio de urgencias de un sistema sanitario exhausto.

Hawa se encierra en el cuarto de baño y se echa agua fría en la cara. Su cansancio está empezando a transformarse en náusea. Se ha pasado la noche corriendo de un paciente a otro, sin descanso. Se toma dos pastillas: los ansiolíticos se han convertido en su muleta, una ayuda química de la que ya no puede prescindir.

Hawa amaba su profesión, pero la dureza de la práctica diaria ha erosionado su vocación hasta el punto de que a veces se plantea abandonarla. Aún recuerda el día en que pronunció el juramento hipocrático con la voz temblorosa y el corazón rebosante de orgullo.

Ha sido un largo camino desde el pueblo senegalés de Léné hasta este gran hospital de París. La señora Diallo, su profesora de segundo de primaria, ya se lo había dicho a su madre:

—Hawa tiene aptitudes. Podría estudiar una carrera, convertirse en ingeniera o en médica.

En clase, siempre acababa los ejercicios antes que los demás. Para mantenerla ocupada, la señora Diallo le daba el doble de trabajo, y ella lo hacía de buena gana. Por la tarde, mientras sus hermanos armaban jaleo, ella se sentaba en un rincón del patio con un libro o

un cuaderno. Se pasaba horas así, ignorando el ruido, absorta en su mundo.

—¿En ingeniera o médica? —había preguntado su madre, sorprendida, porque en el pueblo las mujeres no estudiaban: trabajaban en los campos y criaban a sus hijos. Además, las carreras de ciencias solían estar reservadas a los chicos —. No tenemos dinero para pagar un internado —objetó Ma: el colegio recomendado por la señora Diallo estaba en Sanghé, cerca de Thiès, al otro lado del bosque.

—¡De dejarlo correr, nada! —exclamó Bah, la tía preferida de Hawa, al enterarse de la conversación con la profesora.

Y decidió organizar una tontina con las mujeres del pueblo. Ese sistema de financiación, muy extendido en Senegal, consiste en reunir los ahorros de todos los participantes en un fondo común que cada miembro utiliza por turnos. Gracias a la tontina, Hawa entró en el internado.

Sus aptitudes se confirmaron en el colegio y, luego, en el instituto. Tras obtener el título de bachillerato con mención de honor, Hawa ingresó en primero de Medicina en la Universidad Cheikh Anta Diop de Dakar y superó brillantemente el examen de acceso. Ocho años y un doctorado después, se presentó a un programa de intercambio para estudiar su especialidad en Francia.

En ese país en el que nadie la esperaba, Hawa tuvo que esforzarse el doble que los demás para hacerse valer. Sumó guardias y pequeños trabajos sustituyendo a auxiliares de enfermería, camilleros e incluso administrativos para pagar el cuartito realquilado en el que vivía. A la edad en la que otros salen y se divierten, ella

consagró su juventud al estudio, un sacrificio que hizo sin quejarse, convencida de que su vocación lo exigía.

Aunque está orgullosa del camino recorrido, la realidad cotidiana difiere mucho de la que había imaginado. Cada jornada es una carrera de obstáculos. Desde luego, también hay momentos maravillosos: sonrisas y miradas que llegan al alma, algunos «gracias» que jamás se olvidan, la fugaz sensación de haber sido útil y de haber ocupado el lugar que te corresponde. Hay instantes casi mágicos en los que los esfuerzos de todos convergen para salvar una vida. Y está también la fraternidad del equipo, unido y solidario frente a la adversidad.

Con el tiempo, sus compañeros se han convertido en su segunda familia. Moïra, la enfermera, es su mejor amiga. Cuando Hawa llegó a la unidad, Moïra la ayudó a orientarse y a evitar ciertas situaciones. Con tal médico era mejor guardar las distancias: tenía las manos largas. A aquel jefe de servicio que le pedía que le preparara el café, bastaba con echarle una pizca de sal en la taza. El truco no tardó en dar resultado. Por ser extranjera, Hawa ocupaba una plaza de residente; un estatus inferior a su cualificación y peor remunerado. Algunos aprovechaban esa situación para encargarle tareas que no le correspondían, pero Moïra la ayudó a librarse de ellas. Todo el mundo conocía el temperamento combativo y las convicciones feministas de la enfermera, que por las noches salía a empapelar las calles de París con carteles de denuncia contra los feminicidios. Hawa la acompañó en más de una de aquellas expediciones nocturnas, aunque ahora está demasiado cansada para

esas correrías. Cuando Moïra y Florence se casaron, la eligieron como testigo. También es la madrina de su primer hijo, Augustin, que ya tiene cuatro años.

La guardia de Hawa toca a su fin. Antes de marcharse, extiende una última receta. Para mayor seguridad, comprueba tres veces la dosis prescrita: con la mente embotada por el cansancio, siempre teme cometer un error.

Hace unos meses, un interno se equivocó. Al final de una guardia de veinticuatro horas, escribió «insulina» en lugar de «morfina» en una prescripción. Por suerte, la enfermera encargada de administrar la inyección alcanzó al médico antes de que abandonara el hospital y le pidió que la revisara. Cuando el interno leyó su receta, se quedó lívido; de no haber sido por su compañera, el paciente podría haber muerto.

Después de informar al equipo de la mañana, Hawa se quita por fin la bata. Le promete a Moïra que pasará a ver a su ahijado durante el día (el pequeño vuelve a tener otitis, la tercera desde que empezó el curso escolar) y se dirige al aparcamiento del personal para coger el coche. Normalmente utiliza el transporte público, pero, como habían anunciado alteraciones en la red, ha preferido curarse en salud. Por el camino, aspira una gran bocanada de aire fresco, que, pese a la polución y la llovizna helada, le parece deliciosa después de los olores del hospital, una mezcla de emanaciones corporales y tufo a detergentes. Antes de arrancar, enciende el móvil. Tiene un mensaje de Hugo, el abogado con el que está saliendo últimamente. Lo conoció en urgencias, donde se presentó con el brazo roto después de haber resbalado con una placa de

hielo. Mientras Hawa lo escayolaba, empezaron a hablar. Fue un momento agradable, una tregua inesperada en mitad de una jornada interminable. Al irse, Hugo le escribió su número en un trozo de papel.

Hawa tardó en decidirse a llamarlo. Empujada por Moïra, empeñada en encontrarle pareja, acabó dando el paso. Hugo la invitó a tomar una copa. Hablaron, rieron y coquetearon un poco. En la segunda cita fueron a ver una exposición en la Maison des Mondes Africains. Ahora el abogado le propone cenar en su casa; presume de ser un excelente cocinero. A Hawa la invade un vago sentimiento de pánico. No es que Hugo no le guste, al contrario. Es culto, atento y bastante atractivo. No puede ponerle ninguna pega, pero teme una enésima relación sin futuro. Para algunos hombres blancos, salir con una negra es una «experiencia». A veces, Hawa tiene la sensación de ser un objeto de curiosidad sobre el que proyectan fantasías y clichés. Está harta de pasar sus días de recuperación haciendo *scroll* durante horas en apps de citas en busca del *match* perfecto. Los encuentros son breves y, en su mayoría, decepcionantes. Por lo general, no hay una segunda cita. Según Moïra, está perfeccionando sus estrategias de evitación.

—Te proteges porque te asusta el compromiso —le repite su amiga.

Es verdad que le cuesta relacionarse. En urgencias, no vuelves a ver a los pacientes, lo cual es perfecto para ella. Una vez atendidos, regresan a casa o ingresan en la unidad correspondiente.

La relación no tiene continuidad. Hawa siente que es un reflejo de su vida. A sus casi treinta y cinco años, no ha construido nada, aparte de su carrera y su pequeño círculo de amigos.

Mientras piensa cómo rechazar la invitación de Hugo, Hawa sale de Bobigny y toma la A86 en dirección a Montreuil, donde vive. Por su mente desfilan las imágenes de los pacientes de la noche, a los que ha visto jadear, sufrir, gritar, morir... El cansancio la abruma. Le martillea la cabeza y se le revuelve el estómago. No se da cuenta de que se le cierran los ojos. Basta un segundo, un instante...

Hawa se duerme al volante.

Despierta sobresaltada con la primera vuelta de campana. Aterrada, ve alternarse el cielo y la tierra, el mundo puesto al revés. El coche ha cruzado el carril de emergencia y atravesado el guardarraíl. En el interior del habitáculo, cada segundo parece una eternidad.

Cuando el vehículo se inmoviliza al fin en la cuneta, Hawa está aturdida. Tarda unos segundos en comprender que sigue viva. Al oír la sirena de los bomberos, cada vez más cerca, sabe que su vida ha dado un giro radical. Formaba parte del personal sanitario y, en un instante, se ha convertido en paciente.

Durante los días posteriores al accidente, Hawa es incapaz de levantarse. No puede salir de la cama ni plantearse volver al trabajo. «Es un milagro», le dijeron los bomberos mientras la rescataban del amasijo de chapa retorcida. Salió ilesa. Ilesa pero profundamente conmocionada. Las secuelas no son tanto físicas, apenas algunas contusiones, como psicológicas. El accidente era previsible, casi inevitable, se repite una y otra vez. Una salida de la vía anunciada, provocada por un malestar que llevaba demasiado tiempo negándose a reconocer y a nombrar. Ante el sufrimiento que

contempla a diario en urgencias, ha minimizado el suyo propio; por pudor, porque no quería enfrentarse a él, o porque la hacía sentirse culpable. Llevaba meses levantándose con un nudo en la boca del estómago y aturdiéndose a base de pastillas. La simple idea de cruzar las puertas del hospital la llenaba de angustia. Por la noche, se despierta empapada en sudor, con una opresión en el pecho, respirando con dificultad. A veces, sueña que camina por el borde de un precipicio y acaba cayendo.

Hawa no puede evitar acordarse de Nadine, aquella enfermera afable y tímida que llevaba años trabajando en la admisión de urgencias. Una mañana la encontraron sin vida en una sala de exploración, cerca de la jeringuilla con la que acababa de inyectarse una dosis letal de insulina. Su suicidio conmocionó a todo el hospital. La tragedia incluso motivó un reportaje sobre el desgaste profesional del personal sanitario, una realidad negada a menudo también por los propios interesados. Pero luego todo siguió igual. Tendida en la cama, Hawa no quiere continuar engañándose: ha agotado sus reservas de energía, paciencia y humanidad. Se parece a su coche, abandonado en el arcén tras el accidente; está hecha pedazos, para el arrastre. A su alrededor, el piso le parece vacío y aséptico. Un piso piloto, sin vida.

Hawa sabe que sólo hay un lugar en el que podrá reconstruirse, reencontrarse consigo misma. La casa de la tita Bah, en el pueblo en que nació.

4

***Barrio de San José, Soyapango,* El Salvador**

Si cosen ciento diez pares de mangas cada hora y hacen diez horas al día... Ana María no ha ido a la escuela, pero sabe multiplicar: eso significa un total de mil cien pares de mangas diarios. El hangar del taller de confección está lleno de mujeres sentadas frente a máquinas de coser bajo la luz de los fluorescentes. De la mañana a la noche, cosen con un ritmo mecánico e incesante, desenrollando sus enormes bobinas de hilo sin descanso. Confeccionan uniformes para prestigiosas universidades de Estados Unidos (Harvard, Stanford o el Instituto Tecnológico de Massachusetts), situadas a miles de kilómetros de allí y que ninguna de ellas ha pisado jamás.

Todas las mañanas, Ana María cierra de golpe la puerta de su casita de ladrillo y chapa ondulada y recorre las callejas de tierra batida de San José hasta la parada del autobús, atestado de trabajadoras. La mayoría dormita, arañando unos minutos más de sueño reparador. En medio del tráfico denso, muchos autocares avanzan hacia la zona franca, donde se concentran las fábricas de productos textiles y electrónicos. Cerca de las entradas, esperan pacientemente las vendedoras ambulantes, apostadas delante de grandes calderos. Antes de incorporarse a su puesto, Ana María se

toma a toda prisa un cuenco de caldo de maíz bien caliente. No es un desayuno muy sabroso, pero le mantendrá el estómago lleno una parte de la jornada. El ritmo de trabajo es constante y el reglamento, estricto. No se puede hablar, beber ni ir al lavabo sin pedir permiso. Las empleadas sólo tienen una breve pausa para comer, aunque algunas están tan cansadas que prefieren aprovecharla para tumbarse en el suelo y dormir.

Ana María entró en el taller hace ya veinticinco años. La maquiladora acababa de abrir. En esa época, muchas mujeres se presentaban en busca de trabajo. El gerente la miró de arriba abajo.

—No contrato a nadie de menos de catorce años —le dijo —, no quiero problemas con eso.

«Eso» era Ana María.

—Yo casi tengo quince —respondió ella mostrándole su documentación.

Al final, el gerente aceptó contratarla. Las condiciones no eran negociables: 242 dólares mensuales por sesenta horas de trabajo a la semana, o eso o nada.

Al principio, le costó adaptarse.

—¡Más deprisa! —le repetía la encargada inclinada sobre su hombro.

Daba puntadas flojas, demasiado juntas o mal alineadas; al hilo le faltaba tensión. Con el tiempo, ganó precisión y velocidad. Ahora, sus manos trabajan solas, sin que necesite pensar, como si fueran dos apéndices separados del resto de su cuerpo que han conquistado su plena autonomía.

Por la noche, Ana María sueña que cose mangas. Se ve repitiendo los mismos movimientos hasta el infinito rodeada por el ruido aturdidor de las máquinas. Cuando sale de la fábrica, los oídos continúan zumbándole un buen rato, como un enjambre de abejas que la sigue a todas partes. Al ver los uniformes terminados, piensa en los estudiantes que los llevarán sin saber de dónde proceden. Cuando era joven, se imaginaba vestida así, entrando en la universidad, un mundo lejano, casi irreal... En éste, se pasa el día cosiendo mangas. Le habría gustado estudiar, pero, tras el asesinato del señor Álvarez, uno de sus profesores en el instituto, tuvo que dejar de ir a clase.

—El trayecto es demasiado peligroso —decía su madre temiendo por su vida.

En esa época, en San José reinaba la Mara Salvatrucha (MS-13). La gente vivía con los postigos cerrados y nadie se atrevía a salir después del anochecer. Ya no se contaban los impactos de bala en las fachadas de las casas ni los inocentes muertos o lisiados durante las sangrientas peleas que estallaban en plena calle. Las bandas asesinaban, violaban y extorsionaban con total impunidad. Los muros cubiertos de grafitis llevaban la firma de las dos mayores: el signo de los cuernos de la Salvatrucha y los tres dedos levantados de Barrio 18. Así, de un solo vistazo se sabía quién controlaba el barrio. Se acababa con familias enteras: las hijas, raptadas o violadas; los hijos, enrolados a la fuerza, con puñetazos y patadas. Ana María recuerda el día que se llevaron a Kiko, su hermano pequeño; aún no había cumplido los doce años. Chicos apenas unos años mayores que él lo acorralaron y se turnaron para golpearlo mientras su jefe recitaba la cuenta atrás: trece segundos para la MS-

13, el ritual estaba bien ensayado. Kiko tardó en levantarse, más muerto que vivo, con la boca ensangrentada y el cuerpo tumefacto. Se tambaleó unos instantes, pero levantó la cabeza y alzó los dos índices formando una M invertida, en señal de adhesión a la mara. Para oficializar su entrada en la banda, tenía que matar a un inocente: Kiko obedeció disparando a quemarropa a un vendedor ambulante de fruta. Desde ese día, era «el Duke», un pandillero especialmente temido. Ana María dejó de considerarlo su hermano. Ahora pertenecía a la Salvatrucha, cuyo nombre llevaba tatuado por todo el cuerpo, en la cara y en la frente.

Ana María odiaba a los «caras tatuadas», que sembraban el terror. Cuando su hermano aparecía en casa con pescado o trozos de carne robados a los tenderos, ella se negaba a probarlos con el pretexto de que no tenía hambre y se marchaba. Maldecía aquel barrio y aquella ciudad superpoblada, adonde iban a parar todos los pandilleros deportados de Estados Unidos. Según los medios, Soyapango se había convertido en el lugar más peligroso del continente, incluso del mundo: el número de homicidios por habitante alcanzaba cifras astronómicas. Su madre solía decir que, si el infierno existía, debía de parecerse a aquel barrio.

A diferencia de algunas de sus amigas, que se relacionaban con mareros, Ana María se cuidaba mucho de acercarse a ellos. Frente a la violencia de las pandillas, prefería la dulzura de Toño, a quien conocía desde la infancia: sus padres regentaban una pequeña tienda de alimentación cerca del mercado. Amable, trabajador y atento, Toño reunía las cualidades que ella más valoraba. Por eso se había casado con él a los veinte años. Un año después, había nacido Esperanza. Por desgracia, la tienda, heredada por Toño, no se

libraba del control de las bandas, que amenazaban y extorsionaban a los comerciantes. Muchos acababan echando el cierre, y todos soñaban con marcharse.

—En Estados Unidos, la vida sería más fácil —repetía Toño.

Millones de personas pensaban lo mismo que él.

Una mañana, Toño se unió a una caravana de migrantes que se dirigía hacia Guatemala. Debía atravesar México, cruzar el río Grande y llegar a Washington, donde residía la mayor comunidad salvadoreña de Estados Unidos. Una vez instalado, haría venir a Ana María y a Esperanza, que entonces aún era pequeña. Le prometió que la llamaría en cuanto llegara. Ana María aguardó esa llamada durante semanas. Las semanas se convirtieron en meses; los meses, en años. En el barrio, las malas lenguas aseguraban que Toño había rehecho su vida. Otros imaginaban que había sido víctima de las violentas bandas que controlaban las rutas migratorias, golpeaban a los viajeros y los despojaban de cuanto llevaban encima. También se barajaba la posibilidad de que hubiera sufrido un accidente: las caídas desde los techos de los vagones de tren en los que se amontonaban los clandestinos estaban a la orden del día.

Ana María siguió esperando durante mucho tiempo. Estaba convencida de que su Toño seguía vivo. Todas las semanas acudía al aeropuerto, donde aterrizaban aviones repletos de inmigrantes expulsados. En el inmenso vestíbulo de llegadas buscaba la silueta de su marido mientras sujetaba con fuerza el capazo lleno de pupusas recién hechas. «Vendrá muerto de hambre», se decía, convencida de que no le habrían dado de comer durante el vuelo.

Pero siempre regresaba sola, con el capazo lleno y la moral por los suelos.

Todos los domingos, acompañaba a su madre a la iglesia para rezarle a santa Rita, patrona de las causas desesperadas. Por desgracia, la santa tenía asuntos más urgentes que resolver. Pese a todas sus plegarias, nunca les trajo de vuelta a Toño.

Luego llegó ese día, el día que su vida dio un vuelco. El día que le quitaron a Esperanza. Fue hace tres años: su hija acababa de empezar en el instituto. Esa mañana, la adolescente no había probado bocado. Desde hacía unos días se sentía empachada. Ana María no le dio importancia; lo achacó a la yuca frita, un poco demasiado aceitosa, que habían comido el domingo. Esperanza salió de casa con el pelo suelto y vestida con su camiseta «No Future» y sus vaqueros *baggy* favoritos. Antes de alejarse, se volvió hacia su madre y se despidió con la mano. «Qué guapa es mi niña», se dijo Ana María. Esperanza se parecía a su padre, tenía sus ojos negros y las mismas facciones armónicas. Últimamente se le había redondeado la silueta. Ana María lo había notado enseguida: tenía más caderas y más pecho, lo que realzaba aún más su belleza.

Ana María quería tener siempre fresca en la memoria esa imagen de su hija, la de sus últimos instantes en libertad.

Esa tarde, al salir del taller, la llamaron de comisaría. Sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies. No conocería los detalles de aquel día funesto hasta mucho después, en el locutorio. Los dolores habían empezado en el instituto, durante la clase de Lengua. Esperanza tenía retortijones y pidió permiso para ir al baño. Como no volvía,

una compañera fue a buscarla. La encontró en el suelo, inconsciente, en medio de un charco de sangre.

Cuando despertó en el hospital, Esperanza notó el frío contacto del metal en la muñeca: estaba esposada a la cama. Unas enfermeras se afanaban a su alrededor sin dirigirle la palabra. La situación se prolongó unos minutos. Por fin, un médico se acercó a ella. Con semblante serio, le explicó que estaba detenida: la acusaban de haber abortado. La interrupción del embarazo, que se encontraba cerca de la vigésima semana de gestación, le había provocado una hemorragia, explicó el hombre. Tal como exigía la ley, había informado a las autoridades. El personal sanitario estaba obligado a comunicar a la policía cualquier hemorragia sospechosa, so pena de enfrentarse a una acusación de complicidad.

Esperanza no sabía que estaba embarazada, se lo repitió al médico y al inspector que se presentó después para interrogarla. Sí, hacía tiempo que no le venía la regla, pero, como menstruaba de forma irregular, no le había dado más importancia.

El juicio no duró mucho, apenas una tarde: les bastaron unas horas para decidir sobre una vida. En el banquillo de los acusados, Esperanza, pálida y con el pelo revuelto, escuchaba a los letrados. Sentada entre el público, Ana María no apartaba los ojos de su hija, como si quisiera tranquilizarla, darle confianza con la fuerza de su mirada. Para defenderla, se había designado a una abogada de oficio, Berta, con mucha experiencia en representar a chicas en su misma situación. Esa mujer no hacía más que repetir que Esperanza desconocía su estado, pero el fiscal no la escuchaba. Para él, la adolescente era culpable de un crimen de lesa humanidad.

—La interrupción del embarazo está prohibida bajo cualquier circunstancia —insistía.

Eso quería decir incluso en caso de violación o de riesgo para la vida de la criatura o la futura madre. Con grandes aspavientos, denunciaba los crímenes de las «mataniños», contra las que el Estado exigía castigos ejemplares. La legislación sobre el aborto de El Salvador era una de las más represivas del mundo. La pena fijada era de ocho años, pero en determinadas situaciones las presuntas culpables podían ser acusadas de «homicidio con agravantes» debido a su relación de parentesco con el niño, en cuyo caso podían caerles entre treinta y cincuenta años de cárcel. Los abortos espontáneos se juzgaban con la misma severidad, dado que a veces es difícil distinguir una interrupción involuntaria del embarazo de un acto deliberado.

—La vida es sagrada —repetía el fiscal, vuelto hacia el público, recalcando cada palabra.

—¿De qué vida hablamos? —replicó Berta, exasperada —. ¿De la de esas jóvenes, condenadas prácticamente a cadena perpetua? ¿De los miles que mueren durante un aborto clandestino cada año? ¿O de aquellas a las que se deja morir por falta de atención médica?

La abogada recordó el trágico caso de una madre de familia que había salido en los medios. La mujer acudió al hospital aquejada de fuertes dolores y una ecografía reveló que sufría un embarazo ectópico. El embrión no era viable y la vida de la paciente corría peligro, pero el médico se negó a intervenirla: no podía intervenir mientras el corazón del feto latiera, argüía, o lo acusarían de haber puesto fin a una vida. En consecuencia, había que esperar a que la madre tuviera una hemorragia. Su estado empeoró rápidamente

hasta derivar en una peritonitis aguda, que ni él ni nadie pudo atajar. Murió dos días más tarde tras una terrible agonía.

—¿Acaso la vida de las mujeres no importa? —preguntaba Berta indignada al tribunal —. ¿Por qué siempre debe quedar relegada a un segundo plano? ¿Quién estableció esa jerarquía entre los seres humanos?

La abogada recordó que las jóvenes no tenían acceso a los anticonceptivos: en los barrios pobres no había farmacias ni ambulatorios. Además, usarlos estaba mal visto, dada la contundencia con la que la Iglesia se pronunciaba sobre esta cuestión. Los embarazos de menores representaban un grave problema social, explicó Berta, pero el Estado no proponía ninguna solución. En El Salvador, decenas de miles de adolescentes y mujeres jóvenes se quedaban embarazadas cada año, y la mayoría de esos embarazos no eran deseados. Las que disponían de medios viajaban al extranjero o acudían a las clínicas privadas, que no estaban sujetas al control de las autoridades. Las demás se las arreglaban como podían: tomaban pesticidas o se introducían objetos en la vagina sin ningún tipo de control sanitario. No era raro que murieran de infecciones o hemorragias. Y si sobrevivían, se las sentaba en el banquillo de los acusados y se les imponían condenas severas. Desesperadas, muchas adolescentes embarazadas preferían quitarse la vida: en los últimos tiempos, se había observado un aumento de suicidios entre chicas jóvenes. ¿No era eso la demostración de un fracaso?, preguntó Berta a modo de conclusión. ¿No tenía el Estado otra cosa que ofrecer que una ley injusta y obsoleta?

A Ana María le pareció que su alegato estaba lleno de inteligencia y humanidad. Aquella mujer brillante, elocuente, titulada universitaria, salvaría a su hija, estaba convencida. El tribunal no podría permanecer insensible a sus argumentos.

Cuando se dictó sentencia, Ana María se quedó petrificada. Se declaraba a Esperanza culpable de homicidio con agravantes y se la condenaba a treinta años de prisión.

Treinta años de su vida robados, sacrificados. Treinta años entre rejas. Treinta años en el infierno de la cárcel de mujeres de Ilopango.

Todos los meses, Ana María saca un billete de autocar para ir a la prisión. Ve desfilar el paisaje urbano a lo largo de quince kilómetros, se apea en la parada de Santa Lucía y finaliza el camino a pie hasta el gran portón azul custodiado por un guardia. Desde la calle, el edificio no llama la atención; cuesta creer que dentro haya encerradas miles de mujeres. Una vez pasadas las rejas de la entrada, hay que esperar muchas horas en un pasillo para cumplir con las formalidades. Después de un cacheo a fondo, la llevan al fin ante la gruesa puerta de hierro del sector A, el de las «asesinas de niños». Allí es donde vive Esperanza desde hace tres años.

Decenas de mujeres se hacinan en celdas insalubres: en la de su hija, son más de ochenta. Allí no hay camas ni colchones. Tampoco armario; lo que posees tiene que caber en un bolso, del que es mejor que no te separes, si no quieres que desaparezca. Las instalaciones sanitarias son viejas; los retretes se embozan cada dos por tres. En medio del ruido y la masificación, las mujeres carecen

de todo: jabón, papel higiénico, compresas, champú... Un mísero pañuelo de papel es un bien valioso, que no dudan en reutilizar.

Todos los meses, Ana María le lleva a su hija productos de primera necesidad. Allí no todas tienen tanta suerte; las visitas a la cárcel resultan caras, lo que supone un drama para las familias que no pueden permitirse ese gasto. Y un castigo añadido para las presas más pobres, algunas de las cuales no han visto a los suyos en años.

Ana María ahorra cada céntimo ganado en la maquila pensando en las visitas a la cárcel. Antes se privaría de comer que perderse un solo segundo junto a su hija.

—Hay que mantener la confianza —le repite Berta.

La abogada, que se formó junto a la que ella llama «la Comandante», una guerrillera famosa, se niega a darse por vencida. A la cabeza de una asociación que lucha por los derechos de las mujeres, hace unos años obtuvo la liberación de varias presas con largas condenas. Y sigue peleando por Esperanza y exigiendo sin descanso la revisión de su juicio. No le pide a Ana María un solo céntimo.

—Lo hago por la causa —dice —. Por solidaridad.

A pesar de sus esfuerzos, el caso de Esperanza no avanza; el procedimiento está en punto muerto. Los jueces están desbordados en todo el país. Desde la gran ofensiva del gobierno contra las maras, se ha detenido a casi setenta mil hombres, de los que se estima que un tercio serían inocentes. Juzgados en grupos por videoconferencia, muchos han sido condenados a cadena perpetua. Los tribunales no dan abasto frente a las quejas de las familias y las peticiones de revisión de juicio. Pese a la situación, Berta no ceja.

—Hay que perseverar —dice —. Llegará el día en que se haga justicia, en que la voz de las mujeres al fin será oída y respetada.

Todas las noches, al acostarse, Ana María piensa en «su niña», tumbada en el suelo de la cárcel. Si pudiera, ocuparía su lugar sin dudarlo un segundo. Durante las horas de insomnio y desesperación, imagina todo tipo de ardides y planes inverosímiles para ayudarla a escapar. Le viene a la cabeza el cuento de Pulgarcito, que tanto le gustaba a su hija de pequeña. Como era tan pequeño, su protagonista podía esconderse dentro de un bolso de mano o en el fondo de un bolsillo para ir adonde le apeteciera. A veces Ana María sueña que mete a su pequeña en una manga, donde nadie puede encontrarla, y se la lleva muy lejos de allí, a un país en el que las mujeres viven en libertad.

5

Reikiavik

Desde que apareció el cuerpo sin vida de Soffía, Katla vive sumida en una sensación de irrealidad. Percibe cuanto ocurre a su alrededor desde una extraña distancia, como si nada terminara de afectarla del todo. No es posible. Esa forma inerte bajo la sábana, hinchada y fría, no puede ser su amiga. Y, sin embargo, en aquel rostro inexplicablemente inmóvil reconoce las facciones de Soffía, la cicatriz de la barbilla, la media melena. Y la pulsera de lana en la muñeca.

Todo parece sacado de una mala novela policiaca. Está el decorado: las destartaladas dependencias de la comisaría, la fría sala del instituto anatómico forense. Y está también el vocabulario: «asesinato», «autopsia», «sospechoso», «declaraciones». Palabras nuevas en la vida de Katla. Palabras que le resultan casi abstractas, carentes de significado.

Ese mismo día, la policía interroga a Björn. Los investigadores encuentran restos de sangre en su ropa. Puesto bajo custodia, no tarda en confesar. Reconoce que aquella noche había quedado con Soffía para «hablar»; relata la conversación que mantuvieron, cómo

se torció cuando ella le anunció que pensaba dejarlo, la frustración que se apoderó de él y la violencia con la que la golpeó. También admite haber arrojado el cuerpo al lago para hacer pasar el crimen por un accidente y simular un ahogamiento tras una noche de copas.

Un guión conocido, poco original. Un triste clásico que se repite cada día en los cinco continentes desde la noche de los tiempos. «¡¿Hasta cuándo?!», le gustaría gritar a Katla. Jura partirle la cara a cualquiera que se atreva a hablar de «crimen pasional», una expresión desafortunada que los medios siguen utilizando con demasiada frecuencia. De pasión no puede hablarse: el amor no tiene nada que ver con lo ocurrido. Katla quiere llamar a las cosas por su nombre. Ha sido un crimen machista, cometido para dominar y nacido de la frustración; un crimen sin circunstancias atenuantes, imperdonable.

—Todo se gesta en la infancia —solía decir Soffía.

El tema la apasionaba. Katla recuerda una conversación que mantuvieron acerca del documental sobre Boris Cyrulnik que habían visto en la universidad. Entre otras cosas, el famoso neuropsiquiatra explicaba que uno de cada cinco niños varones respondía a la frustración con violencia, y aseguraba que era posible identificar a esos niños y educarlos para que no se convirtieran en maltratadores y en un futuro agredieran a las personas de su entorno. El mecanismo era reversible, Soffía así lo creía. Mejorar al ser humano mediante la educación: ése era el proyecto al que quería consagrar su vida. Hacía poco, había descubierto entusiasmada los principios del método Hjalli, muy de moda en los países nórdicos. Según ella,

una revolución comparable a la que representó en su día el método Montessori. Se enseñaba a los niños a no invadir el espacio de los demás, a ser más respetuosos y empáticos; y a las niñas, a hacerse valer, a confiar en sí mismas y a actuar con determinación. Los niños y las niñas estudiaban separados y sólo compartían una hora de clase al día. A Soffía le parecía un método inspirador: los resultados escolares eran excelentes, aseguraba, y los niños se mostraban visiblemente más abiertos. El método, que ya se aplicaba en preescolar y primaria, se extendería pronto a los colegios e institutos. Soffía estaba convencida de que la enseñanza era lo único que podía transformar las costumbres y las mentalidades, y quería participar en ese gran movimiento presentando su candidatura a una de esas escuelas en cuanto se licenciara. No le ha dado tiempo: uno de esos niños frustrados y todopoderosos le ha cortado las alas en pleno vuelo.

Katla vive los siguientes días en un estado de pavor e incredulidad. Tiene la sensación de que Soffía aparecerá en cualquier momento: en la cocina del piso que compartían, al doblar un pasillo en la universidad, en una de aquellas cafeterías que tanto le gustaban... No puede aceptar que su amiga no volverá, así que se inventa historias, se engaña a sí misma y trata de convencerse de que Soffía sólo ha salido un momento.

Tras la negación, llega la cólera. Katla culpa al mundo entero: a Björn; a sus padres, que no supieron educarlo; a la sociedad, que le permitió convertirse en lo que es... Y a ella misma, por no haberse dado cuenta del peligro y la trampa en la que estaba cayendo Soffía.

A los catorce años se habían hecho hermanas y habían jurado protegerse mutuamente. Ella había traicionado aquel juramento. Mientras asesinaban a Soffía, se estaba acostando con un hombre, y sólo pensarlo se le hiela la sangre. ¿Cómo va a poder perdonárselo? Todas las noches, a la hora exacta de su muerte, se despierta sobresaltada. Durante varios minutos así, recuerda cada detalle de aquel día trágico con espantosa nitidez. Maldice el mes de junio y las interminables noches de verano, el Húrra, el aguardiente Brennivín y el vodka Reyka, a los chicos del Landsbjörg y todos los «cuartos de hora antes de las cuatro» del mundo. Antes de las cuatro, Soffía había dejado de respirar.

En su piso, aquel escenario que compartían, Katla se debate entre la rabia y la culpa. Bajo esa luz perpetua, el dolor le parece aún más insoportable. En invierno habría podido desaparecer bajo una montaña de mantas, fundirse con la oscuridad como un animal en su madriguera, pero es pleno verano y la vida bulle por todas partes. Odia a los que salen de noche, a los que se divierten, a los que gritan de placer, a los que respiran... La Carrera del Sol de Medianoche se celebrará dentro de unos días, pero ella no participará. No se ve capaz de salir de casa y correr por la orilla del lago. Björn también le ha arrebatado eso; no sólo ha matado a su amiga, también ha destruido sus proyectos y profanado los lugares que amaba. Ésas son las víctimas colaterales de su crimen, como tantas otras de las que apenas se habla: la familia, los amigos, los allegados. No hay estadísticas que las contabilicen, ni palabras capaces de nombrar su pena y tampoco medidas para cuantificarla.

Por supuesto, se celebrará un juicio y se dictará una sentencia, pero nada de eso atenúa su dolor ni su rabia.

Pasa días enteros sin salir de casa, con ansiedad y el cuerpo agarrotado. Le gustaría quedarse allí para siempre, como esos chicos japoneses que deciden vivir enclaustrados. Sus padres le dejan mensajes. Su padre vive en Noruega con su nueva pareja y Katla tiene poco contacto con él. Su madre, siempre de viaje, la llama desde el extranjero. Al otro lado de la línea, Katla se queda muda: no tiene ganas de hablar. No responde a sus amigos ni a las peticiones de entrevistas de los medios de comunicación. No quiere ver a nadie, porque nadie le devolverá a Soffía.

La asociación de estudiantes de la universidad ha organizado una manifestación silenciosa. Katla encabeza la marcha junto a los padres de Soffía. Están rotos de dolor, pero avanzan dignos y erguidos. Todos llevan una camiseta que ha hecho imprimir Katla con una foto de Soffía. Es de un verano de hace años. En la comitiva están Gústaf y los *landsbjörgers*, con los que Soffía compartió su última noche. Cuando la manifestación se dispersa, Gústaf se acerca a Katla. Cohibido, busca las palabras, murmura que está desolado, que puede contar con él para lo que sea. Katla lo mira con frialdad. Cortante como un cuchillo, contesta que no necesita ni su ayuda ni su compasión. Pasaron juntos una noche, una única y maldita noche que desearía borrar de su memoria. Lamenta haberlo conocido. Si no le hubiera lanzado aquel estúpido desafío, Soffía aún estaría viva.

Gústaf encaja el golpe. Es inútil insistir. Katla parece un animal herido, dispuesto a morder a cualquiera que se acerque. Su dolor es

una herida en carne viva y ninguna muestra de afecto lo puede aliviar.

De vuelta en casa, Katla la toma con el escenario. Poseída por un impulso destructivo, descarga su rabia contra los muebles, los objetos, las carpetas y, en especial, su tesina, que ahora le parece de una ingenuidad insoportable. Esa nación tan alabada, a la que muchos ponen como modelo, es un fraude, se dice. En el supuesto paraíso de la igualdad, la violencia perdura. Allí, como en todas partes, sigue habiendo hombres que matan a mujeres, ésa es la verdad.

La mañana del entierro, la iglesia está abarrotada. Los padres de Soffía le pidieron a Katla que pronunciara unas palabras y ella no se atrevió a negarse. Ha pasado horas preparando el texto, pero, frente a los bancos en los que se apretujan familiares y amigos, las palabras se le atascan en la garganta. Cuando ve el ataúd de madera barnizada de Soffía, comprende que no será capaz de hablar. ¿Qué hace ella allí dentro, en ese lugar dejado de la mano de Dios? Ya no cree en Él. A Soffía le gustaba tanto la luz... Ella jamás habría permitido que la enterrasen en ese helado cementerio que terminará sepultado de nieve en invierno. Katla sabe que su amiga habría preferido alzar el vuelo, disolverse en el aire, reunirse con los elfos en los campos de lava por los que correteaban en verano. «Que no se los vea no significa que no existan», solía decir Soffía, que creía en el pueblo oculto. Por desgracia, no le dio tiempo a expresar sus últimas voluntades. Cuando te asesinan a los veinte años, lo normal es que no hayas hecho testamento.

Katla deja la hoja de papel delante del micrófono, echa a andar por el pasillo central, sale de la iglesia y desaparece.

En el autobús que la lleva hacia el sur, Katla no presta atención al paisaje, ni a los caballos salvajes, ni a los rebaños de ovejas en libertad. Se los sabe de memoria; ha hecho el viaje cientos de veces. Aunque no los ha avisado de su llegada, sus abuelos no parecen sorprendidos cuando aparece en mitad de la cena. Katla no da explicaciones; con ellos no hace falta. Se limitan a poner otro plato en la vieja mesa de madera y a recibirla con los brazos abiertos.

6

Tokio

Michiko lleva varios minutos en la cabina. Inclinada sobre el inodoro, vomita procurando no hacer ruido. Es la primera vez que tiene náuseas desde el comienzo del embarazo. Cuando al fin sale, pálida y sudorosa, la reunión ha terminado. El señor Ogita la espera, visiblemente contrariado. Lamenta que no haya podido disculparse ante el equipo, como le había pedido, y le ruega que vaya a hablar con sus compañeros uno por uno al acabar la jornada. Eso los obligará a alargarla, cosa que lamenta, pero no ve otra solución. Puntualiza que esa hora extra le será descontada de su sueldo, puesto que Michiko es la única responsable de la situación.

Cuando llega a casa, pasadas las diez de la noche, no se lo cuenta a Daisuke. No se atreve a confesarle la humillación que ha sentido al bajar los ojos delante de sus compañeros para pronunciar unas palabras que le han costado Dios y ayuda. Por vergüenza o pudor, prefiere alegar que ha tenido que cerrar un asunto a última hora. Esa noche, Michiko apenas cena y duerme mal. Se pasa todo el fin de semana intentando disimular su tristeza. El lunes por la mañana se despierta con un nudo en el estómago. La sola visión de los

bentos que debe preparar le da náuseas. En el metro, aumenta la sensación de angustia, que la oprime y le atenaza la garganta, el estómago y cada músculo del cuerpo.

Cuando llega a la oficina, la señora Kabuki la convoca a la sexta planta. La jefa de personal, informada de su «estado» por el señor Ogita, empieza por darle la enhorabuena. Luego le dice que siente su marcha, que ella no tiene hijos, pero que «ser madre debe de ser el trabajo más bonito del mundo», y entonces le pregunta qué día presentará su renuncia. Necesita saberlo antes de comenzar con las entrevistas para encontrar a su sustituto. Michiko se queda de piedra. Tarda unos segundos en reaccionar. Un poco torpemente, balbucea que el señor Ogita lo ha entendido mal: ella no quiere renunciar; ni ahora, durante el embarazo, ni después. Le gusta su trabajo y quiere seguir en la empresa. Le asegura que ser madre no afectará a su compromiso ni a su disponibilidad. La señora Kabuki parece desconcertada.

—Para una mujer, es muy difícil compaginarlo todo —dice suspirando, y menciona a una antigua empleada del departamento de Contabilidad que se empeñó en seguir trabajando tras el nacimiento de su hijo. Esa mujer no aceptaba hacer horas extra y se ausentaba cuando estaba enferma, poniendo en un aprieto a sus compañeros y superiores. Al final, estuvo varios meses de baja por depresión, hasta que dejó de trabajar definitivamente.

La señora Kabuki le aconseja que se lo piense bien.

Michiko apenas puede aguantarse las lágrimas mientras baja a la tercera planta. ¿Tanto esforzarse en la universidad para acabar

renunciando a su puesto? Si lo hiciera sentiría que se traiciona a sí misma, que desprecia un derecho que ha conquistado con mucho sacrificio. Le aterra terminar como su madre, marchitándose poco a poco entre las paredes de un piso, y ver cómo su matrimonio se desmorona igual que el de sus padres. Al ser el único sostén económico de la familia, su padre ha dedicado su vida al trabajo. Siempre sale de casa temprano y vuelve tarde, cuando su madre ya se ha acostado. No comparten ninguna comida, ningún momento del día. Y los fines de semana, está tan cansado que se pasa la tarde durmiendo, encerrado en su habitación, donde nadie se atreve a molestarlo. Cuando llegan las vacaciones, sólo coge la mitad de los dieciocho días que corresponden por año a los asalariados, porque faltar al trabajo está mal visto. Con el paso del tiempo, se ha convertido en una sombra que vive al margen de la familia. Necesitada de afecto, su madre volcó toda su atención en sus hijos. Cuando eran pequeños, dormía con ellos, y a veces incluso se levantaba de madrugada para prepararles los deliciosos y equilibrados bentos que se llevaban a la escuela. Después de clase, tenían profesores particulares para preparar los exámenes de acceso a los colegios, institutos y universidades más prestigiosos (la selección empezaba ya en preescolar). Su madre también se preocupaba de que hicieran deporte, música, danza y dibujo: tenían que estar estimulados, desarrollar sus capacidades, marcar todas las casillas del camino hacia el éxito. Llenar el vacío a cualquier precio. Llenar el vacío, ¿a qué precio?, se pregunta Michiko hoy en día. Siempre sola, su madre acabó sustituyendo a los humanos por los objetos. Ahora se pasa la vida rodeada de vasijas desportilladas. En

cuanto a Tomoki, autoexcluyéndose de la sociedad encontró una manera radical de eludir las expectativas maternas.

Prototipo de la esposa perfecta, su madre la educó en los valores tradicionales, al tiempo que la alentaba para que estudiase. Como tantas mujeres de su generación, Michiko está dividida entre dos exigentes contradicciones: encarnar a la «niña sabia» a la que alude su nombre, dócil y disciplinada, o vivir como la «mujer nueva» de la que hablaba Raichō Hiratsuka, escritora feminista adelantada a su tiempo que luchaba por la autonomía de las mujeres, reivindicando su derecho a existir fuera de la esfera familiar. Aunque sus ideas tuvieron una gran repercusión en su época, las madres trabajadoras siguen estando poco valoradas en Japón. Se han propuesto medidas para favorecer el empleo de las mamás jóvenes, pero las autoridades las han rechazado, al considerar que podían crear desigualdades entre los trabajadores.

Cuando Michiko vuelve a su departamento, su compañera Mitsuki advierte su abatimiento. Las dos han hablado a menudo de la maternidad. Mitsuki lo tiene muy claro: nunca se casará ni tendrá hijos. No le importa que la consideren una *himono-onna*, «pescado seco», como llaman en Japón a las mujeres solteras. Apasionada de los *otome games*, esos juegos *online* para chicas jóvenes, Mitsuki mantiene desde hace meses una relación con un *ikemen*, un «chico guapo» generado por inteligencia artificial. Mitsuki confiesa que se ha planteado casarse con él, una solución que tiene muchas ventajas, añade alborozada. Un marido real acaba envejeciendo, ganando peso o perdiendo pelo, mientras que un compañero virtual

conserva su atractivo eternamente. Además, si quisiera vestirse de novia, podría recurrir a una agencia de *self-wedding*: las «bodas con una misma» cada vez son más populares. Por unos trescientos o cuatrocientos mil yenes, unos dos mil euros, estas agencias te ofrecen un servicio completo, desde el traje, el anillo y el ramo hasta la organización de la ceremonia. Cuando llega el gran día, la novia se viste, peina y maquilla en un salón de belleza, y luego se desplaza a un parque, donde la espera un fotógrafo profesional. Una vez celebrado el enlace, está lista para pasar la noche de bodas en un hotel fabuloso. Si paga un suplemento, incluso puede tener un figurante que haga de novio. Luego recibirá las fotos, que puede enmarcar o regalar a su familia, para tener un recuerdo de ese día único, el más bonito de su vida. Las que deseen prolongar la aventura pueden optar por una luna de miel en solitario. Aunque es caro, a la larga el *self-wedding* sale a cuenta, ya que el peligro de divorcio se reduce considerablemente.

En los corrillos junto a la máquina de café sólo se oye hablar de Mitsuki y de Mei, otra compañera, que, preocupada porque sigue soltera a los veinticuatro años, ha empezado un curso de seducción. Le da mucho miedo que la consideren una *kurisumasu keiki*, en alusión a esas «tartas de Navidad» que se supone caducan el 25 de diciembre. El curso incluye clases de conversación, prácticas de cambio de imagen, tutoriales de cocina y simulaciones de citas, comentadas y puntuadas.

Unos días después de la conversación de Michiko con la señora Kabuki, el señor Ogita la convoca a su despacho. La dirección ha decidido encomendarle una nueva tarea. Dada su antigüedad, la han

elegido para presentar las novedades a los distribuidores y los grandes almacenes. Sustituirá a la señora Tsutsumi, de baja por enfermedad. Para el trabajo, que implica muchas citas y reuniones, se requiere un aspecto impecable, puntualidad y conocer a fondo el catálogo. El señor Ogita tiene la certeza de que Michiko estará a la altura. Ser la embajadora de la marca ante sus socios es un honor, concluye. Michiko recibe la noticia con sorpresa; en realidad, le gusta su puesto de trabajo y no le apetece nada cambiar. Pero, evidentemente, no lo dice. A ningún empleado se le ocurriría discutir las decisiones de un superior. La empresa se rige por una jerarquía incuestionable.

Al salir del despacho, Michiko se esfuerza por parecer satisfecha. A fin de cuentas, se dice, es una muestra de confianza. Sus superiores saben que está capacitada para asumir el reto. Les demostrará que el embarazo no ha mermado su eficacia. Esa tarde vuelve a casa más animada y con las energías renovadas. No sospecha que acaba de caer en una trampa.

7

***Dakar,* SENEGAL**

El avión se posa en la pista incandescente. Una bocanada de aire caliente envuelve a Hawa en cuanto se abre la puerta de la cabina. Dejó Francia bajo la gélida lluvia invernal, pero aquí es verano, y la estación seca acaba de empezar.

En el inmenso aeropuerto Blaise-Diagne, aún flamante y reluciente, Hawa recoge su equipaje y se dirige a la salida, donde la espera su hermano pequeño, Toumani.

—Bienvenida a tu casa —le dice al abrazarla.

De camino hacia Léné, Hawa baja la ventanilla del coche y disfruta de la caricia del aire. Con la música a todo volumen —han sintonizado Africa 1 y suena un famoso tema de *mbalax* —, observa a los vendedores ambulantes en el arcén, las obras, los mercados, los perros vagabundos, a los trabajadores, empapados de sudor bajo un sol deslumbrante, a las mujeres que fríen plátanos envueltas en humo... Por todas partes, niños en uniforme escolar, cabras, autobuses abarrotados, tiendas de colores vivos que venden anacardos, linternas, zapatos de plástico o medicamentos... Nada ha cambiado, se dice Hawa. Y, sin embargo, todo le parece diferente. No puede evitar pensar en el viaje que hizo en sentido inverso hace

diez años, cuando voló a Francia. Soñaba con soltar amarras, escribir un nuevo capítulo de su vida, explorar otros territorios. Desde entonces, ha vuelto en contadas ocasiones: al morir su padre, cuando se casó Toumani... Demasiado trabajo y pocas vacaciones. El tiempo ha pasado volando.

Llegan al pueblo con la puesta de sol. En la grisácea oscuridad del anochecer, el aire está cargado de olores. A Hawa siempre le ha gustado este momento, el final del día, cuando en los patios resuenan los preparativos de la cena y el ruido de las ollas se mezcla con el llanto de los bebés y los chillidos de los murciélagos. Es una sinfonía propia de este lugar, la melodía de su infancia, y ahora vuelve a escucharla intacta.

En la casa familiar, todos se arremolinan a su alrededor para saludarla. Están Moussa y Cissé, sus hermanos mayores, sus cuñadas, sus primas y primos, sus sobrinos, sus tías y tíos, sus amigos, sus vecinos y, por fin, su madre, a la que abraza un poco torpemente. Entre ellas, no hay efusividad, sino una mezcla de distancia y respeto, una barrera invisible que el tiempo ha reforzado y ninguna de las dos ha sabido derribar. Para alegría de pequeños y grandes, Hawa inicia el tradicional reparto de regalos y saca de la maleta cremas, joyas, caramelos, cepillos de dientes, cinturones y otros obsequios sencillos, que pasan de mano en mano entre exclamaciones de alegría.

La tita Bah llega la última, con paso lento, jadeando.

—Soñé contigo, sabía que volverías —murmura estrechando a Hawa entre sus brazos, que la rodean como ramas de mangle y forman un refugio en el que cobijarse —. Deja que te mire —dice la anciana retrocediendo —. Has adelgazado, pareces agotada... ¿Qué te han hecho allí arriba?

Pese a su mala vista, a la tita Bah no se le escapa nada; tiene un don para leer en el interior de las personas. La descifra, igual que interpreta los cauris, esas pequeñas conchas blancas y beis. Fue ella quien, una mañana de primavera, la ayudó a venir al mundo. Hawa llegó sin avisar, antes de lo previsto, sin que su madre tuviera tiempo de salir hacia la maternidad. En recuerdo de ese día, la pequeña recibió el nombre de pila de su tía, una costumbre muy extendida entre los soninkés. Esa filiación espiritual permanece inalterable desde entonces. La tita Bah, que no tuvo descendencia, quiere como a una hija a Hawa, que le paga con la misma moneda: adora a esta anciana de sonrisa generosa y brazos sarmentosos, que pasa horas hablándole de los árboles y los espíritus que pueblan el bosque. Antaño, solía acompañarla en sus salidas. Con un barreño en la cabeza, la ayudaba a recoger cortezas y bayas para elaborar sus remedios secretos. En el jardín de su casita, rodeada de mangos, la tita Bah cultivaba plantas con propiedades milagrosas: la corteza de caoba de acajú, para la bronquitis y la tuberculosis; el *ratt*, para la hipertensión; el *nguer*, para la tos, el asma y la diarrea... Sabía cómo hacer bajar la fiebre de la malaria, aliviar el reúma, curar las infecciones de la piel o atajar el dolor de estómago. Mucha gente acudía a ella en busca de consejo. Se ganaba la vida gracias a esa sabiduría ancestral: todas las semanas, iba a vender sus polvos y bálsamos al mercado. No tenía marido. A los quince años se casó

con el hombre que sus padres habían elegido para ella, pero él la repudió por ser infértil. Privada del poder de dar vida, adquirió el de curar.

Hawa envidiaba su posición y soñaba con parecerse a ella. En la sociedad soninké tradicional, las mujeres se dedicaban al hogar y a los hijos, pero ella tenía otros planes: quería ser médica. Su vocación nació aquí, entrelazándose con la de la tita Bah como una liana.

Al principio, el padre de Hawa se mostró escéptico: las aspiraciones de su hija le parecían poco realistas. Los miembros de la casta de los herreros se dedicaban a los oficios del hierro. Él forjaba herramientas agrícolas para los campesinos de la región. Había enseñado el oficio a sus dos hijos mayores, y cuando él murió de una neumonía ellos continuaron con el taller. Toumani, en cambio, se convirtió en joyero. Su mujer, Khady, vende sus creaciones en una pequeña tienda cerca del mercado.

Apoyada por su tía, Hawa se había labrado un porvenir lejos de los caminos tradicionales. Se emancipó de su casta y su condición, y ascendió en la escala social. Ahora tiene un piso, títulos universitarios y un visado francés. A ojos de todos ha triunfado, pero está exhausta. Su regreso tiene un sabor amargo, un regusto a ilusión adulterada.

En casa de la tita Bah, donde se ha instalado, Hawa pasa los primeros días durmiendo. Tiene la sensación de que necesita recuperar meses, años de descanso. Para apaciguar su mente, su tía le prepara infusiones de *kinkéliba* y decocciones de hojas de baobab,

ricas en minerales. También le cocina *sombi*, las gachas de mijo con leche y azúcar que tanto gustan a los niños. La cuida como si volviera a ser una niña pequeña.

Hawa se deja mimar encantada. No le importa la falta de comodidades de la casita, donde un simple colchón en el suelo sirve de cama. En ese remanso de paz, se siente protegida.

Al atardecer, sale a caminar por los alrededores del pueblo. Los paisajes de su infancia apenas han cambiado. Hawa se reencuentra con el azul impoluto del inmenso cielo, el rojo de la tierra, el verde de las hojas, los colores vivos de las túnicas de las mujeres, el olor almizclado del ganado, el piar de los pollitos, la sombra fresca de las ceibas, el resplandor del crepúsculo sobre los baobabs, el olor a fuego de leña mezclado con el del café, el canto de los pájaros, que cesa en cuanto se oculta el sol, y tantas otras sensaciones surgidas de su pasado que la devuelven a sí misma y la transportan a sus primeros años.

Poco a poco, Hawa recobra el apetito. Las mujeres de la familia la alimentan con *mafé*, *thiep*, pollo *yassa* acompañado de arroz con especias y plátano frito... Un mediodía se une a ellas para preparar el *tié bou dienn*, arroz con pescado, su plato favorito. Cocinan juntas rodeadas de niños que chillan y corretean entre sus piernas, en medio del tintineo de los anillos y las pulseras que acompaña sus conversaciones. Oyendo bromear a sus tías y sus cuñadas, que hablan de esto y de lo otro, Hawa comprende cuánto echaba de menos esta vida. Aquí nunca estás sola, siempre puedes contar con la comunidad. En Francia, en su cocina equipada y ordenada con esmero, Hawa rara vez se toma el tiempo necesario para cenar. Pide

comida a domicilio y se la come a toda prisa sentada en una punta del sofá. En su tierra, los alimentos tienen otro sabor; le parecen mejores, porque se comparten.

Como se temía, enseguida sale a relucir su soltería.

—Una mujer es como una flor, se marchita pronto —vuelve a decirle su madre, y añade —: Todos tus hermanos se han casado...

Sí, hasta Toumani, el benjamín; su mujer acaba de traer un hijo al mundo.

Hawa se sabe la canción de memoria; siempre que va de visita, le dan la lata con eso. Da igual que sea médica, que haya hecho una carrera brillante, que envíe dinero a casa regularmente. Para todos, y en especial para su madre, sigue siendo una mujer soltera. En el pueblo, eso es una anomalía. Cuando le hacen preguntas sobre su vida privada, Hawa prefiere dar evasivas. Rechaza educadamente a ese primo de Casamance que acaba de divorciarse y le pide para salir por WhatsApp, o a ese otro tan bien situado, cuyos méritos su familia le alaba con demasiada insistencia.

Sus tías maternas hacen todo tipo de cábalas. Una está convencida de que se trata de un hechizo: «la venganza de algún envidioso», dice.

—Cuando destacas más de la cuenta, atraes el mal de ojo —añade otra.

Hawa no se atreve a confesarles la verdad: no tiene ninguna intención de casarse. No quiere parecerse a ellas.

En la tradición soninké, el día de la boda la novia se arrodilla ante su futuro marido en señal de sumisión. Para Hawa, es un gesto impensable. Antes prefiere el celibato, garantía de su libertad.

—Cásate, así te dejarán en paz, y luego te divorcias —le aconseja una tarde su cuñada Khady mientras le trenza el pelo, y le cuenta que una de sus hermanas optó por esa solución, separarse, aunque sigue llevando la alianza para que la respeten —. Si no, no podrás salir tranquila por la ciudad —añade con un suspiro —. Una mujer sola resulta sospechosa: es imposible entrar en un bar o un restaurante sin ir acompañada. Los prejuicios siguen muy presentes en este país.

Hawa no tarda en verse desbordada por las consultas médicas. Por el patio de la tita Bah desfilan ancianos, mamás, bebés y jornaleros que acuden a ella con todo tipo de dolencias. Una adolescente se ha quemado el cuero cabelludo con una plancha calentada directamente en el horno mientras intentaba alisarse el pelo; un niño se ha herido el pie al pisar una azada en el campo; una vecina se ha puesto una crema blanqueadora en la cara, comprada por cuatro perras en el mercado y casi con toda seguridad caducada, que le ha causado una alergia espectacular (el producto, muy conocido y pensado para combatir el acné, hace que la piel se vuelva más sensible a los rayos ultravioleta).

Por las manos de Hawa también pasan animales: una oveja que no consigue parir, una vaca que ya no da leche... Trabajo no le falta, y tampoco le desagrada: después de una temporada de descanso, y tras comprobar que estar ocioso favorece las cavilaciones, agradece tener la cabeza ocupada.

Moïra le escribe a menudo por WhatsApp. En el hospital, la unidad sigue saturada; los pacientes están exasperados y el personal, al

límite. No han puesto a nadie en su lugar. Cuando piensa en sus compañeros, desbordados de trabajo, se siente un poco culpable. Pero no se ve capaz de volver a Bobigny. Pensar en el futuro la angustia. Tiene la sensación de estar entre dos mundos, sin pertenecer por completo a ninguno. Ahora, en el pueblo, todos la ven como a una europea: es la que decidió marcharse. En Francia, en cambio, sigue siendo una africana; aunque el país la acogió, nunca se ha sentido plenamente integrada. Vaya adonde vaya, el color de su piel importa más que su profesión o su identidad. Cada día, en los pasillos del hospital o en los andenes del metro, Hawa se enfrenta a situaciones de discriminación. A veces son cosas sutiles, pero no dejan de ser hirientes. A menudo piensa en una frase de Chimamanda Ngozi Adichie, su escritora favorita: «En Nigeria, nunca me dije que era negra; fue al llegar a Estados Unidos cuando me volví negra.» Hawa puede dar fe de ello. Ahora se pregunta dónde está su lugar. Se siente tan extranjera aquí como allí. Es una extranjera en su propia vida.

Para celebrar su regreso, su familia decide organizar una fiesta. Hawa se la ahorraría de buena gana, no está de humor para celebraciones, pero no puede negarse. De niña, le encantaba ver el pueblo animado por la música y los cantos. Vibraba con el sonido de los instrumentos, con las leyendas que contaba el *griot*; saboreaba los manjares que cocinaban las mamás, vestidas con sus túnicas más valiosas.

Pese a sus reticencias, al final Hawa se deja llevar por el ambiente de la velada. Se olvida de Francia y de las urgencias, de sus colegas desbordados, de los mensajes de Hugo, que sigue escribiéndole, de

los remordimientos del pasado y de todas esas preguntas que giran en su cabeza como un disco rayado. Se abandona a la música. Siente los latidos del corazón golpeándole las sienes; las piernas y los brazos, moviéndose al compás. Por un momento recupera la despreocupación de la infancia, el placer de estar con los suyos, intensamente presente.

Esa noche duerme con un sueño sin imágenes, con el estómago lleno y la garganta seca de tanto cantar. Cuando un ruido la despierta, tarda unos segundos en espabilarse. Juraría que están llamando a la puerta... La tita Bah se levanta para abrir y vuelve a buscarla.

—Te necesitan, Hawa.

En el patio hay una chica con una niña de dos años en los brazos. A Hawa le cuesta entender lo que dice; habla deprisa, en soninké. Presa del pánico, la joven madre le tiende a su hijita llorando.

—¡Por favor, sálvala!

Hawa intenta calmarla y le pregunta qué ha pasado, pero la chica está demasiado asustada para expresarse con claridad. Hawa tiende a la pequeña con cuidado en una esterilla para auscultarla. En ese momento se da cuenta de que tiene la túnica empapada de sangre. Cuando aparta la tela y el cuerpo de la niña queda al descubierto, siente una puñalada de terror.

8

San José

Ese último día de enero, la encargada recorre los pasillos para repartir la prima de fin de mes. En la maquila las horas extra no se pagan, pero las que cumplen los objetivos marcados por el gerente reciben un bono de diez dólares. Todas esperan ese momento con impaciencia. El salario medio de una obrera no permite vivir dignamente; sin las «remesas», el dinero que les mandan desde el extranjero sus familiares emigrados, muchas no saldrían adelante. Por desgracia, Ana María no puede contar con nadie. Su padre murió de cáncer hace mucho tiempo, y su madre, Marcia, que vive con ella en la casita de ladrillos y chapa ondulada, ya no puede trabajar. Obrera en una cadena de montaje durante treinta años, Marcia ensamblaba aparatos de televisión. Pasaba toda la jornada de pie y sufría problemas de circulación; por la tarde, las piernas le pesaban como si llevara botas de plomo. Después de varias operaciones de rodilla y cadera, que hicieron que le quedara una leve cojera, se vio obligada a dejar el trabajo. Sin embargo, considerando que sus problemas de salud se debían a una «problemática personal», la dirección se negó a concederle una pensión de invalidez. Por toda compensación, Marcia recibió un bono de compra que le permitía

adquirir uno de los televisores que había ayudado a montar. Ahora se pasa el día sentada en un viejo sillón, devorando telenovelas colombianas y mexicanas que no se cansa de comentar. Por la tarde, cuando Ana María vuelve del taller, cenan juntas viendo las noticias y luego unos cuantos episodios de *Madre de alquiler* o *La Reina del Sur*, sus series favoritas. Ana María se deja atrapar por esos culebrones llenos de engaños y peripecias; le fascinan los vestidos, los peinados y las uñas impecables de las protagonistas, envueltas en un torbellino de pasiones y sangrientos ajustes de cuentas. Disfruta de sus aventuras como si fueran trozos de pastel que, durante un rato, le permiten olvidar el sabor amargo de la realidad.

Pese a los apuros de fin de mes, Ana María no se queja. Tiene un techo y comida en la mesa. Y, a diferencia de muchos otros, incluso dispone de agua corriente y electricidad. Desde que ha reducido el consumo de carne, reservada para el fin de semana, consigue ahorrar el dinero suficiente para sus visitas a la cárcel.

Siempre va sola, porque su madre se niega a acompañarla. Marcia tiene opiniones muy firmes sobre la prisión: está convencida de que quienes acaban allí han hecho algo para merecerlo. Para ella, el mundo se divide en dos bandos separados por una frontera infranqueable: a un lado, quienes creen en Dios y respetan sus mandamientos; al otro, quienes se exponen a Su castigo. Marcia pasa muchas horas de la semana en la iglesia. Pero Ana María ya no la pisa. Sabe que la gente murmura a sus espaldas. Para muchos creyentes, Esperanza es una criminal. Y, como madre, Ana María también carga con parte de culpa: educó mal a su hija, la dejó salir con un chico... Ella procura no prestar atención a esos comentarios.

Desde la detención de Esperanza, ya no cree ni en Dios ni en santa Rita. En el «país del Salvador», ha perdido la fe.

Esa tarde, Ana María llega a casa descompuesta. No toca el plato que le ha preparado Marcia. Le explica que la encargada ha pasado junto a su máquina sin dejar el sobre con la bonificación. Y eso que lleva semanas trabajando como una mula, privándose de la pausa para comer, evitando ir al baño o beber agua, llevando su cuerpo al límite de sus fuerzas. Ha cumplido los objetivos, incluso juraría que los ha superado. Antes de salir del taller, ha pedido la hoja de control, donde se registra el número de piezas que cose cada empleada, y se ha dado cuenta de que su cifra total es muy inferior a la realidad. Ana María no cree que haya sido un error porque no es la primera vez que le ocurre. Sospecha que la encargada manipula las cifras para limitar las primas de las empleadas. La muy traidora debe de estar compinchada con el gerente y seguramente se lleva una parte del dinero que le ahorra.

Ana María contaba con esos diez dólares. Los necesita para comprar un perfume que ha visto en el escaparate de una tienda. Es un frasquito muy pequeño, de apenas 30 mililitros, una verdadera locura por ese precio. En circunstancias normales ni se lo habría planteado, pero el mes que viene su niña cumplirá veinte años.

—¡¿Un perfume?! —le suelta Marcia, y añade que es algo «absurdo, totalmente inútil en la cárcel».

Ana María no piensa igual. Para su hija, ese aroma a jazmín será como una caricia en el corazón. Una pequeña alegría en medio del infierno cotidiano.

—No llames la atención en el taller —le advierte Marcia.

En el despiadado mundo de las maquiladoras, protestar te puede salir muy caro. Es mejor agachar la cabeza. Pero Ana María se empecina: se ha ganado la prima, el gerente se la debe. En veinticinco años en la empresa, jamás le ha pedido nada. Siempre ha sido seria, puntual y diligente. Pese a los dolores en el brazo y la espalda, que a veces le impiden dormir, nunca se ha quejado ni ha faltado al trabajo. Desde los catorce años no ha hecho otra cosa que dejarse la piel en aquel miserable taller. Si fuera para ella, quizá lo dejaría correr, pero por Esperanza ni pensarlo, no se callará.

—No se te ocurra decir nada —le repite Marcia antes de irse a la cama —. Más vale perder diez dólares que el trabajo.

Ana María pasa la noche en vela. ¿Qué hace? ¿Escuchar a su madre y rendirse, o hablar con el gerente el lunes mismo? Ana María sabe que está en su derecho. Otras empleadas soportan la misma injusticia en silencio desde hace meses. Ninguna se ha atrevido a protestar... ¿Hasta cuándo?

Se imagina el cumpleaños de Esperanza entre rejas. Veinte años, la mejor edad, dicen algunos... Ésos nunca han puesto los pies en Ilopango. Ésos no viven hacinados en una celda del sector A.

Ana María encuentra a su hija cada vez más delgada, con la mirada perdida y la espalda encorvada. Esperanza ya no es la adolescente llena de vida que daba vueltas como una peonza y encadenaba giros, rebotes y volteretas en la plaza Duarte, donde se reunían los aficionados al breakdance. Cuando bailaba, su hija parecía libre y liviana, como si desafiara las leyes de la gravedad. Una tarde, durante una *battle*, Esperanza conoció a Esteban. Era

guapo, tenía el cuerpo flexible y la piel inmaculada. Se enamoró de él como sólo se enamora una a los dieciséis años. ¿Quién podía culparla? De vez en cuando, Ana María lo ve por el barrio; él sigue viviendo, saliendo, bailando. No se lo reprocha, pero procura no pasar cerca de la plaza Duarte, que le trae demasiados recuerdos.

Primer domingo de febrero. Ana María tiene la fecha marcada en el calendario y lleva toda la semana contando los días. Treinta minutos con su niña. Treinta minutos robados a la dureza del mundo que piensa saborear hasta el último segundo.

Esa tarde, el autocar queda atrapado en un embotellamiento gigantesco en la carretera de Ilopango. Una operación de las fuerzas del orden ha paralizado el barrio, explica el conductor, habrá que armarse de paciencia. Temiendo llegar tarde, Ana María decide continuar a pie; sólo quedan cinco kilómetros hasta la cárcel. El tiempo apremia. El sol cae a plomo. Cargada con una bolsa llena de jabones, champús y productos de higiene para su hija, aprieta el paso. Se acerca la hora, no le queda más remedio que echar a correr. Cuando al fin llega ante las rejas, sin aliento, el guardia le dice que las visitas han terminado. Ana María le suplica, pero no hay nada que hacer: el hombre se niega a dejarla entrar.

Ana María rompe a llorar. Es la primera vez en tres años que faltará a la cita. Sabe que Esperanza la está aguardando. Detrás de esos muros, su hija se marchita poco a poco, como una flor privada de agua. A veces Ana María tiene la sensación de que sólo ella la sostiene en pie, como cuando era una niña pequeña.

Con el corazón roto, se dispone a marcharse, pero de pronto se le ocurre una idea. Rodea el edificio y se planta frente a la fachada

posterior, donde se encuentran las galerías del sector A. Se pone a gritar el nombre de su hija con todas sus fuerzas. Tiene que decirle que volverá el mes siguiente. Que la quiere y que no la olvida.

—No se moleste, no puede oírla —dice una voz a su espalda.

Ana María se calla y se vuelve, desconcertada. A pocos metros de ella hay un hombre de barba poblada y de unos cincuenta años. Sus facciones conservan un aire juvenil, pero en su mirada se percibe una profunda melancolía, una tristeza que parece proceder de muy lejos.

—Inténtelo por el otro lado —le dice, señalando la esquina del edificio —. Allí el muro no es tan alto y da al patio.

Con cierta desconfianza, Ana María sigue su consejo. Cuando vuelve a llamarla desde ese lugar, Esperanza no tarda en responder. Al oír la voz de su hija, a Ana María se le atropellan las palabras. Le promete que volverá pronto. Cuando se vuelve para darle las gracias al desconocido, ya no hay nadie.

Luego, de camino a la parada del autocar para volver a casa, lo ve sentado en un banco. Tiene la espalda encorvada y la cara entre las manos, como si estuviera llorando. Ana María duda un instante, pero decide acercarse. Saca un pañuelo de papel del bolso y se lo tiende. El hombre alza la cabeza, sorprendido. Coge el pañuelo y se seca los ojos enrojecidos. Ana María se sienta a su lado.

Se llama Enrique. Su mujer, Rosalba, lleva cuatro años presa en Ilopango. El hombre rememora la noche de junio en que la policía se presentó para detenerla. Estaban durmiendo cuando un ruido seco los despertó: la puerta de entrada, que acababa de venirse abajo.

Después llegaron los gritos. Al principio, Enrique creyó que se trataba de un error. En esa época, el ejército llevaba a cabo una vasta ofensiva contra las maras, así que pensó que los agentes se habían equivocado de casa. Pero no buscaban a un «cara tatuada». Sacaron de la cama a Rosalba, la inmovilizaron en el suelo y la esposaron. No le dieron tiempo a vestirse; apenas pudo ponerse unas zapatillas. La arrastraron fuera en camisón, ante los lloros de sus hijos y sus vecinos, alertados por el ruido. Enrique intentó evitarlo, pero un policía lo insultó y lo golpeó. Rosalba subió al furgón y las puertas se cerraron de golpe. Jamás olvidará la imagen de su mujer con el pelo revuelto, las muñecas esposadas y aquellas viejas zapatillas. Esa noche comprendió que sus vidas se habían roto para siempre.

No sabe quién la denunció. Durante el juicio, Rosalba declaró que lo había hecho por solidaridad, para ayudar a su sobrina de trece años, violada por un pandillero. En esa época, ésa era la realidad cotidiana de San José. Los miembros de las maras se apoderaban de las chicas igual que se apoderaban del dinero o las drogas. Rosalba trabajaba como limpiadora en una farmacia; sabía dónde conseguir misoprostol, una pastilla contra las úlceras usada a menudo como abortivo. «Ninguna mujer debería verse obligada a continuar un embarazo no deseado. Y menos a los trece años», dijo en su defensa. Habló de elección y libertad. Pero sus palabras no conmovieron al tribunal, que la declaró culpable de «complicidad en homicidio con agravantes» y le impuso una pena de veinte años de prisión. Debido a su edad, su sobrina no fue a la cárcel, sino a un centro de menores. En cuanto al violador, un miembro de la M18

apodado «el Snoopy», consiguió escabullirse y eludir la detención. Seguramente, permanece escondido en el campo, donde, según dicen, las maras se están rearmando y preparan acciones contra el gobierno. Algunos pandilleros arrepentidos se borran los tatuajes con láser para pasar desapercibidos entre la población. Como Ana María, Enrique odia a las maras y maldice las leyes de este país, que encierran a las mujeres y dejan a los criminales en libertad.

Enrique está preocupado por su mujer. Su salud se ha deteriorado últimamente: una tos persistente le impide dormir y apenas la deja comer. Él lleva semanas reclamando que la examine un médico, pero las autoridades penitenciarias consideran que el estado de Rosalba no reviste gravedad.

—Las hay que están peor que ella —le contestó un funcionario.

Enrique sabe que es cierto. Allí todo el mundo conoce la historia de Manuela, una madre de familia condenada a treinta años tras sufrir un aborto espontáneo. Padecía un linfoma y nunca recibió tratamiento en la prisión. Su muerte sacudió a la opinión pública, pero no ha servido para cambiar las cosas. Las presas siguen careciendo de la atención sanitaria más elemental y viven en condiciones de extrema precariedad.

Hoy, en el locutorio, Enrique ha encontrado a su mujer muy desmejorada, pálida y consumida, como un fantasma al que la ropa le sobra por todos lados.

—Aquí no hay futuro —le ha dicho Rosalba, y le ha pedido que se vaya con sus hijos, que viven en Estados Unidos.

Pero a Enrique no se le pasa por la cabeza irse sin ella. No la dejará atrás. Se casaron para lo bueno y para lo malo, dice. Hay que aguantar como sea. Delante de Rosalba se ha esforzado por mantener la sonrisa, pero, una vez fuera, se ha desmoronado. Así que se ha sentado y se ha echado a llorar.

Esa tarde Ana María y Enrique se quedan un buen rato en el banco hablando de Rosalba y Esperanza, de la vida, de sus preocupaciones y sus pequeñas alegrías. Y también ríen. En la mirada de Enrique hay una tristeza llena de dignidad, una herida que Ana María comprende y reconoce. Se siente cercana a ese hombre, aunque sea un desconocido, como si la desgracia hubiera construido un puente invisible y secreto entre ellos. Sus lágrimas se parecen. Están teñidas de la misma angustia y expresan el mismo amor, la misma pena y la misma voluntad de seguir confiando.

Cuando Ana María llega a casa ya es tarde. No ha visto pasar las horas. No se atreve a contarle la verdad a Marcia, que estaba preocupada, y se inventa un problema con el autobús. «¿Cómo se te ocurre pasar la tarde con un hombre al que acabas de conocer?», le diría su madre. Para la sociedad y, en especial, para Marcia, Ana María sigue siendo una mujer casada. Ella tampoco olvida la alianza que lleva en el dedo, pero no puede evitar pensar que ese encuentro le ha hecho bien, como una bocanada de aire fresco en una vida asfixiante.

9

***Vík-í-Mýrdal,* SUR DE ISLANDIA**

En la granja, Katla se levanta al amanecer. Trabaja en los campos, da de comer a los animales, acarrea heno... Siega, desbroza, cava y labra sin descanso. Sus jornadas son largas y extenuantes. Sus abuelos la observan mientras realiza esas tareas duras y repetitivas que se autoimpone del alba al ocaso, seria y con el cuerpo en tensión. Saben que es su manera de encajar el golpe, de mantener a raya el dolor. Frente a la desgracia, uno no escoge sus armas, usa las que tiene. Como una estajanovista del duelo, Katla utiliza el trabajo como forma de evasión.

No menciona a su amiga. Afi y Amma respetan su silencio; ellos también la querían. Hacía muchos años que Soffía pasaba parte del verano en su casa. Pero aquí los sentimientos no se expresan abiertamente. El afecto se esconde detrás de las palabras y se desliza entre las pequeñas atenciones. Un caldo de cordero cocido a fuego lento o un cuenco de *skyr* casero servido en una bandeja constituyen toda una declaración de amor. Por la noche, cenan juntos alrededor de la mesa de madera comentando las noticias o el tiempo. Luego Katla sale al patio y se sienta al lado de Amma, como antaño: cuando era niña, su abuela se pasaba horas contándole

historias, leyendas y sagas. Katla le pedía a menudo la fábula del volcán y la hechicera. Hace mucho tiempo, no muy lejos de aquí, empezaba Amma, vivían un cura y su criada, Katla. En realidad, Katla era una hechicera y poseía un pantalón mágico que le permitía correr más rápido que el viento. Un día, un pastor del pueblo perdió sus ovejas. Para reunirlas de nuevo, cogió prestado el pantalón de Katla. Cuando la hechicera descubrió el robo, fue presa de una ira terrible. Encontró al pastor, lo ahogó en el río y después se arrojó a una grieta en el corazón del glaciar. Pero su rabia era tan ardiente que desencadenó una erupción de una violencia nunca vista. Al instante, el glaciar empezó a fundirse y sus aguas inundaron toda la región, anegando las granjas y ahogando a hombres y animales. Desde entonces, el volcán se llamó Katla, en memoria de la hechicera, y cada cien años despierta en recuerdo de su cólera. La pequeña Katla se estremecía al pensar en aquel volcán tan cercano. Todos temían su próxima erupción; la anterior se había producido en 1918. En caso de alerta, se decía, la población sólo dispondría de unos minutos para evacuar el pueblo antes de que la riada procedente del glaciar arrasara todo a su paso. Amma, sin embargo, no tenía miedo. Su propia abuela había sobrevivido a la última erupción estando embarazada de la madre de Amma. Cuando el volcán despertó, se encontraba trabajando sola en los campos porque su marido había llevado el rebaño de ovejas a la montaña. Vio avanzar hacia ella el *jökulhlaup*, la riada procedente del glaciar, y echó a correr hasta refugiarse en una majada situada en una colina. Cuando su marido regresó de los pastos, quedó petrificado ante el espectáculo: el pueblo entero había desaparecido bajo las aguas.

Sólo había sobrevivido un puñado de habitantes, entre ellos su mujer y el hijo que acababa de dar a luz.

Amma decía sentirse orgullosa de pertenecer a ese linaje. Como su abuela, había crecido a la sombra del gigante, pero no le tenía miedo. En homenaje a su antepasada, se había prometido que llamaría a su hija Katla, pero sólo tuvo varones, así que el nombre tuvo que esperar hasta la siguiente generación. Cuando su nieta vino al mundo, no tardó en demostrar que tenía un temperamento volcánico. Desde pequeña, montaba en cólera a la menor contrariedad. Con los años, Katla aprendió a controlar ese fuego interior, aunque a veces volvía a entrar en erupción por una discusión o un disgusto. Amma, con el mismo carácter explosivo, la comprendía mejor que nadie. Pese a la diferencia de edad y de generación, siempre había existido mucha conexión entre ellas.

A pesar de esa complicidad, Amma se siente impotente ante tanto sufrimiento. Ve que su nieta ha levantado entre ella y el mundo un muro de cólera que la aísla por completo. Preferiría verla llorar, gritar, maldecir, derrumbarse... cualquier cosa antes que esa rabia sorda e incandescente que la mantiene en pie, le tensa las mandíbulas y le ensombrece la mirada. La cólera protege su dolor, se dice, como el *tog*, el denso y áspero vellón de las ovejas, cubre y resguarda el *pel*, su suave y cálida lana.

Mientras recorre febrilmente los campos, Katla observa los rebaños y se pregunta por qué el hombre es el único ser del reino animal que mata a sus hembras. Ninguna fiera lo hace, se dice, y esa idea enciende todavía más su rabia. Al final de la jornada está

rendida, pero el sueño no le proporciona descanso ni consuelo. Tiene pesadillas en las que camina hasta los acantilados de Skógafoss, que un verano sobrevoló en ala delta, y se arroja a la espuma burbujeante, como la hechicera al fondo del glaciar.

A mediados de julio, decide dejar la granja para pasar unos días recorriendo a pie el cañón de Eldgjá, donde había planeado acampar con Soffía. Quiere acercarse al abismo, tocar la muerte con la punta de los dedos, gritar frente a la inmensidad y, luego, retroceder.

Al volver de la travesía, decide vaciar el granero, donde se amontonan máquinas oxidadas, muebles rotos y juguetes abandonados. Nadie lo ha pisado en años. No importa, ella se ocupará. En un rincón, detrás de un revoltijo de chatarra, encuentra un viejo baúl cubierto de telarañas. Se imagina que contiene fotos de familia o aquellas películas en Super 8 que le gustaba hacer a Afi. Sin embargo, al abrir la tapa encuentra una pancarta cuidadosamente enrollada en la que puede leerse: «Me atrevo, puedo, lo haré.» Intrigada, sigue rebuscando. Hay un sobre con artículos de periódico acerca de la huelga de mujeres de octubre de 1975. Le llama la atención una foto de un grupo de manifestantes con medias rojas que posa con orgullo. En el centro, sosteniendo la pancarta, Katla reconoce a Amma, que debe de tener unos veinte años. Sorprendida, hace una pausa. Conoce perfectamente aquella huelga, como todos los escolares islandeses, pero ignoraba que Amma hubiera formado parte de ella. «No me lo puedo creer», se dice pensando en la tesina que dedicó a la igualdad.

Amma se sorprende cuando Katla le enseña los recortes de prensa durante la cena. Creía que los había tirado. Se emociona al ver la foto de ella y las manifestantes con medias rojas. La transporta a un pasado lejano, a sus veinte años. Katla la acribilla a preguntas: le gustaría saber más sobre la huelga y sobre las mujeres que participaron. Amma le ha contado muchas historias, pero nunca le ha hablado de sí misma ni de su pasado. Tiene el pudor de la gente de la tierra, poco dada a las confidencias.

En la claridad de la noche de verano, se sientan en el banco del patio con una copa de Brennivín en la mano.

—Acababa de cumplir veintiún años, casi tu edad —dice Amma —. Había crecido en la granja, pero no me veía aquí en el futuro. Quería viajar, ver mundo. Soñaba con embarcarme y convertirme en capitana de barco, pero en esa época las mujeres no eran capitanas. Así que una mañana cogí el autobús a Reikiavik. Con mis ahorros, pude alquilar una buhardilla en la calle Vesturgata, que compartía con una estudiante. Se llamaba Gudrún y provenía de los fiordos del oeste. —Amma se interrumpe, como si pronunciar ese nombre hubiera hecho resurgir un mundo que había olvidado —. Tenía un carácter muy fuerte —dice al fin —. Le gustaban tanto los chicos como las chicas, leía mucho, salía, le interesaban muchísimas cosas. Y estaba muy comprometida políticamente. Era roja, de las de verdad. A su lado descubrí un universo nuevo, apasionante. Durante el día me ganaba la vida como canguro, limpiadora o cocinera. Por la noche acompañaba a Gudrún a los cafés, donde me presentaba a sus amigas. Formaba parte de un grupo de chicas que soñaban con cambiar el mundo. Las llamaban «las Rauðsokkur», por las medias

rojas que llevaban. El movimiento se había iniciado con las Redstockings de Estados Unidos, que también habían inspirado a las Rødstrømperne de Dinamarca. Denunciaban las desigualdades que sufrían las mujeres. En esa época teníamos pocas posibilidades de estudiar. Ganábamos la mitad que los hombres. Estábamos infrarrepresentadas en la radio, no existíamos en la política y escaseábamos en las grandes escuelas y las universidades. Muchas trabajaban en explotaciones agrícolas, hilaturas de lana o fábricas de transformación del pescado y luego volvían a casa a cocinar para sus maridos y servirles mientras ellos se relajaban. Yo había visto a mi madre bregar en la granja, a la vez que se ocupaba de sus siete hijos. Se levantaba antes que mi padre para prepararle el desayuno, porque él no sabía ni hacerse un café. Y yo no quería esa vida —dice Amma, y suspira —. Como ella me había enseñado a tejer —continúa —, me hice mi propio par de medias y me uní al movimiento. No había estructura oficial: estaba abierto a todo el mundo, incluidos los hombres. En realidad, sólo había uno: se llamaba Eiríkur y tenía dieciocho años. Era un revolucionario. Una vez por semana, nos reuníamos en Sokkolt, nuestro cuartel general. No había jefa —puntualiza —, todas lo éramos. Decidíamos juntas las acciones que llevaríamos a cabo: pasábamos noches enteras hablando, fumando... Reíamos mucho. ¡Nunca nos quedábamos sin ideas! —Los ojos de Amma chispean al recordar una anécdota —. Un día, nos enteramos de que en Akranes se estaba celebrando un concurso de belleza. Se decía que durante la elección de Miss Islandia y Miss Países Nórdicos se habían cometido abusos, incluso violaciones. Las chicas eran vulnerables, fáciles de manipular. Queríamos denunciar esa mercantilización del cuerpo femenino. Nos

parecía humillante que las candidatas subieran a un escenario en traje de baño para que las observaran y las juzgaran según la medida de su talle o su pecho, como al ganado en una feria. Así que decidimos presentarnos allí con una becerra. —Amma se echa a reír —. ¡Tuvimos que empujarla para subirla al autobús! Al ver llegar a la vaca, el público de la sala se asustó. ¡Menuda se armó! Alguien incluso llamó a la policía acusándonos de maltrato animal. Pero nadie hablaba de cómo se trataba a las mujeres...

»Otra vez —prosigue Amma — escenificamos una gran subasta de mujeres en la colina de Bernhöftstorfa. Diez de nosotras se presentaron voluntarias para exhibirse en una carreta tirada por un tractor a lo largo de Laugavegur... ¡No pasaron inadvertidas! — exclama sonriendo —. Un amigo interpretaba el papel de subastador: primero sacó a la venta a un ama de casa, luego a una obrera, una dependienta de unos grandes almacenes... ¡Los curiosos se paraban y las pujas llovían! ¡Un comprador incluso ofreció ochenta mil coronas por un lote completo de mujeres! La acción tuvo tanto éxito que paralizó todo el barrio. También provocó un accidente entre dos conductores distraídos —concluye riendo.

Al evocar la fecha crucial de 1975, declarado Año Internacional de la Mujer por las Naciones Unidas, vuelve a ponerse seria.

—En junio, decidimos reunir a mujeres de todos los sectores sociales para celebrar un congreso; había asociaciones feministas y sindicatos, pero también amas de casa y trabajadoras de todo signo político. Y, por supuesto, nosotras, las Rauðsokkur. Queríamos demostrarle al mundo que si las mujeres dejaban de trabajar el país se paralizaría. Así que organizamos una huelga. Redactamos la propuesta y la mayoría la firmamos. Las del ala conservadora se

negaron: la palabra «huelga» las asustaba. Una señora mayor con el pelo rizado les dijo: «¡Si lo que os molesta es el nombre, llamémoslo "un día libre", "una jornada de descanso"!» Y las reacias aceptaron. Era una concesión, es cierto, pero nos permitió permanecer unidas. Escribimos a todas las asociaciones para invitarlas a participar —continúa Amma, entusiasmada —. Cincuenta organizaciones se unieron a nosotras. Formamos un comité y nos repartimos las tareas. Quedó fijada la fecha del 24 de octubre. Las que se encargaban de la comunicación redactaron una octavilla, que se fotocopió y se repartió en tiendas de alimentación y de ropa, oficinas públicas, fábricas, escuelas, teatros, cines... Cada una de nosotras se lo dijo a sus hermanas, sus amigas, sus vecinas... La convocatoria se anunció en los periódicos, la radio, la televisión... En esa época, no había redes sociales —recuerda Amma —, pero todo el mundo escuchaba la misma emisora, lo que facilitaba las cosas. El mensaje se propagó rápidamente. Por supuesto, hubo gente que criticaba la huelga. Y otra que se burlaba y no nos tomaba en serio.

»Hasta el último minuto, no supimos si el movimiento tendría éxito —continúa Amma, con los ojos brillantes —. La excitación y la angustia crecían por momentos. El día J, las mujeres empezaron a llegar a centenares y, poco después, a miles. La movilización superó nuestras expectativas más optimistas: ¡más de veinticinco mil manifestantes en la colina de Arnarhóll, algo nunca visto en nuestro país! En todas partes, las mujeres interrumpieron sus actividades, dejaron de cocinar, de ocuparse de los niños. Los cafés, los restaurantes y los supermercados cerraron sus puertas, los teléfonos no funcionaban, el tráfico aéreo quedó paralizado por falta de azafatas. Las cadenas de radio y televisión interrumpieron sus

emisiones. Hubo cajeras que acudieron a sus bancos para darse el gusto de que las atendieran sus jefes, obligados a sentarse ante la ventanilla para mantener la oficina abierta. Los hospitales funcionaron con servicios mínimos; los teatros y los cabarés suspendieron las representaciones, porque las actrices se negaban a actuar. En las empresas y las fábricas, los empleados varones se presentaron con un ejército de niños, a los que tuvieron que entretener recurriendo a lápices de colores y caramelos. La venta de perritos calientes se disparó hasta cifras récord: la mayoría de los padres no sabía cocinar. ¡Algunos no habían cambiado un pañal en su vida! —dice Amma riendo a carcajadas —. Fue el día de las primeras veces. La huelga finalizó a medianoche. A las doce y un minuto las tipógrafas volvieron al trabajo para imprimir los periódicos del día siguiente, todos dedicados a la huelga: ¡habían participado nueve de cada diez islandesas! —recalca triunfalmente —. Habíamos alcanzado nuestro objetivo, la vida se había detenido. Para los hombres, fue "un viernes muy muy largo", como dijeron los medios —recuerda ella sonriendo.

»Durante los siguientes meses, las discrepancias sacudieron al grupo de las Rauðsokkur, que acabó por disolverse —continúa Amma —. Por mi parte, comprendí que echaba de menos los espacios abiertos. No estaba hecha para la ciudad; sentía que me ahogaba. Decidí volver a Vík. Ese año, durante el Réttir, la recogida anual de ovejas, conocí a tu abuelo. Era tranquilo e inteligente; comprendía mi necesidad de espacio y libertad. Nos casamos poco después y hemos caminado juntos toda la vida.

»No volví a ver a mis amigas de las Rauðsokkur, pero nuestras acciones cambiaron la historia para siempre. Al año siguiente, el

Parlamento aprobó una ley que garantizaba la igualdad de derechos entre hombres y mujeres, y nuestros salarios se revisaron. En 1980, por primera vez en el mundo, una mujer fue elegida democráticamente para dirigir un Estado. Tiempo después, Vigdís Finnbogadóttir declaró que, de no ser por ese día histórico, jamás habría sido presidenta. Luego se creó de forma oficial el Kvennalistinn, el "Partido de las Mujeres". Desde entonces, nuestro país es considerado pionero y un modelo en la lucha por la igualdad.

Cuando Amma deja de hablar, es más de medianoche. Katla la ha escuchado sin interrumpirla. Nunca la había visto tan locuaz. Mientras evocaba la huelga, parecía rejuvenecer, como si recuperara la energía de sus veinte años. A través de ella, Katla tiene la impresión de haber vivido aquellos acontecimientos que estudió en la escuela, pero que siempre le habían parecido lejanos, casi abstractos. Esa noche han adquirido el rostro de su abuela y de sus amigas.

—Fue el día más hermoso de mi vida, junto con los nacimientos de mis hijos —concluye Amma antes de subir a acostarse.

10

Tokio

La maleta pesa, al señor Ogita se le olvidó advertírselo. Cuando informó a Michiko de su nuevo cometido, no le explicó que tendría que enseñar físicamente las novedades a los responsables de las cadenas de distribución de juguetes. Con todos los robots, muñecas, figuritas y otros prototipos que le han metido dentro, pesa más de quince kilos. Tiene ruedas, sí, pero las estaciones de metro están llenas de escaleras que no son mecánicas, piensa Michiko, y ese trabajo implica desplazarse por toda el área metropolitana. Con la densidad del tráfico de Tokio, es inviable moverse en coche, y mucho menos en taxi: se gastaría todo el sueldo. Así que Michiko, con sus tacones y su ajustado traje de chaqueta, recorre la ciudad en metro. Para cumplir sus objetivos, debe encadenar citas a un ritmo endiablado. No le da tiempo a tomarse un respiro, y apenas tiene unos minutos para comer. Almuerza a toda prisa sentada en un banco, entre una visita y la siguiente.

Sus jornadas no tardan en convertirse en auténticas carreras de obstáculos. Están las citas fallidas: «La esperábamos a las once, no a las once y media», le recuerda la relaciones públicas de unos

grandes almacenes. «La responsable de compras ya se ha marchado; tendrá que volver mañana», le comunica otra.

Está la gigantesca escalera mecánica de la estación Shibuya: como está en obras, Michiko se ve obligada a cargar la maleta peldaño a peldaño. Están los accidentes de viajeros, los retrasos e imprevistos varios: ascensores averiados, trenes abarrotados, autobuses llenos a rebosar...

Al cabo de una semana, Michiko está agotada. Si no estuviera embarazada, seguramente habría podido seguir el ritmo, pero en su estado resulta una tarea más dura de lo que imaginaba. Es su cuarto mes y tiene los pies hinchados y las piernas pesadas; le duelen la espalda y los riñones. Desde luego, podría pedirle la baja al médico, pero sería admitir su fracaso. Prefiere seguir arrastrando la maleta, pese a los pies doloridos y a su barriga, que ya empieza a abultar. Decide prenderse la insignia en el abrigo, lo que al menos le garantiza un asiento en el metro. En el corazón de ese mundo subterráneo que cada día se la traga un poco más, los vídeos de Yuki son una bocanada de aire fresco. A veces Michiko se imagina como ella, con unas deportivas y ropa de colores, viviendo a su aire, sin rendir cuentas a nadie, libre de decir lo que piensa. Libre de existir. Lo que admira de Yuki no es su popularidad ni su dinero ni esos vídeos que tanto fascinan a los adolescentes. Lo que envidia es su audacia, su impertinencia, su forma de desentenderse de los códigos y de la mirada de la sociedad. Su ídolo lleva la vida que ha elegido, dice lo que piensa y piensa lo que dice. La respetan y la siguen millones de suscriptores que apoyan y respaldan sus opiniones. Ha sabido imponer su singularidad en un mundo

totalmente reglado en el que hay que parecerse a los demás, como las figuritas que su empresa reproduce a miles. Para Michiko, lo que hace Yuki es una hazaña, y en medio del metro atestado de gente, suma pulgares azules a sus publicaciones, como quien deposita una ofrenda ante su dios.

Al acabar el mes, el señor Ogita la llama a su despacho. Con gesto grave, le reprocha que no haya alcanzado los objetivos: sus resultados se han quedado muy por debajo.

—Nos han comunicado algunos retrasos. ¡Y que no se ha presentado a varias de las visitas programadas! —grita, irritado.

Con su actitud «desenvuelta», Michiko empaña la imagen de la empresa. Sin tratar de justificarse, la joven baja los ojos. Podría alegar su estado, las escaleras, el peso de la maleta, los interminables trayectos, pero no lo hace: al señor Ogita no se le contradice. Por menos de eso han despedido a varios compañeros. Michiko se limita a balbucear que lo lamenta mucho. Su jefe no espera a que termine de hablar. Pese a la decepción, le dice, la dirección ha decidido darle otra oportunidad y devolverla al departamento de Marketing. A Michiko se le ilumina la cara: va a recuperar su cargo, su lugar en el equipo... La alegría dura poco. La empresa, continúa el señor Ogita, ya ha contratado a su sustituta, que ocupa su antiguo puesto de trabajo y su despacho. La noticia la coge por sorpresa y Michiko está a punto de desmoronarse. Pero hay un puesto de asistente que está vacante, se apresura a añadir su jefe, puntualizando que, como es lógico, no podrá cobrar lo mismo que antes.

En el minúsculo cuarto que le han asignado al final del pasillo, Michiko se traga las lágrimas. Intenta convencerse de que no hay mal que por bien no venga: más vale un despacho, por pequeño y oscuro que sea, que los agotadores viajes en metro. Para consolarse, se dice que hay quien está peor: a la señora Igarashi, despedida después de cuarenta años de servicio, la volvieron a contratar para un puesto subalterno con un sueldo muy inferior, una estrategia frecuente en las empresas, que de ese modo pueden emplear a veteranos con un coste menor. En este país, donde la jubilación es sinónimo de muerte social y declive económico, todo el mundo quiere seguir trabajando el mayor tiempo posible. Después de años desempeñando un puesto de responsabilidad en el muy codiciado sexto piso, ahora la señora Igarashi atiende el mostrador de recepción en la planta baja. Impecablemente vestida, todos los días recibe con una sonrisa crispada a sus antiguos colaboradores. Una bajada de categoría conforme a las reglas, un abuso que a nadie se le ocurre denunciar, ni siquiera a Michiko, que ha pasado por delante de la señora Igarashi todas las mañanas y jamás le ha prestado atención. Ahora, en el pequeño cubículo al que la han mandado, se acuerda de ella.

La nueva se llama Natsume. Viéndola en su antiguo despacho, Michiko tiene la sensación de estar ante una versión actualizada de sí misma, más joven y más eficiente, como esos antiguos modelos de juguetes adaptados al gusto de los niños de hoy en día, modernizados. En cuanto a ella, ahora debe contentarse con realizar tareas subalternas: teclear actas de reuniones, preparar el té, poner papel en las fotocopiadoras... En el equipo, nadie parece

compadecerse de ella. Por miedo a comprometer o dificultar un posible ascenso, ninguno de sus compañeros protesta ante su degradación profesional. Y quizá sea eso lo más violento, se dice Michiko: la indiferencia ante su caída en desgracia. Ahora la mantienen al margen de los debates, las decisiones e incluso de las simples charlas de pasillo. A veces tiene la sensación de que padece una enfermedad inconfesable y vergonzosa. Pero el embarazo no es una enfermedad, como recordaba un célebre anuncio de hace unos años, en el que un político con una enorme barriga postiza pedía respeto para las mujeres embarazadas. Por desgracia, el anuncio sólo provocaba hilaridad; su mensaje no fue comprendido, ni escuchado.

Michiko no se queja; se niega a desahogarse. Lamentarse sólo demuestra falta de dignidad, se lo han repetido cientos de veces. No llamar la atención, no hacer ruido: se sabe la lección de memoria. La ha puesto en práctica durante toda su vida.

No le cuenta nada a su marido. Se imagina cómo reaccionaría: le aconsejaría de inmediato que dejara el trabajo. Daisuke se ha dado cuenta de la falta de apetito, el sueño agitado y el aire ausente de Michiko, pero no se atreve a preguntarle qué le pasa: lo atribuye a los cambios hormonales, el alfa y el omega del misterio femenino. Michiko y Daisuke no tienen por costumbre hablar de sus sentimientos; en realidad, han aprendido a ocultarlos. Daisuke pasa muchas horas fuera de casa, siempre por asuntos de trabajo, y además suele llegar tarde. Al acabar la jornada, su jefe organiza innumerables *nomikai*, «reuniones para beber», en los bares que hay cerca del trabajo, y ningún empleado está en condiciones de

rechazarlas. Por no hablar de los partidos de golf del fin de semana, estratégicos si no cruciales si se aspira a un ascenso.

Ahora Michiko tiene náuseas todas las mañanas. Cuando está a punto de salir de casa, se le revuelve el estómago y le sube un hilillo ácido por la garganta. A la primera arcada, corre a encerrarse en el cuarto de baño.

Durante la revisión mensual, su ginecólogo parece sorprendido: por lo general, las náuseas se presentan en el primer trimestre y luego van desapareciendo. Sin embargo, a ella le han empezado en el segundo... Hasta el tercer mes, todo iba bien. Michiko no se atreve a confesarle que esas indisposiciones no se las provoca el embarazo, sino los nervios que pasa en la empresa.

El doctor Aimoto también advierte que está adelgazando. Para atenuar las náuseas, Michiko ha dejado de desayunar, pero eso sólo ha contribuido a debilitarla más. Al comienzo del embarazo, el ginecólogo la puso en guardia contra el aumento de peso. «No deberías engordar más de nueve o diez kilos hasta el parto», le dijo.

Aquí las embarazadas son objeto de una rigurosa vigilancia. El ginecólogo le dijo a una prima de Michiko que tenía «la vagina demasiado gruesa y poco musculada» y que no sabía si la camilla de exploración «aguantaría su peso» y que «probablemente dañaría el material». A diferencia de su prima, Michiko se está adelgazando. El doctor Aimoto parece preocupado.

—Las mujeres que se empeñan en trabajar tienen bebés muy pequeños —dice con un suspiro.

Una encuesta ha revelado que los recién nacidos japoneses, ya de por sí los más pequeños del mundo, pesan cada vez menos, un fenómeno preocupante, añade el médico, que la anima a comer más, «si no quiere perjudicar el desarrollo de su hijo». Michiko sale de la consulta abatida y sintiéndose culpable: es una mala madre, y eso que su hijo aún no ha nacido.

No habla con nadie de ese creciente malestar, ni siquiera con Tomoki. Durante sus visitas ya no le cuenta cosas de su vida ni se inventa anécdotas divertidas para hacerle reír. Ahora se queda callada delante de los *wagashi* que trae de la pastelería y que apenas prueba. Tomoki la observa, preocupado. Su hermano tiene la capacidad de leer en su interior, de escuchar lo que ella calla. No necesitan hablar para entenderse; tienen su propio lenguaje secreto desde que eran niños. Los dos compartieron habitación hasta bien entrada la adolescencia, y allí se contaron sus sueños y aventuras, mezclados con sus olores y pesadillas. Michiko sabe que a su hermano no puede mentirle, que a Tomoki no se le escapa nada; tiene esa sensibilidad agudizada, ese corazón poroso y delicado, al que todo hiere, en el que todo hace mella. Testigo mudo de su desamparo, ve a su hermana desvaneciéndose lentamente, como un dibujo a lápiz borrado con goma o una foto en un álbum antiguo.

Michiko tampoco busca consuelo en sus padres. No quiere preocupar a su madre, tan afectada por la situación de Tomoki. Toda la vida ha representado el papel de la hija que no da problemas.

—Para ti, todo es fácil —le dijo una vez su madre tratando quizá de justificar la atención que volcaba en su benjamín.

Michiko no se atrevió a desmentirla, no quiso empañar la imagen idealizada que tenía de ella. En la escuela, su maestra solía decir: «El clavo que sobresale llama al martillo.» Así que Michiko es ese clavo que se esfuerza en no sobresalir. Sin embargo, el martillo ha acabado por caer y ahora la golpea a martillazo limpio. En lugar de ser una etapa de dicha y plenitud, el embarazo se ha convertido en un viaje solitario, en una larga travesía del desierto.

Michiko tarda en ponerle nombre a lo que está viviendo: «*matahara*». Un término formado a partir de las palabras inglesas «*maternity*» y «*harassment*». Lo oye una noche, en un programa sobre acoso. La periodista empieza hablando del *pawahara*, el abuso de poder, el *sekuhara*, el acoso sexual, y el *eihara*, la discriminación por motivos de edad. También menciona el *burahara*, que estigmatiza a las personas por su grupo sanguíneo, un dato que utilizan las empresas y las páginas de contactos de forma habitual. Y por último nombra el *matahara*, el acoso por maternidad, menos conocido pero, según ella, más perverso. Michiko ya había oído hablar de este concepto, pero se creía a salvo, al fin y al cabo trabaja en una empresa que presume de fomentar el bienestar de sus empleados. Ella y sus compañeros disponen de una sala de descanso con mullidos sofás y máquina de café último modelo, e incluso cuentan con una biblioteca llena de libros, mangas y animes que podrían servirles de inspiración para futuros juguetes. ¿Cómo iba a imaginar que esa misma compañía querría despedirla nada más enterarse de que está embarazada? Michiko no es tonta: sabe que esos cambios de puesto sólo son maniobras para empujarla hacia la salida.

Esa noche, viendo el reportaje, se promete que no cederá. Lo soportará todo estoicamente; se mantendrá firme.

Cuando está a punto de cumplir su quinto mes de embarazo, se sorprende a sí misma angustiada por la segunda ecografía, en la que quizá conocerá el sexo del bebé. En realidad, teme las dos posibilidades. Si es niña, sufrirá discriminaciones y será cuestionada constantemente, por no hablar de los abusos sexuales (dos de cada tres mujeres han sufrido algún episodio de violencia sexual a lo largo de su vida). Pero si es niño tampoco se quedará tranquila. Piensa en Tomoki, en la terrible presión que sufren los niños japoneses y en todos esos jóvenes que se encierran para intentar escapar de ella, o bien recurren a extremos aún peores.

En la camilla de la sala de ecografía, Michiko le dice a Daisuke que no quiere conocer el sexo del bebé. Su decisión lo coge por sorpresa: creía que ella estaba impaciente por preparar la habitación y empezar a comprar ropa, y además parecía que a los dos les hacía ilusión elegir el nombre. Desconcertado, respeta no obstante la voluntad de Michiko. El ecografista les informa de que el bebé está bien, aunque parece pequeño. Daisuke no le interrumpe; como en la escuela, aquí no está bien visto hacer preguntas al *sensei*, el maestro, al final de una clase o una consulta. Sólo hay que escucharlo y esforzarse en aprender la lección que acaba de impartir. Finalizada la visita, el matrimonio regresa a casa en silencio. A Michiko le gustaría decirle a su marido que lo siente, que le duele no poder compartir con él esos momentos que deberían acercarlos en lugar de abrir una brecha entre ellos. No se atreve a hablarle del

matahara que está sufriendo ni de las humillaciones a las que la somete el señor Ogita. No le cuenta nada de aquella reunión en la que su superior escupió sobre una carpeta el té que ella le había servido, gritando que era imbebible, y luego le ordenó secar las hojas una por una. Michiko sabe que lo hizo a propósito. Tampoco menciona las numerosas cajas de papel que la obliga a cargar por pasillos y escaleras para abastecer las fotocopiadoras de todas las plantas, un peso más que excesivo para una mujer en su estado, como el señor Ogita sabe perfectamente. Se ha iniciado una lucha sin cuartel, un combate cuyos golpes Michiko soporta cada día sin pestañear. No cederá, se lo ha jurado. En el país del honor, uno se dobla pero no se rompe.

11

***Léné, cerca de Thiès,* SENEGAL**

En el patio de la tita Bah, Hawa contempla horrorizada el cuerpo magullado de la niña. A su lado, la joven madre la mira suplicante, como si esperara un milagro de ella.

—Tu hija ha perdido mucha sangre —le dice Hawa —. Hay que llevarla al hospital.

La chica sacude la cabeza aterrada.

—¡No, al hospital, no!

Pero Hawa insiste:

—Va a morir, aquí no puedo curarla.

Presa del pánico, la madre duda... Y, de pronto, dejando a su hija en los brazos de Hawa, abandona el patio y sale huyendo.

A Hawa no le da tiempo a reaccionar ni a correr detrás de ella... Hay algo más urgente. A toda prisa, se dirige a la casa familiar y despierta a Toumani, que duerme con su mujer y el bebé.

—Llévame al hospital —le susurra.

Al ver a la pequeña en sus brazos con la ropa manchada de sangre, Toumani se queda petrificado.

—Llévame enseguida. Ya te lo explicaré.

En el coche, que avanza a toda velocidad por la carretera de Dakar, Hawa trata de detener la hemorragia. El pulso de la niña es cada vez más débil y cada minuto cuenta. No tardan en alcanzar la península del Cap-Vert y tomar la dirección de la cornisa Este, camino del Hospital Principal. Muy bajito, Hawa le suplica a la pequeña que no se rinda.

—Quédate conmigo —le repite, como si sus palabras tuvieran el poder de mantenerla con vida.

Cuando llegan a la entrada del edificio, la niña ha perdido el conocimiento. Hawa se precipita hacia la recepción y explica que es médica y que necesita atención para una niña en situación de urgencia vital. No hay tiempo para parlamentar con la administrativa, que parece desbordada. Pese a sus protestas, Hawa echa a correr hacia la unidad de reanimación. Conoce bien el hospital porque hizo la residencia allí. No lo ha pisado en años, pero no ha cambiado nada. Las salas están un poco más abarrotadas y las instalaciones un poco más deterioradas, eso es todo. Aquí y en todas partes, la realidad es la misma.

El corazón de la niña ha dejado de latir. En la sala de reanimación, Hawa inicia un masaje cardíaco mientras a su alrededor estalla la confusión. La administrativa la ha seguido hasta allí y le grita que no puede estar en la unidad, que no pertenece al servicio. A Hawa le da igual. Lo único que importa es la vida de la niña. Está en sus manos y se ha jurado salvarla.

De pronto, levanta la vista... y se queda paralizada. Él está ahí. Se ha detenido en el umbral de la puerta y la mira con cara de sorpresa. Hawa tiene la sensación de que una mano invisible la coge y la transporta a diez años atrás, a la época de la facultad, de las largas jornadas de estudio, las noches en vela antes de los exámenes, los cafés en la playa al amanecer... La época de las ilusiones y los escalofríos. La época de la pasión. La época de sus veinte años, que se resume en un nombre: Kwamé.

Kwamé parece tan estupefacto como ella. No le pregunta qué hace allí, después de diez años de ausencia y silencio. Hawa vacila. Tiene el corazón desbocado. Se repone, no hay tiempo para explicarse. Hay que actuar, salvar a la niña. Con un movimiento rápido, Kwamé coge el desfibrilador. Hawa coloca los electrodos en el pecho de la pequeña, coge los parches y provoca una primera descarga.

Un momento tenso y se hace el silencio: el corazón no reacciona.

—Volvemos a cargar —dice Hawa de inmediato.

Uno a cada lado de la niña, Hawa y Kwamé actúan en perfecta coordinación, como dos instrumentos afinados, como una pareja de baile, como dos viejos amantes que no necesitan hablar.

El corazón de la pequeña vuelve a latir a la tercera descarga. Hawa y Kwamé alzan la cabeza al mismo tiempo e intercambian una mirada de alivio. Sin embargo, saben que la batalla no está ganada. La niña ha perdido mucha sangre y necesita una transfusión.

—No tenemos reservas —confiesa Kwamé —. Las bolsas de sangre no han llegado. Hay que trasladarla a otro hospital.

Pero Hawa objeta que la pequeña no está en condiciones de viajar: su corazón puede pararse en cualquier momento. Ella es

donante universal, así que pueden utilizar su sangre. Kwamé duda. Hay que respetar un protocolo, hacer análisis... Hawa lo interrumpe: el laboratorio puede encargarse de la serología. No hay tiempo que perder, es la única solución.

Kwamé confía en su criterio. La conoce bien: fue la mejor estudiante de su promoción y la profesional más brillante con la que haya trabajado jamás. Mientras él va a buscar un equipo de transfusión, Hawa se acerca a la niña.

—Vamos a sacarte de ésta, te lo prometo —le susurra.

Y de pronto tiene la sensación de que esas palabras van dirigidas a ella misma. A ella a los ocho años, aterrorizada en el corazón del bosque.

El sol ha salido. Hawa y Kwamé están sentados en la cantina del hospital con una taza de café. Después de la transfusión, el estado de la niña se ha estabilizado. Aún está inconsciente, pero su vida ya no corre peligro. Kwamé mira a Hawa: parece exhausta.

—Deberías comer algo. Voy a buscarte una pasta.

Mientras lo observa alejarse, Hawa se dice que no ha cambiado. Sigue cuidando de ella con esa dulzura que la desarmaba.

Hace ya diez años que se marchó. Diez años de los que, en este momento, le parece que no ha quedado nada digno de recordarse, nada memorable. Nada, después de él.

Al marcharse a Francia, prometió mantenerse en contacto, pero no cumplió su palabra. Los mensajes de Kwamé se acumularon en el buzón de su móvil, y al quedar sin respuesta, se fueron espaciando,

hasta cesar por completo. Hawa sabe que debería hablar, explicarse, excusarse, pero respeta demasiado a Kwamé para mentirle. Cortó lazos, ésa es la verdad. Se fue sin mirar atrás, creyendo que encontraría en otra parte lo que estaba perdiendo. Se equivocó.

Kwamé vuelve y deja delante de Hawa una de esas pastas de coco que a ella tanto le gustaban y que devoraba después de sus noches de guardia compartida. Cuántas bromas habían hecho sobre eso... Pero esta mañana Hawa no tiene hambre. Le cuesta creer que esté aquí con él. Kwamé no le hace preguntas. Entre ellos hay un océano de cosas no dichas y remordimientos. Se limita a preguntarle cómo ha acabado allí, con esa niña en los brazos en plena noche. Hawa le cuenta la aparición y la huida de la joven madre en casa de su tía Bah. No sabe nada de la pequeña, ni siquiera su nombre.

La tragedia tiene un nombre: ablación. Kwamé conoce esa realidad, como todos los médicos del país. Pese a estar prohibida por la ley desde 1999, la mutilación genital se sigue practicando en los pueblos, todo el mundo lo sabe. Además, la legislación tiene otra cara, explica Kwamé: por miedo a que los detengan y los encarcelen, los padres ya no se atreven a ir al hospital cuando hay una complicación. Muchas niñas mueren de infecciones o hemorragias, y si las cuchillas no están correctamente desinfectadas, las que sobreviven contraen el tétanos o el VIH, y más adelante, padecen infertilidad, infecciones urinarias o complicaciones durante el parto: la tasa de mortalidad materna en el África subsahariana es la más alta del mundo, dice Kwamé, apesadumbrado. Las secuelas de las mutilaciones son múltiples y, a veces, duran toda la vida. Es

una catástrofe para las mujeres y un problema de salud pública que la ley no ha conseguido solucionar. Hawa ha leído en una revista médica que en el continente africano cada año se mutila a dos millones de niñas. Es decir, a una cada quince segundos. En Senegal, casi una de cada tres mujeres está mutilada. En ciertas regiones, como Casamance, el porcentaje supera el noventa por ciento.

Hawa no toca la pasta. Tiene el estómago cerrado y un nudo en la garganta.

—Deberías ir a descansar —le aconseja Kwamé —. Y a cambiarte —añade señalando su ropa manchada de sangre —. En cuanto la niña se despierte, te llamo.

Hawa sabe que tiene razón, pero no se decide a marcharse. Se siente responsable de esa niña que el destino le ha confiado. Le parece que ahora están unidas, como si, al donarle su sangre, hubiera hecho un pacto con ella y hubiera tejido un hilo invisible y secreto entre las dos. Y además la pequeña está sola. Aquí a todos los pacientes los acompaña un miembro de la familia o un amigo. No es raro ver a mujeres instaladas frente a la entrada del hospital con su hornillo para cocinar por si las comidas que sirven a su padre, marido o hijo no son lo bastante abundantes o apetitosas. Al llegar a Francia, a Hawa le sorprendió ver a tantos enfermos solos, abandonados por sus seres queridos, que estaban demasiado ocupados para cuidar de ellos. Eso aquí es inconcebible.

Sin embargo, la madre de la niña ha huido, la ha abandonado. Al pensarlo, a Hawa se le encoge el corazón. Vuelve a ver la mano de Ma, soltando la suya el día del bosque. Eso no puede decírselo a

Kwamé. Hay tantas cosas que guarda amontonadas y escondidas en el fondo de sí misma... Cosas de las que nunca ha hablado a nadie, ni siquiera a Moïra o Toumani. Ni siquiera a él, a Kwamé, que en otros tiempos fue su amor y su mejor amigo.

Vestida con la camisa que le ha prestado Kwamé, se sienta junto a la cabecera de la cama de la niña para velarla. Le acaricia la manita y le susurra una nana que su madre le tarareaba en otros tiempos, cuando la llevaba apretada contra su pecho. La letra le viene a los labios como si la hubiera oído el día anterior. «*Ayo ayo nene, nene nene touti*...» («¿Por qué lloras, bebé? Duerme, pequeño, tu mamá no tardará en volver. Duerme, duerme, pequeño bebé...»)

Y esa canción rescatada de la infancia despierta el recuerdo de los años felices. Los años de la inocencia, que Hawa habría querido prolongar para siempre. Los años de la ternura y de la confianza. Los años anteriores al día del bosque.

12

San José

Esta mañana Ana María no se detiene ante las vendedoras ambulantes para comprar el desayuno. Sabe que no le entraría nada. Pese a las advertencias de su madre, pide ver al gerente por el asunto de la prima. Es la primera vez en veinte años que solicita hablar con él.

Al entrar en el despacho, está temblando, pero se domina y procura dar a su voz una apariencia de seguridad. El número de mangas que figura a la altura de su nombre en la hoja de control está equivocado, dice. Ha trabajado mucho todo el mes y se merece la prima. No es un capricho, es una necesidad: su sueldo apenas da para comer. El gerente la mira de arriba abajo, sorprendido de su atrevimiento. Todos podemos equivocarnos, admite, y añade que la encargada está sometida a una gran presión. Si ha cometido un error, desgraciadamente, él no está en condiciones de verificarlo. Además, no puede satisfacer su petición sin crear un precedente. Promete vigilar para que el error no se repita. Entretanto, la anima a redoblar los esfuerzos el próximo mes y le ruega que cierre la puerta al salir.

La reunión ha durado menos de un minuto. Menos de un minuto tras veinticinco años de servicio. Menos de un minuto tras cientos de miles de mangas cosidas. Un día Esperanza se entretuvo haciendo el cálculo: desde que la habían contratado, su madre había cosido el equivalente a diez mil kilómetros de mangas, la distancia entre El Salvador y el Polo Norte o las costas de África. Ana María se quedó boquiabierta. Empezó a soñar con largos viajes y grandes epopeyas. Por desgracia, las mangas no la han llevado a ningún lugar lejano, no la han sacado de este taller miserable, que sólo abandona con el pensamiento.

Llena de amargura, vuelve a su puesto maldiciendo su ingenuidad: ¡qué estupidez, esperar un gesto del gerente! Recuerda aquel día de enero de 2000 en el que la tierra tembló: muchas trabajadoras perdieron a seres queridos en el seísmo; otras vieron derrumbarse sus casas. El gerente se negó a concederles un día libre, a pesar de que las condiciones de seguridad no estaban garantizadas para volver al trabajo. Permaneció impasible, indiferente a la suerte de sus empleadas. ¿Por qué iba a reaccionar hoy de otra manera?

En silencio, Ana María vuelve a sentarse delante de la máquina bajo la severa mirada de la encargada, atenta al menor desplazamiento. Entre estas cuatro paredes, las trabajadoras no son dueñas de su cuerpo; sus piernas, sus brazos, incluso su vejiga, están bajo la autoridad de la encargada. No se puede beber, hablar o ir al baño sin su permiso. Controla hasta el aire que entra en sus pulmones: en el hangar, asfixiante en verano, sólo ella puede decidir abrir una puerta o una ventana para refrescar el ambiente. En este reino de facto todas le rinden vasallaje. La mayoría son jóvenes e

inexpertas; el resto, las madres de familia, tienen a su cargo almas y estómagos. Son una mano de obra vulnerable, a merced de un despido.

Cuando, con el corazón encogido, Ana María se dispone a reanudar la tarea, sus manos se inmovilizan. Siente vibrar algo en lo más profundo de su ser. Es una sacudida ínfima, una ligera vacilación, que no hace más ruido que un tejido estrujado o un trozo de tela que se desgarra. Y, sin embargo, está ahí, en la punta de sus dedos, que dudan y toman un camino inesperado, como soldados rebeldes e insubordinados que se niegan a rendirse, a entregarse al enemigo. Los movimientos de Ana María no obedecen a su voluntad, sino más bien a un impulso, un gesto automático de su cuerpo, al que no puede detener ni hacer entrar en razón.

Al día siguiente, cuando llega al taller, una efervescencia inusual agita a las trabajadoras: parece que, durante el control de calidad, se han encontrado defectos. Se murmura que algunas mangas se han cosido al revés. Una de las chicas ha oído una conversación entre la encargada y el gerente: al parecer, tal como están, los uniformes son inservibles. «¡A no ser que se tengan los brazos del revés, no hay quien se los ponga!», gritaba él.

El incidente pone en jaque toda la línea de producción: los plazos entre los pedidos y las entregas son muy ajustados. El taller trabaja sin stock de reserva, siguiendo la filosofía del *just in time*. Cualquier retraso conlleva una penalización. El gerente, fuera de sí, ha conminado a la encargada a descubrir a la culpable sin dilación, antes de que la cosa se sepa. Teme que el incidente acabe perjudicando la imagen de la empresa ante sus clientes.

En la cantina, el asunto de las mangas está en boca de todas. Se hacen cábalas sobre la identidad de la culpable. ¿Una de las nuevas? ¿Una veterana? ¿Ha cometido un error, o se trata de un sabotaje deliberado? Y si ha sido esto último, ¿por qué lo ha hecho? ¿Con qué objetivo? Ana María asiste, estupefacta, al revuelo causado por su acto de protesta. Algunas costureras se indignan ante el retraso del pedido, que amenaza con afectarlas a todas dándoles más trabajo. Otras, en cambio, lo ven como un acto político y militante: llevan mucho tiempo soportando condiciones indignas, arguye una de ellas. El gerente no respeta ninguno de sus derechos y las somete a una presión constante. Ya va siendo hora de hacerse oír. El sabotaje de las mangas es un ejemplo a seguir, afirma, aplaudiendo el coraje de la rebelde.

Finalizada la jornada, las discusiones acaloradas continúan en el autobús. Las lenguas se sueltan, como si alguien acabara de destapar la caja de Pandora de los males de las trabajadoras. Se critica la precariedad de las instalaciones del taller, que es el origen de muchos problemas de salud. Los fluorescentes fundidos no se sustituyen, de ahí la innegable falta de luz. Durante su última visita al médico, Ana María constató que había perdido visión, como la mayoría de sus compañeras. Ese problema es fuente de errores, cuando no de accidentes, cuya responsabilidad se achaca de forma sistemática a las trabajadoras, sancionadas de inmediato. Sin embargo, el gerente se niega a modernizar la iluminación. Todo el mundo sabe que lo hace para ahorrar electricidad. Las condiciones higiénicas y de seguridad no son mejores. Faltan aseos y salidas de emergencia para facilitar la evacuación en caso de incendio. El

hangar no está bien ventilado y, durante los meses más calurosos, se convierte en un horno; no es raro que algunas se deshidraten y sufran desmayos. Otras padecen enfermedades crónicas, como infecciones urinarias por aguantarse las ganas de orinar, puesto que el reglamento prohíbe ir al baño sin autorización. A esos males se añade la insoportable repetición de las tareas, que provoca dolores en el cuello y las extremidades, por no hablar de la tensión y el estrés producidos por el permanente control de la encargada.

Las más jóvenes mencionan los test de embarazo impuestos al firmar el contrato y durante su vigencia, una práctica ilegal pero corriente. Sin experiencia previa en el mundo laboral, las nuevas ignoran que es un requerimiento abusivo y se someten a él sin protestar; si el resultado es positivo, se las despide de inmediato. Una de ellas explica que, en su antiguo taller, se organizó un tráfico de orina como protesta ante esas pruebas. Otra denuncia el acoso sexual de un supervisor, conocido por negociar favores con las empleadas. Todas saben que en el taller la prostitución es una realidad; quienes la practican son señaladas con el dedo y motejadas de «maquilarañas», arañas de maquila, una expresión inventada por ellas mismas. En cambio, para quienes se aprovechan de ellas no hay mote, a ellos no se los llama de ninguna manera.

Ana María llega a casa con mil y una ideas zumbándole en la cabeza. Es la primera vez que sus compañeras se expresan de forma tan libre sobre lo que soportan. Algunos políticos declaran que las maquilas son una «bendición para la población», pero ellas conocen la otra cara de la moneda, un mundo lleno de violencia y precariedad. Una noche, en el telediario, Ana María oyó a una

periodista calificar el trabajo de las mujeres en las maquilas de «esclavitud salarial institucionalizada». «Las trabajadoras del sector de la confección tienen los sueldos más bajos del país», decía: en la actualidad, 365 dólares al mes de media, es decir, un dólar y medio por hora. Para vivir decentemente, pagar el alquiler, comer y atender los gastos sanitarios, se necesita el doble. La periodista acusaba abiertamente a las grandes firmas de abusar de una mano de obra vulnerable y poco cualificada procedente de los sectores más desfavorecidos.

Cuando piensa en su hija presa y su madre impedida delante del televisor, Ana María se ve como un pequeño eslabón en una larga cadena de sumisión que se perpetúa al margen de las edades, de generación en generación. A veces, sentada ante la máquina, tiene la sensación de que ya no es una mujer, sino sólo un par de manos que enhebran y cosen sin descanso. Todo su ser se reduce a esa tarea, que ni siquiera es un oficio y no le ofrece ningún futuro, ninguna esperanza de evolucionar. En veinticinco años sólo ha aprendido esos gestos, que repite hasta el infinito todos los días y en sueños todas las noches.

Sin embargo, tiene la sensación de que algo se agita en el corazón del taller. Esa noche, antes de dormirse, la recorre un estremecimiento inédito. Toda su vida ha doblado el espinazo y soportado los reveses sin protestar. Ha llegado el momento de levantar la cabeza. La insurrección de las mangas no ha hecho más que empezar.

13

Vík-í-Mýrdal

La mañana siguiente al relato de Amma, Katla va a correr por la playa de Reynisfjara, cerca del pueblo. Parece haber recuperado parte de su energía. Durante la velada, su dolor se mantuvo a distancia, como si las palabras de su abuela le hubieran dado calor, como si dentro de ella se hubiera encendido una llamita.

Recupera el aliento frente a los farallones de los Trolls, unos peñascos de formas torturadas que emergen del mar. Agosto toca a su fin. Dentro de unos días, empieza la universidad. Teme volver a su piso, donde nadie la espera. Pero no tiene elección, no puede quedarse en la granja indefinidamente, debe seguir adelante, retomar su vida donde la dejó. O al menos intentarlo.

Llega a Reikiavik a principio de curso. En el pisito de dos habitaciones que compartía con Soffía, cada objeto le parece animado, habitado por una presencia invisible, depositario de la historia que las dos se esforzaron en tejer juntas, como una gran tela de amistad. Una tela que Björn desgarró en un instante.

Los padres de Soffía le piden que recoja las pertenencias de su hija y la animan a quedarse lo que quiera, de entre sus libros, sus

joyas y su ropa. Pero Katla no se siente capaz; no puede meter la vida de Soffía en cajas. Tiene la sensación de que estaría enterrándola por segunda vez.

Por la noche, cuando no consigue dormir, se acuesta en la cama de Soffía, como ha hecho tantas veces, y se acurruca contra *Kenott*, la vieja y raída marmota de peluche de su amiga. Piensa en ella, bajo tierra; a veces se imagina a sí misma a su lado. En la Antigüedad, algunos jefes vikingos se hacían inhumar con su mobiliario y sus esclavos vivos para llevarse con ellos, al Valhalla, el reino de los muertos y los dioses, todas sus posesiones. A veces Katla llega a pensar que estaría mejor allí abajo, en la tumba, con Soffía.

Rechaza todas las invitaciones, todas las propuestas para salir. No le apetece hablar, fingir que lo lleva bien, mantener conversaciones. Se siente en una transición entre dos épocas: la primera terminó con la muerte de Soffía; la segunda, ignora qué le deparará. Ni siquiera va al cementerio. Le gustaría llevarle flores, pero no lo consigue: se queda en la verja, incapaz de cruzarla.

Intenta concentrarse en la tesis, pero la tragedia acabó con sus ideales: ya no cree en la ejemplaridad islandesa. Mientras haya hombres que matan a mujeres, no habrá igualdad, se dice. Pasa horas comparando documentos, esforzándose en elaborar un plan, sin éxito. Siente que va desencaminada, que se ha equivocado de tema.

Una mañana sale a correr, pero se desvía de su itinerario habitual. Al salir del parque Hljómskálagarður, se dirige a la explanada de Arnarhóll, el lugar en el que se congregaron las mujeres convocadas

por las Rauðsokkur. A esas horas de la mañana, la colina está muy tranquila. Alrededor de la estatua del vikingo Ingólfur, primer colono islandés, se extiende una gran zona de césped. De pronto, Katla tiene una sensación extraña. Le parece oír las voces de todas esas mujeres que estuvieron allí cincuenta años atrás. Es como si sus cánticos y sus eslóganes siguieran vibrando en el aire. Amma le habló del fervor de las manifestantes, de los vítores y los aplausos que recibía cada oradora. La última en tomar la palabra emocionó a la audiencia de un modo especial. Se llamaba Aðalheiður Bjarnfreðsdóttir y era la secretaria general del sindicato de mujeres obreras. Cuando empezó a hablar, la multitud enmudeció: Aðalheiður irradiaba una fuerza y un aura casi irracionales. No usaba notas, no llevaba ningún papel. No le temblaban las manos ni la voz. En medio de un silencio absoluto, ante la explanada llena a rebosar, aquella humilde trabajadora analfabeta de una factoría de pescado pronunció las siguientes palabras:

«La injusticia que sufren las mujeres es inmensa y su trabajo está infravalorado. Algunas personas creen que queremos privar de su poder a los hombres. Es falso. Queremos la igualdad. Ni más ni menos. La mujer está empezando a despertar. Los hombres dirigen el mundo desde la noche de los tiempos, y mirad en qué estado se encuentra: es un mundo en el que la sangre ha corrido demasiadas veces, un mundo en llamas, lleno de dolor. Creo que el mundo sólo cambiará cuando las mujeres empiecen a gobernarlo en igualdad con los hombres.»

Katla encontró el discurso copiado íntegramente en el baúl de Amma. En esos momentos, resuena en su mente con tanta claridad como si lo estuviera escuchando con sus propios oídos. Las palabras

de Aðalheiður siguen siendo actuales, se dice. Desde luego, la sociedad ha evolucionado, pero queda mucho camino por recorrer, muchas batallas que librar. En ese instante, se acuerda de la pancarta de Amma: «Me atrevo, soy capaz, lo haré.» Parece que el mensaje esté dirigido a ella a través de los años.

La idea se le ocurre justo allí, en el mismo sitio en que estuvo su abuela. Katla se plantea un proyecto desmesurado, disparatado: una huelga de mujeres en todo el mundo. Un movimiento a escala planetaria para recordar que la igualdad aún no se ha conseguido, que a las mujeres se las sigue amenazando, matando, privando de libertad en todas partes. Si en su época Amma y las Rauðsokkur lograron movilizar a nueve de cada diez mujeres en Islandia, Katla imagina cómo podría propagarse la huelga por todo el planeta hoy en día, en la era de internet y las redes sociales.

Aunque empieza a soplar el frío viento otoñal, Katla siente que la atraviesa una corriente cálida, como si la recorriera un chorro de lava procedente de las entrañas de la tierra. El asesinato de Soffía abrió un abismo a sus pies, pero no piensa arrojarse al fondo. Sobrevivirá a su amiga y le dará un sentido a su muerte, porque es la única forma de hacerla un poco soportable. Su proyecto es ambicioso, utópico, colosal y descabellado. Mejor: nunca le ha gustado hacer las cosas a medias. De pronto, ya no es el duro e insondable bloque de rabia que se aislaba del mundo y se autodestruía. Vuelve a ser la hija del volcán, la niña bulliciosa y excesiva, sobrada de confianza e inventiva.

Con la mente en ebullición, vuelve a casa, arranca los pósteres que adornan las paredes y los sustituye por los artículos y las fotos que encontró en el baúl de Amma. En el centro, coloca la foto de su

abuela sosteniendo la pancarta con sus amigas. Por primera vez, se da cuenta de que Amma y ella se parecen: su abuela tenía veintiún años, casi su edad ahora, y el mismo pelo rubio, el mismo aire indómito, la misma determinación en la mirada.

En Vík, ha empezado la gran recogida de ovejas del Réttir. En verano, los rebaños pacen en la montaña en libertad, pero, al llegar el otoño, se los reúne para seleccionarlos y ponerlos bajo techo. Amma está intentando atrapar un cordero en mitad de un prado cuando empieza a sonar su móvil. Con el animal inmovilizado entre sus piernas, la anciana trata de responder, tarea nada fácil, porque el cordero no se está quieto. Al otro lado del hilo suena la febril voz de Katla. Entusiasmada, le explica el proyecto de una gran huelga mundial de las mujeres, inspirada en el modelo de octubre de 1975. Habla deprisa, encadena las frases a un ritmo frenético. Quiere organizarse, dice, como las Rauðsokkur. Cada generación tiene sus propias luchas, y la de las mujeres debe continuar. Hoy le toca tomar el relevo a ella.

Amma deja escapar al cordero. Por fin reconoce a su Katla, a su intensa y apasionada nieta. Del mismo modo que los géiseres extraen el calor del centro de la tierra, Katla encontrará en su interior la fuerza necesaria para hacer realidad su proyecto. Transformará su cólera en energía, en carburante para avanzar. Amma conoce su temperamento, no le cabe la menor duda de que tendrá éxito. La erupción se acerca, se dice. Y será de una magnitud inaudita.

14

Tokio

Ese mes de diciembre, las calles resplandecen con miles de adornos. En todas partes se respira un ambiente festivo. En la sede de la empresa, se preparan para la *bonenkai*, la tradicional velada de fin de año, que la compañía celebra en un bar del barrio. Ante el espejo del baño, Michiko contempla con una expresión contrariada la túnica amplia de un vago color topo que se ha aventurado a comprar. Su barriga ha crecido, los vestidos se le han quedado pequeños. Ha tenido que salir a pesar del frío para buscar algo que ponerse. En la sección de prenatal de los grandes almacenes, le ha sorprendido la fealdad de los modelos, sus ridículos estampados, ingenuos o infantiles. Al final, ha optado por un vestido dos tallas más grande que, aunque no la favorece, al menos le disimula la barriga y no se nota que está embarazada.

Justo antes de salir, decide maquillarse para ocultar las ojeras y su aspecto cansado. Desde hace algún tiempo, duerme mal; ha perdido el apetito por las náuseas, que no le dan tregua. Cuando vuelve a su minúsculo despacho para coger el abrigo, el señor Ogita asoma la cabeza por la puerta.

—Usted no está invitada a la celebración —le anuncia, y añade —: Una embarazada que no bebe podría aguarnos la fiesta.

Michiko se queda de una pieza. De pronto, piensa en *Retsuko*, la panda roja de la famosa serie de dibujos animados. Empleada en un departamento de Contabilidad, la joven *Retsuko* soporta a diario jornadas maratonianas y los cambios de humor y las humillaciones de sus jefes. A veces va a encerrarse al baño para tranquilizarse y reprimir las ganas de gritar. «Cuento hasta diez, y vuelvo a ser una empleada modelo», dice entre dientes. Por la noche, al salir del trabajo, se quita los zapatos de tacón y se transforma en cantante de *death metal* en un karaoke. Como a ella, a Michiko le entran ganas de gritar. Para aplacar el sentimiento de injusticia, intenta convencerse de que este nuevo ataque no la afecta. Renunciará encantada a esa sesión de farra obligatoria (la *bonenkai* dura horas, porque los jefes de departamento alientan la *nomunication*, la «comunicación a través del alcohol»). A decir verdad, a ella siempre se le ha hecho cuesta arriba soportar las confusas conversaciones y el aliento cargado de sus compañeros, desinhibidos por los cubatas o el sake, la mayoría de los cuales no recordarán nada de la velada al día siguiente, cuando vuelvan a ponerse la máscara de empleado perfecto.

Aun así, ve partir al equipo con amargura. Su situación no le importa a nadie, a veces incluso tiene la sensación de ser invisible. Era una joven respetada, pero, desde su embarazo, se ha convertido en la última empleada. Antes de marcharse, el señor Ogita le ha pedido que cargue de papel las fotocopiadoras de todas las plantas. Ella no ha rechistado, aunque se ha pasado la jornada yendo y

viniendo por los pasillos, ocupada con las mil y una tareas subalternas que le endosan. Como todas las tardes, le duele la espalda, los riñones... y los zapatos la están matando. Ojalá pudiera cambiarlos por unos planos, pero más vale quitárselo de la cabeza: el año pasado, una secretaria de contabilidad pidió que la eximieran de forma excepcional de los tacones después de una operación de cadera por la que estaba haciendo rehabilitación. La dirección le negó ese favor, arguyendo que crearía un precedente entre las empleadas.

De pronto, mientras está sacando las resmas de papel del almacén, siente un dolor en el bajo vientre. Con la respiración entrecortada, se detiene en medio del pasillo. Conoce esa sensación, la ha tenido varias veces las últimas semanas. Se sienta en el suelo y respira hondo intentando tranquilizarse.

—Aguanta, aún no es el momento —le dice muy bajito al bebé.

Permanece varios minutos así, hasta que las contracciones empiezan a espaciarse. Su barriga deja de estar tan tensa, como si su hijo la hubiera oído en lo más profundo de sí misma y se acomodara a sus deseos. Pero Michiko sabe que él le está enviando un mensaje que no podrá desoír por mucho tiempo.

En la última visita, el ginecólogo, que la encontró agotada, le extendió un parte de baja, que Michiko metió en el bolso. Esperó a estar en la calle para romperlo y tirarlo a la primera papelera que encontró. Al llegar a casa, no se lo contó a Daisuke; le dijo que todo iba bien. Michiko se niega a rendirse. La obstinación es lo único que le queda, su último espacio de libertad. Irse, coger la baja, sería

darle la razón al señor Ogita, que repetirá que una embarazada no es fiable y que no se le puede encomendar nada. La obligará a despedirse o la despedirá él, una práctica ilegal pero corriente. Y, siendo una madre joven, le costará encontrar otro trabajo. Haga lo que haga, está atrapada. Le gustaría coger un megáfono y ponerse a gritar, soltar un alarido tan fuerte que hiciera temblar las paredes, se propagara por los pasillos y los despachos, rompiera los cristales de las ventanas y los espejos y dejara sordos al señor Ogita, la señora Kabuki y la empresa entera. Por desgracia, Michiko no es una estrella de internet ni una heroína de dibujos animados. No tiene la rabia de *Retsuko* ni el desparpajo de Yuki.

Con los pies pesados como el plomo y la moral por los suelos, Michiko se dirige a casa procurando ignorar el ambiente festivo de los bares y restaurantes en los que se celebra el fin de año. Al pasar ante las tiendas, cuyos escaparates exhiben regalos y juguetes, se detiene delante de las figuritas de la marca, las mismas que se ha esforzado en promocionar. Sueña que se ha convertido en una de esas muñecas de sonrisa fija, idéntica a miles de otras muñecas. No puede evitar pensar en las niñas que las recibirán en Navidad, alumnas obedientes y discretas que se convertirán, igual que ella, en empleadas modélicas y, más tarde, en mujeres infelices, sumisas y minusvaloradas. Lo que les venden es una fantasía, se dice, una mentira descarada.

Michiko se acuesta sola, porque Daisuke también está en la *bonenkai* de su empresa. Esa noche duerme con un sueño agitado, poblado por visiones escalofriantes. Se ve vagando por la aterradora

Isla de las Muñecas mexicana, de la que ha visto imágenes en un documental. Después del ahogamiento de una niña de la isla, un hombre empezó a colgar muñecas de los árboles para apaciguar el espíritu de la difunta. Continuó con ese ritual durante cincuenta años, hasta que un día se ahogó trágicamente en el mismo lugar que la niña. Las muñecas siguen allí, colgadas de las ramas, ennegrecidas por la tierra y la lluvia, azotadas por el viento. Durante toda la noche, Michiko busca su camino en medio de los monigotes, que oye crujir y que proyectan sobre ella sus macabras sombras, como lúgubres y atormentados espectros.

15

Dakar

Hawa se ha quedado traspuesta junto a la cama de la niña. De pronto, en la pantalla de sus párpados vuelve a surgir la imagen: el sendero del bosque se extiende ante ella, como una alfombra. Entre los enormes árboles, Hawa percibe el canto de los pájaros, el soplo del viento en las ramas, el rumor de mil vidas invisibles, un poco inquietante. Siente crujir la tierra bajo sus pies y, en los claros, los ardientes rayos del sol en su piel. Delante de ella va su abuela. Hawa mira su larga silueta encorvada, sus sandalias cubiertas de polvo, sus anchos pendientes, que, como los brazaletes de sus muñecas, tintinean al ritmo de sus pasos, los vistosos motivos de su túnica, que parecen pequeñas serpientes danzando en la luz del verano...

Cuando su madre acudió a despertarla, el sol empezaba a salir. Sin decir palabra, la ayudó a lavarse y a ponerse su vestido más bonito, el de las grandes ocasiones. A continuación, fueron andando a casa de su abuela. Hawa no la ve a menudo. La anciana suele pasar semanas yendo de pueblo en pueblo por toda la región, aparentemente, para cumplir una misión desconocida para Hawa. Al

verla acompañada por dos mujeres a las cuales no conoce, la aprensión se apodera de ella. Aprieta la mano de Ma, pero su madre se suelta.

—Ve —le dice empujándola hacia las tres mujeres. Hawa se resiste, quiere volver a casa, con su padre y sus hermanos, que aún duermen. Entonces Ma cambia de tono, se inclina hacia ella y le dice en voz muy baja —: En el bosque estará la tita Bah...

La mano de Hawa se relaja enseguida. Al lado de su querida tía no puede pasarle nada. Confiada, acepta seguir a su abuela y sus acompañantes, que se la llevan al bosque.

Caminan largo rato, en silencio. A medida que avanzan, Hawa siente que el miedo le hace un nudo en la boca del estómago. Cuando va a coger hojas y corteza con la tita Bah, no andan tanto. Hawa conoce los sitios en los que crecen las plantas medicinales. ¿Por qué alejarse de ellos? Intimidada, no se atreve a hacer preguntas.

Por fin, al llegar a un claro, se detienen. Su abuela extiende una esterilla en el suelo y le ordena que se tumbe en ella.

—¿Dónde está la tita Bah? —le pregunta Hawa, inquieta.

La anciana no responde. De pronto, Hawa cae en la cuenta de que es sábado, día de mercado, y se queda paralizada. Su tía va allí a vender sus remedios todas las semanas sin falta... Entonces ¡su madre le ha mentido! La tita no acudirá. Esa evidencia la fulmina e intuye que algo importante y solemne está a punto de ocurrir. Hawa se tensa y se niega a tumbarse en la esterilla, pero las dos mujeres la aferran y la tienden a la fuerza. Una le inmoviliza la cabeza entre sus rodillas y le sujeta los brazos con fuerza, mientras la otra le agarra las piernas y se las separa sin contemplaciones.

A Hawa apenas le ha dado tiempo a ver que su abuela ha sacado un cuchillo cuando un dolor indescriptible la atraviesa. Un dolor inhumano, fulgurante, de los riñones a las piernas, como si le desgarraran las entrañas. Grita mientras la sangre le salpica la cara y el vestido. Es un grito agudo, penetrante, potente para su cuerpo de niña. Sin embargo, su abuela sigue adelante, imperturbable. Hawa comprende que nadie vendrá a ayudarla, que nada la librará de lo que al principio toma por un castigo. Mientras el cuchillo se ensaña con su carne, tiene la sensación de que un martillo ha empezado a golpearle la cabeza, a machacarle las sienes y el cráneo; el corazón le late con tal fuerza que Hawa cree que le va a estallar. Prefiere morir antes que soportar eso. Cualquier cosa es mejor que lo que le están haciendo. Pero su abuela continúa, con gesto determinado.

Clavada al suelo, Hawa siente que algo se separa de ella y asciende muy arriba, hacia las cimas de los árboles, para reunirse con el cielo y los pájaros.

Se despierta sobresaltada. Por un momento, no sabe dónde se encuentra. Está en el hospital, junto a la cama de la niña, pero su mente sigue allí, en el bosque. Una parte de ella se quedó en aquel sitio. Una parte de ella con ocho años se quedó allí para siempre.

Frente a la playa de la Anse Bernard, con el ala Saint-Louis del hospital a su espalda, Hawa respira hondo y trata de disipar las imágenes de su sueño. Ha tenido esa pesadilla muchas veces. Le gustaría poder olvidar esa mañana, borrarla de su memoria, pero la

escena vuelve a surgir como un fantasma agazapado en la oscuridad, escondido en el ángulo muerto de su vida.

El sol empieza a bajar. El aire aún está caliente, saturado del indefinible olor del salitre mezclado con el de los peces que los hombres han traído en sus redes. Justo enfrente, sobre la isla de Gorée, el cielo se arrebola. Hawa se siente como ese pedazo de tierra, solitario en medio del mar. Durante todos estos años, ha buscado un suelo en el que posarse, en el que descargar su pena, sin encontrarlo. Contemplando el océano, piensa en lo fácil que sería meterse en él y desaparecer entre las olas. Abandonar al fin este cuerpo maltratado y mutilado. Incompleto. Es un pensamiento que la persigue desde el día del bosque.

—¡Deja de llorar, ya está! —le gritó su abuela levantándose al cabo de unos minutos que a ella le habían parecido años.

En la esterilla cubierta de sangre, Hawa volvió en sí. De pronto, le pareció que ya no era la misma, que su cuerpo ya no le pertenecía. Que ahora era el cuerpo de una extraña.

Cuando volvieron al pueblo, las mujeres de la familia formaron un círculo a su alrededor y se pusieron a cantar.

—Ahora estás purificada —le dijo Ma —. Podrás casarte y tener hijos hermosos.

A Hawa, esas palabras se le clavaron en el alma como el cuchillo que le había desgarrado la carne: Ma sabía lo que le iban a hacer; lo sabía y, aun así, la había mandado allí, se la había entregado a su abuela. Así pues, ésa era la suerte reservada a las mujeres, comprendió Hawa ese día, el requisito indispensable para encontrar marido. Su madre, sus tías, sus primas, sus vecinas... Todas habían

sufrido el cuchillo. Todas habían caminado por el bosque y derramado su sangre en el claro, donde nadie podía oírlas ni salvarlas. Hawa se preguntó qué le habían quitado y por qué. ¿Cuál era esa parte «impura» que habían tenido que cortarle? En la naturaleza, había visto que a los lagartos y las serpientes volvía a crecerles la cola. ¿Ocurriría lo mismo con esa parte de su propia anatomía? Intentó preguntárselo a Ma.

—¡De esas cosas no se habla, son sucias! —respondió, como quien cierra una puerta para siempre.

Hawa empezó a odiar su cuerpo, fuente de tanto sufrimiento. Durante días, no pudo comer ni dormir. Ninguna postura la aliviaba. Se aguantaba las ganas de orinar, porque la micción, ardiente, insoportable, le arrancaba gritos de dolor. No obstante, gracias a los remedios de la tita Bah, recuperó las fuerzas. Cuando al fin pudo levantarse, cogió un espejo para mirarse la entrepierna. Necesitaba ver, comprender qué le habían hecho. La manteca de karité que le habían aplicado, mezclada con la sangre seca, formaba una pasta negra bajo la que se entreveía una cicatriz en el lugar de lo que había habido allí. Obedeciendo al mandato materno, Hawa no se atrevió a preguntar nada. No encontró respuesta para sus interrogantes hasta mucho más tarde, en los libros de anatomía: lo que le habían cortado no volvería a crecer jamás. Por fin, pudo nombrar lo que le habían quitado: el «clítoris», el órgano del placer femenino, culpable, al parecer, de todos los males del mundo. Los bambaras decían que estaba habitado por el *wanzo*, la fuerza del mal, de la que había que librar a las mujeres. Entre los dogones, que lo consideraban un atributo masculino, se amputaba por ese motivo.

Los nandis creían que las niñas que permanecían «enteras» se marchitaban y morían al llegar a la pubertad. De todo lo que leyó sobre el tema, Hawa se quedó con una sola cosa: se mutilaba a las mujeres para garantizar su fidelidad. Privadas de placer, no tenían la tentación de engañar a su marido. Así pues, la habían preparado desde la infancia para convertirse en una buena esposa. A la edad en que aún jugaba con muñecas, su madre y su abuela la habían modelado a su imagen sin pedirle su opinión. Se habían apoderado de lo más íntimo que poseía y se lo habían arrebatado sin decirle nada, sin explicarle nada.

La infancia de Hawa acabó ese día, en el bosque, en el preciso instante en que el cuchillo la mutiló. No sólo cercenó su cuerpo; también destruyó la confianza y el amor que le inspiraba su madre. A partir de ese día, Hawa no volvió a sentir ni pena ni alegría; se convirtió en una mujer ausente de sí misma, disociada. Cortada en dos, literal y metafóricamente.

Años después, cuando murió su abuela, Hawa no lo sintió. En su funeral no derramó ni una lágrima. Al pensar que no volvería a herir a nadie, incluso experimentó cierto alivio. Por desgracia, se equivocaba. Las circuncisoras, pertenecientes a la casta de los herreros, eligen a sus sucesoras. En los pueblos, donde gozan de un estatus privilegiado, su puesto es muy codiciado. Cuando se desplazan para mutilar a las niñas, se les hacen regalos; en los banquetes, se les dan los mejores trozos de carne. Adondequiera que vayan, se las respeta y se las honra. Un día, poco antes de que su abuela muriera, Hawa le oyó decir estas palabras:

—Hawa tiene unas manos de oro, podría reemplazarme...

Ella se estremeció sólo de pensarlo y se dijo que preferiría quemarse las manos antes que perpetuar esa tradición. Ella las utilizaría para algo muy distinto: cuidar y curar. Se prometió que se haría médica y abandonaría el pueblo en cuanto pudiera.

«¡Deja de llorar, ya está!», le había soltado su abuela en el bosque al levantarse. «Mentía», se dice Hawa junto a la niña dormida, la tradición pervive: la pesadilla no ha acabado.

16

San José

Durante los siguientes días, en la maquila se multiplican los incidentes. En los uniformes aparecen numerosos defectos: cremalleras y botones colocados hacia dentro, mangas y cuellos invertidos, perneras cosidas entre sí... Cada vez más preocupado, el gerente ordena a la encargada que redoble la vigilancia, pero las saboteadoras son astutas: sus maniobras son silenciosas, rápidas y discretas: así es como las han formado. Sus dedos tejen una tela invisible, como soldados de las sombras armados de aguja e hilo.

Ana María puede confiar en un grupo de aliadas fieles: Alba, Estela, Paz, Candelaria y Felipa llevan años trabajando con ella. El tiempo pasado en la fábrica ha consolidado su amistad. Durante la jornada, el reglamento les impone silencio, pero, cuando llega la breve pausa para comer, suelen juntarse en la cantina. Hablan de sus familias, de sus hijos y sus maridos, comparten los grandes y pequeños acontecimientos que constituyen una vida. El acto de Ana María ha puesto sobre el tapete lo que todas opinaban en su fuero interno. Ahora actúan de común acuerdo, y no piensan detenerse ahí.

No obstante, tienen que ser cautas: algunas de sus compañeras siguen sometidas al gerente, y no dudarían en delatarlas. A veces, Ana María tiene la sensación de vivir en una telenovela llena de suspense y peligros. Pero, pese al miedo a perder el trabajo, nunca se ha sentido tan fuerte.

No le cuenta una palabra a Marcia de ese germen de revuelta que está liderando: su madre montaría en cólera y la llamaría «irresponsable» y «loca». Ana María prefiere callar y cenar en silencio viendo el telediario.

Cuando los retrasos en las entregas empiezan a acumularse, el gerente no aguanta más: acaba convocando a todas las costureras. Una vez reunidas en el hangar, no disimula su indignación: sus actos de sabotaje son inaceptables y ponen la fábrica en peligro, dice exasperado. Los clientes descontentos amenazan con aplicar penalizaciones. Para recuperar el tiempo perdido, ha decidido aumentar el ritmo de producción e imponerles horas extraordinarias a todas. Añade que el pago de primas queda suspendido hasta que no se delate a las culpables.

Se oyen murmullos de protesta. La encargada impone silencio a base de advertencias y amenazas. A pesar de la angustia que la atenaza, Ana María se siente animada por una extraña energía y una fuerza nueva, como si le hubieran crecido alas. Se levanta y toma la palabra con una voz sorprendentemente tranquila. Desde hace mucho tiempo, recalca, soportan condiciones de trabajo indignas y un ritmo insostenible: ya basta. Exigen el pago de las horas extraordinarias que realizan, como ordena la ley, y el de las primas

que se les debían abonar. Denuncian la falsificación de los números en la hoja de producción, una práctica que ha durado demasiado tiempo. También piden que se sustituyan los fluorescentes defectuosos y que se revise el reglamento para darles la posibilidad de beber e ir al baño sin pedir permiso.

Tras su declaración, se hace un silencio sepulcral. El gerente no sale de su asombro: es la primera vez que una trabajadora se atreve a formular reivindicaciones. De pronto, otra costurera se levanta y afirma que apoya a Ana María. De inmediato, una tercera la imita, seguida por una cuarta... En unos instantes, todo un ejército de mujeres está de pie en medio de la fábrica. El gerente las mira con una mezcla de cólera e incredulidad. En el hangar, el aire se ha enrarecido; está tan cargado de electricidad que da la sensación de que una simple cerilla provocaría una explosión. El gerente responde que no cederá a su chantaje. Desmiente formalmente la acusación de falsificación de los números. En cuanto a sus demandas, atenderlas sería poner en peligro la continuidad de la empresa. Como quien recita una lección bien aprendida, alega falta de rentabilidad, la crisis, los costes de funcionamiento, el alquiler del solar, el suministro de agua potable y electricidad, el mantenimiento de las máquinas... Para zanjar la discusión, les ordena que vuelvan al trabajo de inmediato y puntualiza que cualquier nuevo acto de sabotaje se sancionará con el despido sin indemnización. Y les recuerda que no son irreemplazables; muchas estarían encantadas de ocupar su puesto, concluye, y se va.

En el autobús de regreso a casa, los comentarios se multiplican. A Ana María no la ha sorprendido en absoluto la reacción del gerente.

Les dice que su discurso parecía un plato recalentado y que no deben ceder. Esto es un pulso, y el resultado es impredecible. Algunas de sus amigas la apoyan, pero a otras les preocupa la amenaza de despido. Tras reflexionar, Ana María decide contactar con Berta. La abogada de su hija es inteligente, culta y conoce perfectamente la ley. Sabrá darles consejos sensatos.

Hay que crear un sindicato, asegura Berta, es la única manera de hacerse respetar. La libertad de asociación es un derecho, le recuerda a Ana María, aunque en el mundo de las maquilas no siempre se respete. Si ella consigue convencer a más de la mitad de las empleadas de la fábrica, podrán solicitar una negociación colectiva a Inspección del Trabajo, tal como prevé la ley, añade Berta, que también le promete intervenir si el gerente intenta despedirlas.

Animada por el apoyo de Berta, Ana María plantea la idea del sindicato en la cantina al día siguiente. A su alrededor, las opiniones están divididas. Hace unos años, recuerda Alba, se puso en marcha una iniciativa similar en una fábrica de piezas de automóvil de la zona franca. El representante de la sección sindical creada apareció ahorcado en un árbol frente a la entrada. Tras su muerte, sus compañeros desistieron. En otra manufactura, los contestatarios fueron secuestrados por su jefe. Bajo amenazas, acabaron firmando una carta de despido. Se dice que entre los gerentes del sector circula una lista negra con los nombres de los sindicalistas y que luego es imposible encontrar trabajo en la zona. Ana María comparte los temores de sus amigas, pero se niega a ceder al miedo. Quiere

creer que el cambio es posible y está dispuesta a asumir el reto. Tienen que permanecer unidas y convencer a la mitad de las trabajadoras para que se sumen al proyecto.

Oírse hablar así la sorprende a ella misma. Hasta ahora, siempre se había plegado a lo que se esperaba de ella. Durante años, ha esperado el regreso de su marido y, después, la puesta en libertad de Esperanza. Ya basta. Su cuerpo y su corazón han llegado al límite de lo que puede soportar. Algo tiene que cambiar.

El domingo siguiente, va a la cárcel. Para su sorpresa, detrás del cristal sucio del locutorio encuentra a su hija sonriente, pese a su palidez y sus ojeras. Gracias a su buena conducta, Esperanza acaba de conseguir una plaza en la maquila de la prisión, un taller de bordado que emplea a unas quince presas. El trabajo no es remunerado, pero cada año te descuentan uno más de la pena. En consecuencia, la demanda es mucha y las plazas muy codiciadas. Esperanza está muy contenta; dice que el trabajo la ayuda a soportar el encierro y le mantiene la mente ocupada. Y además ha hecho dos amigas. Ana María sabe que a veces las internas maltratan a las «mataniños», a las que acosan o insultan. Cumplir condena por asesinato no está tan mal visto como haber intentado abortar, le ha explicado Esperanza. Sabiendo que su hija ha encontrado aliadas, Ana María abandona la cárcel más tranquila.

Cuando se dispone a coger el autocar de vuelta, ve a Enrique sentado en el banco, como la última vez. Al verla acercarse, no parece sorprendido, incluso se diría que la esperaba, piensa Ana

María, y esa idea la turba. Enrique le propone ir a tomar un café, y ella acepta encantada.

Pasan dos horas charlando, intercambiando noticias de Esperanza y de Rosalba, cuya salud ha empeorado. Ante la creciente inquietud de Enrique, Ana María le aconseja contactar con Berta: tal vez la intervención de una abogada acelere la visita del médico. Él se lo agradece calurosamente. Cuando Ana María menciona el cumpleaños de Esperanza y la prima por la que está peleando, él se ofrece de inmediato a adelantarle el dinero para el perfume. Aunque la oferta la emociona, Ana María se apresura a rechazarla: sabe que él también está pasando por momentos difíciles. Enrique tiene un pequeño taller de chapa y pintura en las alturas de San José en el que reparan la carrocería de automóviles procedentes de Estados Unidos. Aunque sólo obtiene pequeños ingresos de su actividad, le encanta su trabajo: puede estar horas hablando de los míticos Chevrolet o los Ford Mustang, con los que sueña. Aunque no son suyos, Enrique se siente afortunado por poder cuidarlos. No tiene rival localizando abolladuras y haciéndolas desaparecer; se requiere suavidad y delicadeza, dice hablando con afecto de los vehículos que ponen en sus manos. Al escucharlo, Ana María piensa que ella se parece un poco a esos coches golpeados por la vida, y se sorprende a sí misma ruborizándose ante las largas manos de Enrique, que podrían repararla también a ella, una idea que se apresura a sacarse de la cabeza.

Al día siguiente, Ana María y sus amigas se apostan a la entrada de la fábrica. Han hecho galletas, tamales y café. Abordan a las

demás trabajadoras conforme van llegando y les exponen la necesidad de crear un sindicato. La propuesta no logra la unanimidad: algunas están dispuestas a comprometerse, pero otras muchas pasan de largo por miedo al despido y ni siquiera se atreven a aceptar una taza de café. Ana María distingue la silueta de la encargada, que las observa desde el hangar. Juraría que está escribiendo en una libreta. ¿Anota sus nombres? Probablemente, el jefe le ha encargado que las espíe. Ana María ni siquiera se lo tiene en cuenta; la encargada, que apenas cobra más que ellas, está tan sometida y explotada como las demás. Es una marioneta que el gerente maneja a su antojo. Quizá se cree protegida por la relación íntima que se rumorea mantiene con él. Una vez Ana María la vio salir del despacho recogiéndose un mechón del moño. Un simple mechón, que hablaba por sí solo.

El rumor de un motín incipiente en la fábrica no tarda en extenderse por la zona franca. El asunto del sabotaje de los uniformes provoca un gran revuelo. La rebelión de las costureras y su proyecto de sindicato son muy comentados. Se alaban su valentía y su determinación frente a las amenazas de despido. Incluso tienen imitadoras en la zona: en el hangar vecino no tardan en aparecer defectos en los circuitos eléctricos que se ensamblan allí. Y otro tanto ocurre con las deportivas, los altavoces y los motores de coche fabricados en la zona.

Una semana después, aparece un suelto en la prensa. Cuando ve el artículo sobre la «insurrección del algodón», el gerente explota. La encargada, cabizbaja a su lado, guarda silencio. El teléfono empieza

a sonar: otros patronos de la zona franca, indignados, abroncan al gerente. Señalan su fábrica como epicentro del fenómeno. Ante el peligro de contagio, todos lo conminan a tomar medidas drásticas para cortar de raíz la tentativa de rebelión.

En la maquila, el ambiente se tensa. Algunas costureras reprochan a Ana María que siembre la discordia y ponga en peligro sus empleos. Un mediodía, una costurera se encara con ella: vive sola con tres niños pequeños; ¿qué será de ellos si la despiden? Ana María responde que deben permanecer unidas, no ceder ante los intentos de intimidación. La contestación está ganando fuerza, otras fábricas del sector se unen al movimiento. La creación de un sindicato obligaría a las fábricas a respetar la ley, un avance considerable para todas. Pero, a pesar de sus argumentos, cierto número de empleadas se mantienen escépticas. Ana María dista de contar con el apoyo de la mayoría.

Pronto las costureras forman dos bandos: el que la apoya y el de quienes censuran su plan. Una mañana, al llegar, Ana María se encuentra el asiento de su silla erizado de alfileres; otra, la máquina de coser desajustada y las bobinas de hilo enredadas. Son otras advertencias que procura ignorar. Sabe que detrás de esas maniobras se oculta el gerente, que no duda en repartir unos cuantos billetes aquí y allí para sabotear el movimiento. Divide y vencerás: una táctica empleada por los tiranos de todo el mundo. Se ha iniciado una guerra sorda, cuyo alcance nadie puede prever. A pesar de la tempestad, Ana María está decidida a mantener el rumbo. La lista de firmantes crece; todavía confía en alcanzar la

mayoría. De algo está segura: no dará marcha atrás. Ha llegado demasiado lejos para rendirse.

17

Reikiavik

Katla se pone manos a la obra. En la biblioteca se sumerge en la lectura de las grandes huelgas femeninas de la historia para inspirarse en sus predecesoras. Relee la *Lisístrata* de Aristófanes, cuya protagonista orquesta una huelga sexual para obligar a los atenienses a poner fin a la guerra con Esparta. Redescubre la historia de la Revolución francesa y la Revolución rusa, consciente de que los manuales olvidan a menudo mencionar que fueron iniciadas por mujeres, las primeras en manifestarse. Katla continúa sus febriles indagaciones en internet: los movimientos se han sucedido a lo largo de los siglos. En 1857, las modistas de Nueva York se echaron a la calle vestidas con harapos para exigir mejores condiciones de trabajo y un salario equiparable al de los sastres. En el Reino Unido, las sufragistas se movilizaron durante años hasta obtener el derecho al voto. En 1924, en Douarnenez, Francia, las empleadas de las fábricas de conservas de sardinas interrumpieron su actividad seis semanas, lo que desencadenó un movimiento reivindicativo que sacudió la región durante meses. En 1937, en Montreal, cinco mil obreras de la confección iniciaron la «huelga de la ropa» para exigir una subida de sueldo. El 26 de agosto de 1970,

inspiradas por Betty Friedan, que en *La mística de la feminidad* denunciaba el «*American way of life*» y la falsa imagen de las amas de casa como mujeres plenas y realizadas, millones de mujeres estadounidenses hicieron huelga en el hogar y el trabajo, como en Nueva York, donde cincuenta mil manifestantes bloquearon la Quinta Avenida. En junio de 1991, en Suiza, se movilizaron cerca de medio millón de ciudadanas, apoyadas por hombres que, como muestra de solidaridad, fueron a trabajar vestidos de fucsia, el color de la huelga. En 2003, en Liberia, la «huelga del amor» encabezada por Leymah Gbowee contribuyó a la caída del dictador Charles Taylor y, tras catorce años de guerra civil, condujo a los acuerdos de paz. En 2011, esta madre liberiana recibió el Premio Nobel de la Paz por su valentía y el movimiento social que había puesto en marcha. En 2016, en Polonia, la «huelga del Lunes Negro» obligó al gobierno a retirar un proyecto de ley para la prohibición total del aborto. Ese mismo año, también las sudamericanas se manifestaron de forma masiva por idéntica causa, mientras que en 2018, con ocasión del Día de la Mujer, seis millones de españolas protestaron con caceroladas contra la violencia machista.

La lectura de esas historias pone a Katla en un estado de euforia. Las mujeres se han movilizado en todas las épocas, pero sus huelgas han sido locales, no han cruzado las fronteras por falta de coordinación. ¿Era posible reunirlas en torno a una misma causa hoy en día? ¿Convencerlas de que se unieran y actuaran juntas? Katla tiene motivos para confiar en el apoyo de las islandesas, ya sensibilizadas con este tema, pero tendrá que convencer a las mujeres del mundo entero. Desde luego, las redes sociales han

acortado las distancias, pero entre los continentes siguen existiendo grandes diferencias culturales y de mentalidad. Tendrá que buscar aliadas, intermediarias, personalidades inspiradoras que amparen el movimiento. Hermanas de combate que se comprometan con la causa.

Hay que empezar por ahí. Katla lanza una llamada en las redes sociales para constituir un comité que determine los pasos a seguir. Recibe una primera respuesta entusiasta de una tal Kristín, que se pone a su disposición de inmediato. Pasan la velada chateando. Kristín, cantante de un grupo de rock indie, trabaja a tiempo parcial en una cafetería: «Hay que pagar las facturas y, a ser posible, también comer.» Desde el punto de vista artístico, admite la influencia de Björk, «atemporal e inevitable», pero en la actualidad se siente más próxima a artistas jóvenes como Valdimar o Sóley. Por ahora actúa en espacios alternativos, como cafeterías, cementerios o estaciones de tren, pero espera «dar el salto» gracias al Músíktilraunir; acaba de inscribirse en el concurso, y si lo gana grabará un álbum y participará en los grandes festivales islandeses.

Kristín no se extiende sobre las razones que la impulsan a movilizarse, pero le explica que una noche fue víctima de una agresión a la salida de un concierto.

—Para mí hubo un antes y un después.

Según ella, acabar con la violencia contra las mujeres constituye uno de los grandes retos de nuestra civilización y no puede posponerse. Por las noches, recorre la ciudad con varias amigas pegando en las paredes hojas con los nombres de mujeres asesinadas para mantener viva su memoria.

Esta iniciativa surgió en París, explica, y se ha propagado por casi toda Europa, además de México, Israel y Estados Unidos. Invita a Katla a acompañarlas una noche.

No tardan en aparecer otras voluntarias. Katla queda con ellas en una cafetería cercana a la universidad para contarles el proyecto. Se presentan unas diez. Son mujeres con perfiles muy diferentes: las hay con el pelo largo, la cabeza rapada, sudadera con capucha, vestidos de flores, deportivas o con tacones. Cada una tiene sus motivos para encontrarse allí. Katla no conoce ninguna de sus historias personales; lo único que importa son sus ganas de comprometerse.

Les explica el objetivo del movimiento: organizar una huelga de mujeres a escala mundial para denunciar la violencia que se ejerce contra ellas, sea del tipo que sea. El grupo será apolítico, recalca Katla, que quiere preservar su independencia. Acuerdan reunirse una vez por semana, todos los jueves, en esa misma cafetería.

En la primera sesión se debate la fecha de la huelga. Katla propone el 8 de marzo, un día que ya se conoce e identifica en todo el mundo. Kristín no está de acuerdo: la celebración se ha devaluado, afirma, se ha convertido en un evento mercantil que sólo beneficia a los vendedores de flores y bombones, como San Valentín o el Black Friday. Katla admite y lamenta esa deriva comercial, pero considera que la fecha sigue siendo un símbolo potente. El 8 de marzo es un día histórico desde hace más de un siglo, mucho antes de que la ONU lo oficializara. El primer Women's Day de Estados Unidos data de 1909 y, en Europa, el primer Día de la Mujer se

celebró en Copenhague en 1910, por no hablar de la manifestación de las mujeres rusas de 1917, que inició la revolución y que Lenin consagró creando un día de conmemoración. Katla conoce el tema, lo ha preparado a conciencia.

—Ese día es legítimo y apela a todo el mundo —concluye.

Pero sus argumentos no convencen a Kristín.

—¡Hay que innovar, no imitar, hacer tabla rasa del pasado! —replica la cantante con vehemencia.

Katla no está de acuerdo: ese día reivindica el legado de las mujeres que las precedieron. Menciona a su abuela y las Rauðsokkur, y, mucho antes que ellas, a las valientes guerreras cuyas hazañas loan las sagas. Se enorgullece de pertenecer a ese linaje. La discusión sube de tono y las demás no tardan en sumarse. Pronto acaban hablando todas a la vez y el debate se convierte en un caos. Katla propone someter el asunto a votación. Después de interminables negociaciones, el 8 de marzo gana la partida a última hora de la noche, en la séptima vuelta, por un solo voto de diferencia.

Cuando Katla llega a casa, rendida, es más de medianoche. De pronto se pregunta en qué avispero se ha metido. Si una pequeña decisión ha provocado semejante debate, no tendrá suficiente con una vida para sacar adelante el proyecto. En ese momento, piensa en Soffía, bajo tierra para siempre. No importa el tiempo que necesite: llegará hasta el final, se lo promete.

Durante las siguientes reuniones, el grupo elabora la lista de acciones a realizar: quedan cinco meses para el 8 de marzo, la

cuenta atrás ha empezado. Katla sugiere que se dirijan en primer lugar a las estudiantes. En el campus, existen unas sesenta asociaciones; hay que sensibilizarlas y convencerlas para que se movilicen. La Universidad de Islandia tiene programas de intercambio con cuatrocientas facultades y recibe a dos mil estudiantes procedentes de todos los continentes. Ellas podrían promover el movimiento en sus países de origen, de Japón a Australia, de Argentina a Nueva Zelanda, de Senegal al Reino Unido: están representadas casi todas las nacionalidades. Secundada por Kristín, Katla empieza a recorrer las aulas, los anfiteatros, las bibliotecas y las cafeterías.

Muchas asociaciones responden afirmativamente y se comprometen a participar. Cada vez hay más voluntarias que acuden a las reuniones del comité de los jueves. Se organizan grupos de trabajo: uno se encarga de las relaciones con los medios; otro, de la comunicación *online*; un tercero se ocupa de contactar con personalidades e *influencers* de todo el mundo. Como algunos territorios tienen un acceso limitado a internet y las redes sociales, también hay que recurrir a las radios, las televisiones, los periódicos, los medios de comunicación locales, utilizar todas las herramientas que ofrece la tecnología y, si es necesario, inventar otras...

—Quien quiere encuentra la manera —repite Katla como si fuera un mantra.

Todos los jueves por la tarde aparecen caras nuevas en la cafetería. Pronto el local se les queda pequeño y se trasladan a un anfiteatro que la universidad ha puesto a su disposición.

Katla pasa el otoño en un estado de excitación febril. Siente que su energía y su cólera han encontrado un terreno fértil, un espacio en el que habitar. Está llena de ideas y propuestas; encadena reuniones, encuentros, charlas... Descubre que tiene dotes de oradora. No estaba acostumbrada a hablar en público, pero se siente sorprendentemente cómoda en el abarrotado y sofocante anfiteatro. Ella misma modera las intervenciones. Los debates son productivos y apasionados; las participantes se encienden y se enfrentan, para acabar aplaudiéndose o abrazándose. Cada decisión constituye una pequeña victoria y las emociones están a flor de piel, porque todas las experimentan y las comparten. Hay tanta pasión que Katla se ve obligada a establecer unas reglas: pedir la palabra antes de hablar, no interrumpirse unas a otras, respetar el orden del día... A sus compañeras les falta disciplina, pero les sobra entrega. No escatiman ni su tiempo ni su energía. Conforme se suceden las reuniones, el grupo cobra fuerza, como un fuego crepitante que crece sin cesar.

Por la noche, cuando todo queda en silencio, vuelve la pena. Una tarde, sin saber muy bien por qué, Katla llama a Kristín. Necesita hablar de Soffía, contar lo que le pasó. Hasta ahora, se había prohibido tratar el tema, como si el dolor fuera demasiado reciente y la herida quemara demasiado para mostrarla. Por primera vez, se deja llevar.

Después de escucharla, Kristín le propone salir a la calle a pegar el nombre de Soffía en la fachada de un viejo cine.

—Para que la gente lo vea —dice —, para que no lo olviden.

En casa de Katla, escriben su nombre en varias hojas con pintura negra, según el código adoptado por todas las carteleras del mundo.

Cuando baja a la calle con Kristín, Katla siente que ese acto compartido está cimentando una nueva amistad y que Soffía es la argamasa que las une. Desde el más allá, Soffía le hace un regalo, se dice Katla, le proporciona una cómplice, una aliada.

Soffía tenía un carácter muy distinto al suyo y, curiosamente, Kristín se le parece mucho. Posee una energía inagotable, es muy creativa y no se arredra ante ningún obstáculo. Es una chica con iniciativa y no tarda en convertirse en uno de los pilares del comité.

Con el paso de las reuniones, Katla, que nunca había formado parte de ningún grupo, empieza a hacer nuevas amigas. Su relación con Soffía había sido exclusiva. Ellas dos solas formaban una especie de entidad autosuficiente, un pequeño mundo que se bastaba y se nutría a sí mismo. Ahora, en el corazón de este núcleo que va formándose poco a poco, Katla descubre un sentimiento nuevo: el de pertenecer a una comunidad.

18

Tokio

Tras los pocos días de descanso que tradicionalmente se conceden por Año Nuevo, Michiko retoma el camino a la oficina con el bento en la mano. En cuanto entra en el vagón de metro, el corazón se le acelera; le falta el aire, le cuesta respirar. Tiene la sensación de que algo le oprime el pecho, como si se lo aplastara un peso invisible. Una pasajera advierte que está indispuesta y la ayuda a bajar al andén, donde Michiko recupera el aliento. La mujer le insiste en que llame a un médico, o al menos contacte con su marido. Michiko le asegura que no es necesario.

—Ya estoy bien —miente.

Regresa a la calle y aspira una gran bocanada de aire fresco. Sin saber cómo, sus pasos la llevan al parque de Ueno, no muy lejos de la boca de metro. Es un sitio poco concurrido en esa época del año. A su alrededor, los árboles están desnudos y el césped reseco por el frío. Pese a las bajas temperaturas, el cielo es de un azul inmaculado, como suele ocurrir en Tokio en invierno. Michiko se sienta en un banco. No irá a la oficina, no se siente capaz. No es una decisión: todo su cuerpo se resiste.

No ha faltado un solo día al trabajo desde hace seis años, los que lleva en la empresa. Ha acudido enferma, resfriada, con gripe, con lumbago e incluso con un doloroso flemón en la encía: Daisuke insistió en que fuera a ver a un especialista, pero ella hizo oídos sordos, incapaz de dejar al equipo en la estacada en plena preparación del International Tokyo Toy Show. Cuando contrajo el covid, se tomó una semana de baja sin sueldo, porque no le parecía justo hacer pagar a la empresa un problema de salud del que se consideraba responsable: se sentía culpable por haberse contagiado, a pesar de sus precauciones.

Michiko sabe que debería avisar al señor Ogita. En la empresa, el más mínimo retraso se considera una falta de respeto y da lugar a reprimendas. Entonces recuerda un terrible suceso que apareció en todos los medios de comunicación hace unos años: una chica de Kobe que llegaba tarde a un examen intentó pasar entre las hojas de la verja eléctrica de su instituto cuando se estaban cerrando y murió atrapada entre sus terribles dientes de acero ante sus horrorizados compañeros y profesores. La tragedia conmocionó a todo el archipiélago; muchos padres denunciaron la severidad del *kosoku*, el reglamento que rige el comportamiento de los alumnos y su atuendo, incluidos el tinte del pelo, el largo del flequillo y, a veces, incluso el color de la ropa interior. Pese a ello, el *kosoku* sigue en vigor en la mayoría de los centros, aunque se ha suavizado. Como la estudiante de Kobe, Michiko se siente atrapada dentro de un sistema implacable y deshumanizado.

Un grupo de escolares que está cruzando el parque la saca de sus pensamientos. Viéndolos avanzar dócilmente detrás de su maestra,

Michiko se pregunta cuántos de ellos saldrán indemnes de esa competición demencial y cuántos sucumbirán. Vuelve a verse a esa edad, durante las vacaciones de verano, que Tomoki y ella pasaban en la isla de Nokono, en casa de sus abuelos. A Michiko le encantaban esos días sin normas ni responsabilidades en los que al fin podían ser niños. Le gustaba correr hasta las rocas que bordeaban el mar y saltar al agua. Como su hermano tenía miedo, ella lo cogía de la mano para llevarlo hasta allí. Qué bonito era ese paréntesis del verano y qué lejanos le parecen ahora esos tiempos felices...

Dos fanáticos del *cosplay*, disfrazados y maquillados como los protagonistas de un famoso manga, se sientan en el banco de al lado para hacerse fotos. Michiko se dice que no tardarán en entrar en vereda; pasados los veinticinco, su excéntrico atuendo se transformará en la camisa blanca de los oficinistas, como los que Michiko ve en el metro a diario. Se acuerda de los cuadernos que llenaba de esbozos siendo niña: también ella tenía sueños, aspiraciones, talento. ¿Qué queda de todo eso? Siente que una fuerza oscura la ha vaciado de su sustancia y su individualidad. De pronto mira el bento que ha dejado en el banco y tiene la sensación de estar encerrada ahí dentro, comprimida en esa tartera que llena cada mañana, igual que antaño hacía su madre. Es sobre sí misma que cierra la tapa y anuda el *furoshiki*, un poco más apretado cada día, como un nudo corredizo que la asfixia lentamente.

Pensándolo bien, en realidad le ha faltado el aire toda la vida. Podría marcharse, desaparecer, como hacen miles de japoneses cada

año. Antaño, quienes querían lavar su honor acudían a las fuentes termales del monte Fuji y aprovechaban los baños de vapor para «evaporarse», en el sentido literal de la palabra. La expresión ha perdurado; la tradición, también. Sería fácil dejarlo todo, se dice, deshacerse de sus documentos de identidad y subir a un tren, o perderse por las callejas del barrio de San'ya, un antiguo suburbio obrero en el que viven de forma clandestina muchos desaparecidos. Existen empresas especializadas en la organización de estas «evaporaciones»; ofrecen traslados nocturnos, con discreción garantizada. Hay incluso un *Manual de la desaparición* que explica cómo «evaporarse» en menos de tres semanas, un superventas reeditado más de veinte veces desde su publicación. En cuanto a las viviendas que dejan vacías los desaparecidos, de las que se dice que traen mala suerte, hay agencias que se encargan de rehabilitarlas. Las ofrecen a estudiantes que, a cambio de un poco de dinero, aceptan vivir en ellas para «purificarlas», al ver una oportunidad de conseguir alojamiento y una remuneración al mismo tiempo.

Compungida, Michiko piensa en Daisuke, en lo desgarradora que sería para él su desaparición: un doble castigo, que lo privaría de su esposa y su hijo. En cuanto a sus padres, no se recuperarían jamás. ¿Y Tomoki? ¿Qué sería de él si lo abandonara? Como la llama de una vela, se acabaría apagando solo, en la oscuridad. Michiko no puede contemplar ninguno de estos insoportables escenarios.

Hay dos alternativas todavía más radicales. Michiko podría coger de la mano a su hermano y saltar con él desde el balcón. Al pensar en sus cuerpos destrozados en la calle se estremece. Un día, en una librería captó parte de una conversación entre un dependiente y un cliente que buscaba el *Completo manual del suicidio* de Wataru

Tsurumi, un *best seller* que lleva vendidos más de un millón de ejemplares. El libro estaba en la sección de «Desarrollo personal», le dijo el librero, junto a los títulos dedicados a la salud, una paradoja que a Michiko no le pasó inadvertida. El hombre explicaba que, en los últimos años, el libro había contribuido al aumento de los suicidios consumados, si es que podía hablarse de éxito en semejante materia, matizaba. No era raro encontrar un ejemplar junto a los cuerpos hallados en Aokigahara, el célebre «bosque de los suicidas». El librero añadía a la lista otros lugares igualmente frecuentados, como la presa de Agama y los acantilados de Tōjinbō. Según el dependiente, en el manual se analizaban once formas de quitarse la vida, evaluando en cada caso la intensidad del dolor, la dificultad de la preparación, el aspecto del cadáver tras la muerte y el porcentaje de éxito. Sin saber muy bien por qué, Michiko aguzó el oído, presa de una especie de curiosidad morbosa.

Una extraña sensación la saca de su ensimismamiento: el bebé se ha movido, como si quisiera apartarla de sus fúnebres pensamientos y conectarla con la vida. Desde hace un tiempo, el bebé le hace notar su presencia dando suaves golpecitos. Se diría que es tímido, que teme llamar la atención, como si hubiera comprendido lo que se espera de él incluso antes de nacer. Al pensar en el parto, para el que faltan menos de tres meses, Michiko siente vértigo. De pronto, traer un niño al mundo le parece una insensatez. ¿Qué futuro le espera a su hijo? ¿Cómo ayudarlo a encontrar su sitio, si ella misma no lo ha conseguido? ¿Qué ejemplo va a darle? ¿Qué puede ofrecerle, aparte de la imagen de una mujer sumisa y resignada, parecida a su propia madre, que proyecta sobre su vástago todo lo que ella no ha podido realizar? A Michiko le gustaría que su hijo

hiciera oír su voz, que fuera libre, que se sintiera orgulloso de sí mismo y realizado, como Yuki. Ella no tiene fuerzas para luchar. Quería resistir, pero no puede. Su hijo nacerá de ese fracaso, de esa amarga evidencia.

En su bolso, el móvil empieza a sonar. Con mano temblorosa, Michiko saca el aparato y ve en la pantalla el número de la oficina. Palidece. El señor Ogita ha debido de advertir su ausencia y la llama para soltarle un rapapolvo... Sólo de pensar que va a oír su voz, le entra el pánico. Apaga el teléfono y huye del banco como un animal acosado. Cruza el parque sin rumbo, helada hasta los huesos. Pasa por delante del templo de Kiyōmizu Kannon-dō y se queda mirando el famoso pino que crece frente a su puerta, cuya rama principal forma un círculo casi perfecto. Los japoneses dicen que simboliza la luna y la buena suerte, y muchas mujeres acuden a rezar allí con la esperanza de ser madres. Ella misma lo hizo nada más casarse. Entonces era joven e ingenua y estaba enamorada. Su sueño era tener un hijo. Grabó su voto en un *ema*, una tablilla de madera que, siguiendo la tradición, colgó en la entrada del templo. Ahora lo recuerda con tristeza. Tiene la sensación de que el universo se ha cerrado sobre ella, de que su futuro se ha encogido. Le gustaría suplicar al Cielo que le envíe una *yōsei*, una de esas hadas que acuden en ayuda del protagonista en los cuentos infantiles. Por desgracia, dejó de creer en las hadas hace mucho tiempo.

Se arranca el distintivo de embarazada del abrigo y lo tira a una papelera, a la que también arroja el bento. ¿Adónde irá? ¿Qué va a hacer? No puede volver a casa. La idea de quedarse sola en ese piso frío y desangelado la aterra. Teme venirse abajo. Le pesa el silencio

de las habitaciones, la presencia muda de los objetos cotidianos... Todo le resulta más cruel y palpable cuando Daisuke no está en casa.

Así pues, regresa al metro y toma la dirección de Minami Magome. Al salir, no se detiene en la pastelería, ni siquiera echa un vistazo a los *wagashi*, cuyas formas y texturas aterciopeladas normalmente le encanta contemplar. Camina hasta el edificio de sus padres, toma el ascensor y entra en la casa sin hacer ruido. Como de costumbre, se quita los zapatos en la entrada. Su madre, inclinada sobre un jarrón desportillado, levanta la cabeza, sorprendida al verla cruzar el salón en plena tarde. No es ni la hora ni el día de su visita a Tomoki... Al instante, se preocupa. ¿Está enferma? ¿Tiene algún problema? ¿O es el niño? Michiko no responde. Se dirige a la habitación de su hermano, llama a la puerta con los nudillos tres veces y entra sin decir palabra. Con el jarrón en la mano, su madre se queda estupefacta. Un estremecimiento la sacude de pies a cabeza. Conoce esa mirada... La vio una vez en los ojos de Tomoki. Fue el mes de mayo de hace tres años. La noche en que se encerró.

19

Dakar

En Papa Samba, el diminuto bar que frecuentaban en la época de la facultad, Hawa escucha a Kwamé hablar de su vida. Tras los años de residencia, se especializó en pediatría. Nunca se planteó marcharse al extranjero; no se imaginaba viviendo lejos de su país. Hoy trabaja en la unidad del doctor Diallo, uno de sus antiguos profesores, un hombre al que admira profundamente. Las condiciones, desde luego, son difíciles.

—Nos falta de todo. —Suspira.

A veces los pacientes se agolpan delante de la entrada; algunos tienen que dormir en colchones colocados en el suelo. La instalación eléctrica es precaria; la línea telefónica se corta cada dos por tres; ni siquiera la limpieza está garantizada. Pero la dureza del día a día no ha hecho mella en su vocación. Kwamé no ha cambiado, se dice Hawa observándolo. Conserva el buen humor, la predisposición a la alegría y esa sonrisa con la que se enfrenta a los sinsabores de la vida.

Cuando le menciona a su mujer y a sus hijos —un niño y dos gemelas —, Hawa siente una punzada en el corazón. La intensidad

de esa emoción la sorprende. Se creía a salvo, después de tantos años. La vida ha pasado volando, con su cortejo de buenas y malas noticias, de encuentros, bodas, nacimientos y entierros, y en ese momento a Hawa le parece que ha pasado sin ella. Piensa en su partida, diez años atrás. Cuántos caminos se abrían ante ella... El océano de posibilidades parecía infinito. ¿Qué habría pasado si se hubiera quedado? ¿Sería hoy esta mujer amargada e insatisfecha? ¿Habría hecho la carrera con la que soñaba? ¿Sería la madre de los hijos de Kwamé? Quiere borrar estas preguntas de su mente, como otros tantos demonios que prefiere no despertar.

Sobre su vida en Francia, Hawa se muestra evasiva. Le dice que ha vuelto porque necesitaba unas vacaciones, lo que, a su juicio, tampoco es del todo mentira. No le habla del desgaste, la pérdida de sentido o el vacío vital. No menciona el mes de baja por enfermedad, ni las numerosas pastillas que sigue tomando.

Tampoco habla del bosque. Nunca le contó a Kwamé lo que le había ocurrido allí. Cuando salían juntos, estuvo a punto de hacerlo varias veces, pero al final siempre cambiaba de opinión. En la universidad, al relacionarse con las demás estudiantes, se dio cuenta de que no todas las mujeres estaban mutiladas. No era cierto lo que le habían contado: el cuchillo no era un paso obligatorio. El rito, practicado por los soninkés, los tukulores, los bambaras y los mandingas, no estaba implantado entre los wolof, la etnia de la familia de Kwamé. Hawa seguramente no le contó nada por miedo a que la juzgara y la rechazara. Por eso, pese al deseo que sentía, nunca se acostó con él. Mantuvo su pena en secreto, enterrada para

siempre en lo más hondo de su ser. Fue en Francia donde tuvo sus primeras experiencias, que en todos o casi todos los casos fueron decepcionantes. En brazos de aquellos hombres, Hawa buscaba el estremecimiento de placer del que tanto había oído hablar, pero nunca lo encontraba. Junto a ellos, su cuerpo permanecía frío, anestesiado.

Esa noche, en el bar, no le explica a Kwamé hasta qué punto la suerte de aquella niña la remueve por dentro. No le cuenta que a los ocho años también a ella la mutilaron en el bosque, ni que ese día una parte de ella murió, una parte que nadie ha conseguido devolver a la vida, ni siquiera él, Kwamé, pese a sus enormes brazos, su risa y sus besos, de los que ahora disfruta otra. No le dice cuánto lo ha añorado. No le dice que aquí no estaba bien, pero que allí no está mejor, no, la verdad es que no está mejor sin él, en ese país en el que todo le parece frío, en el que nada la emociona, nada la conmueve, nada la hace sentir tan viva como aquí, en este bar diminuto, junto a él.

Hawa sabe que es demasiado tarde.

Así que se levanta y se despide. Sale del bar y ve alejarse a Kwamé.

En el asiento trasero del mototaxi que la lleva de vuelta al pueblo, Hawa piensa en sus noches solitarias, en su cama, siempre vacía, escenario de sus pesadillas. El accidente que tuvo en Francia no fue casualidad ni mala suerte, sino una jugada del destino para hacerla volver a su tierra y obligarla a enfrentarse al pasado. Una orden para que salde cuentas con él.

A la mañana siguiente, al despertar, Hawa encuentra a la joven madre en el patio. Con el rostro cansado, desencajado por la ansiedad, le pregunta por su hija. Hawa la hace sentar y, en soninké, le explica que la niña perdió mucha sangre, que su corazón se paró, pero que reaccionó y se le pudo hacer una transfusión. Que por ahora tendrá que permanecer en el hospital, pero que está fuera de peligro. Llorando, la madre le da las gracias y la bendice. Le jura que le traerá regalos, cacahuetes, ocra de su campo y su mejor pollo. Hawa se siente desarmada por la emoción de la chica, que ha hecho mutilar a su hija de dos años y llora como una niña. Le gustaría decirle que no quiere los regalos, que no quiere el pollo. Lo que quiere es que se deje de mutilar a las niñas en los bosques.

La chica, madre de otras tres criaturas, una de ellas, recién nacida, tiene demasiado miedo a que la detengan si va al hospital. Hawa le promete que cuidará de la pequeña y la traerá de vuelta al pueblo en cuanto lo permita su estado.

—Se llama Coumba —le dice la joven antes de alejarse.

En la unidad de pediatría, a la que ha sido trasladada, Coumba se recupera poco a poco bajo la vigilancia de Hawa y Kwamé. Hawa pasa muchas horas con ella y le canta nanas para tranquilizarla.

—Has estado muy enferma, pero ahora todo irá mejor —le dice —. Estas personas están aquí para cuidarte. Pronto volverás a tu casa, con tu madre.

La niña la mira fijamente con sus grandes ojos. Hawa se dice que, siendo tan pequeña, no conservará ningún recuerdo de las mutilaciones. Pero esa idea no la consuela porque sabe que lo que

no se nombra no puede repararse. La herida queda grabada en la carne para siempre.

Kwamé se reúne con Hawa en sus pausas. A veces se toman un café. Hablan de Coumba y de que las niñas están sufriendo mutilaciones a una edad cada vez más temprana, a veces siendo aún bebés. Esa inquietante evolución de la ablación ritual, le cuenta Kwamé, se debe a que a esas edades las niñas ofrecen menos resistencia y son incapaces de contar lo que les han hecho. Algunas incluso llegan a la edad adulta sin saber que han sido mutiladas. Kwamé maldice a los médicos que aceptan practicar la operación con anestesia a cambio de dinero. Con el pretexto de evitar el dolor, legitiman la ablación y la convierten en objeto de un comercio vergonzoso. Además, saben que esas intervenciones medicalizadas impiden cualquier intento de reconstrucción posterior: profundamente dañados, los tejidos no podrán ser reparados, explica. Hawa está indignada y llena de rabia. Le vienen a la mente las palabras de la Declaración de Ginebra y del juramento hipocrático que conocen todos los médicos del mundo y que también ella pronunció: «No emplearé mis conocimientos médicos para violar los derechos humanos [...] No me dejaré influir por la codicia o la búsqueda de la fama.»

Pero Hawa sabe que en este mundo todo tiene un precio. Todo se negocia, incluida la salud de miles de niñas. Esta reflexión la lleva a hacerse una pregunta incómoda. Juzgar a los demás es fácil, pero ¿qué hace ella por su parte? ¿Dónde está cuando mutilan a las niñas de su país? El caso de Coumba la confronta con su propia responsabilidad: ha salvado a una niña, pero ¿cuántas mueren

desangradas o víctimas de una infección? ¿Cuántas son abandonadas? ¿Cuántas siguen gritando en vano en el bosque?

Hace diez años, al dejar su país, Hawa quiso poner miles de kilómetros entre ella y su pasado. No era cobardía, se dice, sino una cuestión de supervivencia. Ahora la historia se repite. La tragedia de Coumba la devuelve al bosque. Todo retorna a ella como un bumerán: el cuchillo de su abuela; la traición de su madre, a la que nunca ha perdonado; el sendero hasta el claro, que vuelve a ver con espantosa nitidez. El miedo está ahí, intacto. La pesadilla la persigue. La herida perdura, como una llaga profunda que el tiempo no ha cerrado.

Salvar vidas o esforzarse en reparar los daños no es suficiente, se dice Hawa. Le gustaría actuar, pero ¿de qué manera? Aquí la ablación sigue siendo un tema tabú. Ni siquiera se pronuncia la palabra. Hawa recuerda la reacción de su madre cuando de niña intentó preguntarle por ello. «¡Es sucio!», replicó Ma. Tan sucio como todo lo relacionado con la sexualidad. De «esas cosas» no se habla; deben llevarse en secreto. Y lo mismo ocurre con el sida, que se propaga de pueblo en pueblo al paso de las circuncisoras sin que nadie lo mencione jamás. La gente prefiere recurrir a los eufemismos: «La pobre cayó enferma...», «Dios la llamó a su lado». Se culpa al destino, la fatalidad o los malos espíritus, pero nunca a la tradición. El cuchillo no es lo único que hiere, piensa Hawa, también hiere el silencio, ese mutismo letal impuesto por la sociedad.

Ya basta. Hawa se ha escondido bajo una bata y una máscara durante demasiado tiempo. Ahora tiene que salir ahí afuera. «Si no

hablo yo, ¿quién lo hará?», se pregunta. Las niñas a las que mutilan, desde luego que no. Tampoco lo harán los médicos sin escrúpulos que se lucran a su costa, ni los policías corruptos que hacen la vista gorda a cambio de dinero, ni los gobiernos incapaces de hacer cumplir la ley, ni los hombres que prefieren no saber qué sucede en los bosques. Es más fácil mirar a otro lado y fingir que no pasa nada.

Alguien tiene que romper la ley del silencio, y ese alguien es ella. Hawa: médica y nieta de una circuncisora, descendiente de la casta de los herreros que forma a las extirpadoras, nacida en el seno mismo de esa tradición. Ha salvado a Coumba, y ahora comprende que Coumba la salvará a ella, liberándola de un fardo que arrastra desde hace demasiado tiempo.

Esa noche, Hawa tiene un sueño insólito. Recorre el camino del bosque detrás de su abuela, pero, al llegar al claro, no se tiende en la esterilla. Enciende una cerilla, la lanza a un matorral y, con un extraño brillo en los ojos, contempla el bosque ardiendo.

20

San José

Al llegar a la fábrica esa mañana, Ana María se queda petrificada. Delante de la puerta hay un vigilante jurado, inmóvil, erguido y rígido con su uniforme nuevo. Escruta a las que entran con severidad y dispersa sin contemplaciones a las que intentan agruparse. Ana María y sus amigas pensaban repartir galletas y café para ganarse a las indecisas, pero el aire patibulario del hombre y el arma que se distingue bajo su chaqueta las disuaden. Recogen lo que han traído y entran en el hangar intercambiando miradas inquietas.

—El gerente ha contratado a un guardia de seguridad para que restablezca el orden y os proteja —anuncia la encargada.

Ana María apenas puede disimular su incredulidad. Protegerlas, ¿de quién, de qué? ¿De dónde procede la amenaza, si no es del propio gerente? Está convencida de que el vigilante es un antiguo miembro de las maras. Los vínculos entre la patronal y las bandas son bien conocidos; en el pasado, algunos empresarios recurrían a ellas para amedrentar a sus empleados.

Después de la oleada de arrestos impulsada por el gobierno, algunos pandilleros se reconvirtieron en guardias de seguridad, un

reciclaje no exento de ironía, se dice Ana María.

Está claro: han contratado al vigilante con el único fin de intimidarlas. A las agitadoras sólo les faltan unos pocos nombres para ser mayoría. Es cuestión de tiempo que consigan su objetivo, y el gerente lo sabe. Ana María y sus amigas tendrán que extremar la prudencia. Durante la jornada, el guardia de seguridad las vigila constantemente, incluso en la cantina. Parece que está en todas partes, acechando el menor paso en falso.

Tras una semana de tensiones en la fábrica, Ana María recibe el fin de semana como una bendita tregua. Ese sábado es día de mercado y sale de casa con su capazo. Habitualmente la acompaña su madre, pero Marcia tiene un ataque de reúma desde el día anterior y ha preferido quedarse viendo *Donde hubo fuego*, una serie mexicana sobre la vida cotidiana de los bomberos.

Mientras se acerca a los coloridos tenderetes, Ana María piensa en la visita que hará mañana a la cárcel. A falta de perfume, ha decidido llevarle a su hija una tarta tres leches, la favorita de Esperanza. Gracias a que ha apartado algún dinero podrá comprar la mantequilla, la crema y la leche condensada necesarias para prepararla. Cuando acabe la visita, se encontrará con Enrique en una cafetería cercana a la prisión. No se lo dice, pero Ana María disfruta con esos momentos, que atenúan la brutalidad del locutorio y la tristeza de la separación.

Concentrada en llenar el capazo de chayotes, repollos y maíz para la sopa de patas de ternera que quiere preparar su madre, Ana

María no repara en el hombre que la sigue. Después de comprar las verduras, mientras espera su turno en la carnicería, por fin se da cuenta: ese del fondo del pasillo... es el guardia de seguridad de la maquila. El hombre no le quita los ojos de encima. Ana María siente que le fallan las piernas y que un hilillo de sudor frío le resbala por la espalda. Coge el paquete de patas que le tiende el carnicero, paga a toda prisa y se aleja a paso vivo.

El hombre la sigue de cerca mientras ella se abre camino entre el gentío. Presa del pánico, Ana María se mete en una calleja. Cuando cree que le ha dado esquinazo, el vigilante reaparece súbitamente encima de una moto. Cargada con el capazo lleno, Ana María echa a correr. Tiene el corazón desbocado y la blusa empapada de sudor. No tarda en desembocar en la avenida Principal, con el hombre pisándole los talones. Delante de ella, acaba de detenerse un autobús. Sin pararse a pensar, monta a toda prisa. Ignorando las protestas del conductor, que le pide que valide el billete, se abre paso por el habitáculo atestado hasta el fondo del vehículo. Por la ventanilla trasera, ve al vigilante persiguiendo al autobús. La moto zigzaguea entre los coches y los vendedores ambulantes. Al cabo de un momento, el hombre ha acortado distancias y la mira a través del cristal con expresión amenazadora. La escena se prolonga unos instantes. Ana María cree que se le va a parar el corazón. Pero el vigilante acaba acelerando, adelanta al autobús y desaparece, como si ya hubiera entregado el mensaje que le habían encomendado.

En su taller, Enrique está reparando la carrocería de un Ford Mustang cuando aparece Ana María, aterrorizada. Temblando, le habla del hombre que la ha perseguido en el mercado. Le daba

miedo volver a casa y que él la siguiera, así que ha corrido hasta allí. No le ha costado encontrar el taller, en las alturas de San José, del que él le había hablado varias veces.

Enrique la lleva a su casa, el piso de encima del edificio, y le hace un café. La situación en la maquila se ha vuelto insostenible, le explica Ana María tratando de calmarse. Su plan de crear un sindicato la ha enfrentado al gerente, que trata de intimidarla por todos los medios, aunque Ana María no imaginaba que llegaría a amenazarla físicamente.

Él la escucha con preocupación, consciente de que ese tipo de advertencias no debe tomarse a la ligera.

—Has hecho bien en venir —le dice mientras apunta su número en un trozo de papel. Le hace prometer que lo llamará si vuelve a encontrarse en peligro.

Ana María asiente, conmovida por sus muestras de interés. Hacía tanto tiempo que a nadie le importaban sus problemas ni sus sentimientos que a veces tiene la impresión de haberse vuelto invisible. En el pisito de Enrique, se siente protegida, envuelta en una burbuja de dulzura, lejos de la rudeza del mundo. Es la primera vez que visita su casa. Siempre se habían encontrado en terreno neutral, en la cafetería que hay cerca de la cárcel. Al ver las fotos del aparador, que imagina son de su mujer y sus hijos, Ana María tiene la sensación de haber franqueado una barrera invisible, como si hubiera penetrado en territorio prohibido. De pronto, se siente culpable por estar allí, con él. Nunca ha visto a Rosalba, pero siente por ella una especie de afecto mezclado con simpatía, como hacia una compañera en la desgracia, casi una amiga.

—Tengo algo para ti —le dice Enrique, que desaparece unos instantes y vuelve con un paquete. Al ver el frasco de perfume, Ana María se queda sin habla —. Pensaba dártelo mañana, en la cafetería, pero ya que estás aquí...

A Ana María se le empañan los ojos.

—No puedo aceptarlo, es demasiado caro...

Enrique sonríe y le habla de una pequeña suma que sus hijos le han enviado desde Estados Unidos. Ana María niega con la cabeza. Sabe el precio del perfume y jamás podrá devolverle el dinero... Con humor, Enrique le recuerda que el regalo no es para ella, sino para su hija, de modo que no puede rechazarlo.

—Sólo se cumplen veinte años una vez —dice sonriendo.

A Ana María le gustaría darle un abrazo, pero sería impropio, lo sabe. Piensa en Rosalba, cuya presencia invisible flota entre ellos como un fantasma e impregna cada objeto de la vivienda. Así que no se mueve; se queda ahí plantada con el frasco en las manos, con las palmas húmedas y el corazón que se le sale del pecho. Le da vergüenza su blusa sudorosa y su pelo revuelto, que intenta arreglar torpemente. También Enrique parece apurado. Para disimular, señala la sala con un ademán: si hubiera sabido que iba a acudir ella, habría puesto un poco de orden, murmura. Y se habría vestido mejor, añade mostrándole la camisa arrugada y con un pequeño siete en la manga.

Ana María, que se había fijado en el roto, se ofrece a coserlo.

—De eso ni hablar —responde Enrique.

Ella insiste: es su oficio y, además, una manera de darle las gracias por el perfume. Es una paga muy modesta, pero quiere

hacerlo. Enrique acaba accediendo. Mientras él se quita la camisa, Ana María baja la vista púdicamente. Hace mucho que no ha visto el torso de un hombre, salvo en alguna telenovela, y que nadie la ha estrechado entre sus brazos. Tiene cuarenta y dos años, no es vieja, se dice. Durante todo este tiempo ha renunciado al placer, pero no puede evitar pensar en él estando tan cerca de Enrique.

Ana María coge la camisa que él le tiende. Toca la tela fina y suave que hace sólo un instante envolvía el cuerpo de Enrique. Todavía está caliente; desprende un olor a almizcle y sudor. Con la aguja y el hilo que ha encontrado en un cajón, la zurce con delicadeza, como quien venda una herida o cuida de un niño enfermo. Enrique no puede apartar los ojos de ella. Su mirada está llena de ternura, como una confesión muda.

Una vez remendado el desgarrón, Ana María le devuelve la camisa. Mientras Enrique se la abotona, ella le endereza el cuello, un gesto espontáneo, casi íntimo, que una mujer podría tener con su marido. Pero, sorprendida de su propia audacia, retira la mano de inmediato.

—Es tarde, tengo que irme —murmura.

Enrique insiste en acompañarla. Después de lo que ha pasado, no piensa dejar que vuelva sola a casa. En el patio del taller, la lleva hasta un viejo Chevrolet.

—Es un superviviente —le dice —. Ha sobrevivido a muchos accidentes.

De todos los coches en los que ha trabajado, éste es su preferido. Lo cuida como si fuera suyo. Con una pequeña reverencia, abre la portezuela del acompañante y la invita a subir.

—Por favor, señora...

Ana María ríe. Y esa risa la devuelve a la infancia, a los tiempos en que las princesas de los cuentos de hadas conocían a apuestos príncipes vestidos con trajes deslumbrantes. En la vida real, se dice, a veces encuentras el amor junto a una cárcel, el príncipe lleva una camisa remendada y su carroza se parece a un Chevrolet.

Circulan por las calles de San José mientras en la radio suena «Buenos días, María», una canción tonta y un poco anticuada. Cuando Enrique se detiene delante de la casita de ladrillos y chapa ondulada, Ana María no se apea de inmediato. Le gustaría quedarse allí dentro para siempre. Le gustaría cerrar los ojos y dejar que Enrique la llevara lejos de allí, mecida por el ronroneo del motor. La visión de su madre, que los observa a través de la ventana, la devuelve a la realidad.

—Es un amigo —dice Ana María durante la cena —. Está casado — añade, como si ese hecho bastara para alejar cualquier sospecha.

—Tú también —replica Marcia con severidad, y vuelve a concentrarse en la telenovela.

Esa noche, Ana María contempla la foto de boda que tiene en la mesilla de noche. Toño y ella, jóvenes y sonrientes, miran al objetivo con expresión confiada. Acababan de cumplir veinte años, la edad de Esperanza. Ana María piensa a menudo en su marido, al que tanto ha querido y tanto ha esperado. Cuando desapareció, creyó que moriría de pena, pero su cuerpo y su corazón siguen vivos. A veces por la noche tiene sueños turbadores, que la dejan jadeante y ruborizada al amanecer. Sueños que jamás confesará, en los que el

rostro de Toño se borra lentamente y cede el sitio a la sonrisa de Enrique.

21

Reikiavik

Una excitación insólita agita a la asistencia. En el anfiteatro abarrotado, Katla es un manojo de nervios: el momento que está a punto de vivir promete ser intenso. Hace unas semanas se le metió en la cabeza buscar a las componentes de las Rauðsokkur —con la ayuda de Amma — e invitarlas a una reunión del comité. La mayoría respondió afirmativamente. En realidad, sólo faltarán tres: una vive en el extranjero, otra está enferma y la tercera ha muerto.

Amma se ha desplazado desde Vík para la ocasión. La idea de volver a ver a sus viejas camaradas parece intimidarla. Lilja, Sigrún, Vilborg, Hildur, Erla y las demás no tardan en presentarse ante la asamblea. Cuando entran en la sala, a Amma se le llenan los ojos de lágrimas. Muchas no se han visto en décadas. Sin embargo, cualquiera pensaría que habían estado juntas el día anterior: su complicidad parece intacta. Su emoción es tan palpable como su alegría.

Gudrún llega la última. Con su abundante cabellera gris, su chaqueta de piel de cordero y su paquete de cigarrillos en el bolsillo del pantalón, se parece a Amma, piensa Katla, emocionada al tener delante a unas mujeres de las que tanto ha oído hablar. Se las

imaginaba más mayores. Naturalmente, los años han dejado huellas en sus rostros y arrugas en sus manos, pero todas conservan una mente despierta. Algunas llevan sus medias rojas en recuerdo de los viejos tiempos. Una puntualiza que ha tenido que comprar un par nuevo: «Después de cincuenta años y cuatro hijos, me he puesto un poco fondona», suelta riendo.

En una mesa colocada en una esquina, se ha improvisado un bufé. Hay crepes y rosquillas de cardamomo, galletas de cebada con queso fresco, un *möndlukaka* de almendras al *chantilly* y también *ostaslaufur*, rollitos de queso. Y, cómo no, aguardiente Brennivín y vodka Reyka en abundancia.

A Katla le sorprende el tono desenfadado del encuentro. Se imaginaba una reunión de antiguas combatientes, pero parece que estén en un patio de recreo. Las Rauðsokkur no han perdido ni una pizca de su humor ni de su mordacidad. Se hacen bromas entre ellas y recuerdan un montón de anécdotas. Todas beben y comen con apetito mientras les explican cosas de aquel día increíble del que todas quieren dar testimonio.

—En esa época, yo trabajaba en una mantequería —cuenta Sigrún con la copa en la mano —. Había comunicado a la dueña mi intención de hacer huelga, pero ella no estaba acuerdo. «Y los clientes, ¿qué? ¿Vas a dejarlos sin leche?» «Si no me da el día libre, cogeré la baja», le respondí. ¡Al final, bajó la persiana y se vino con nosotras!

Vilborg interviene tras darle un mordisco a la tarta.

—Yo ya tenía dos hijos, y mi marido trabajaba. Cuando le hablé de la huelga, se rió en mi cara y me dijo que estaba loca. Así que, la mañana del 24 de octubre, metí a los niños en el coche y me presenté con ellos en su oficina. «Te dejo a los niños: ¡que yo me voy a cambiar el mundo!», le dije dándole las llaves.

Todas ríen.

—¡Había que echarle valor! —dicen entre carcajadas.

A continuación toma la palabra Hildur:

—Yo era tipógrafa en un periódico. Convencí a mis compañeros para que hicieran huelga, pero los redactores jefes, todos hombres, decían que la edición del día tenía que salir y se negaban a darnos permiso. Así que negociamos: acordamos que volveríamos al trabajo a medianoche, a condición de que el periódico estuviera totalmente dedicado a la huelga. ¡Y la hicimos! ¡Al día siguiente, sólo se hablaba de nosotras!

—Vinieron periodistas de todas partes —confirma Lilja —. Se publicaron artículos en Nueva York, Frankfurt, la India, California... ¡hasta en China! ¡Nos hicimos virales, como se dice ahora!

—Mi hermana trabajaba en un barco —recuerda Erla —. Otras dos chicas y ella se encargaban de la limpieza, hacían la colada, cocinaban y embetunaban los zapatos. El 24 de octubre, cuando anunciaron a la tripulación que harían huelga, el capitán montó en cólera. Ellas decidieron encerrarse en un camarote. Los marineros intentaron hacerlas salir. «¡El capitán es la ley! ¡Os ordena trabajar!», gritaban. Ellas no cedieron. Se arriesgaban mucho: podían acusarlas de amotinamiento y detenerlas, o desembarcarlas en el próximo puerto. Pero se mantuvieron firmes. ¡Incluso se atrevieron a pedirle al capitán que mandara un telegrama a

Reikiavik! Él acabó aceptando. Aún lo conservo —dice sacando una hoja de papel, sonriente —: «¡Saludos militantes en este gran día! ¡Solidarias en la tierra y en el mar!»

Todas aplauden, alborozadas. Amma, callada hasta ahora, toma la palabra:

—Recuerdo ese día con todo detalle. Estaba tan nerviosa que aquella noche no pegué ojo... No sabíamos cuántas mujeres nos secundarían. Cuando llegamos a la colina de Arnarhóll, el tamaño de la multitud me impresionó. ¡En mi vida había visto tanta gente junta! Llegaban mujeres por todos lados, como corrientes de lava. Había banderas y pancartas hasta donde alcanzaba la vista. Se me pone la carne de gallina sólo de recordarlo... —dice con los ojos brillantes.

A su lado, Gudrún le coge la mano.

—Yo tampoco me lo podía creer —admite —. Sentí que estábamos viviendo un momento histórico...

—Y tuvimos mucha suerte —añade Lilja —. ¡Ese día hizo un tiempo estupendo!

—¡Eso demuestra que Dios es mujer! —responde Amma, lo que provoca una oleada de carcajadas.

Viéndolas reír, Katla puede entrever a las chicas de veinte años que eran entonces y que vuelven a ser ahora.

—Después de los discursos, nos pusimos a cantar —continúa Gudrún, y entona una canción que Katla no había oído hasta ahora, pero cuya letra conoce, porque es una versión de la pancarta de Amma —: «¿Me atrevo, soy capaz, lo haré?»

«¡Sí, me atrevo, soy capaz, lo haré!», responden todas a coro.

Es un himno de hace más de cincuenta años, pero está tan vigente como antaño.

Se quedan en el anfiteatro hasta tarde, tan pronto emocionadas hasta las lágrimas como riendo a carcajadas. Cuando se separan, casi es medianoche. Prometen volverse a ver el 8 de marzo, en la colina de Arnarhóll: todas estarán allí.

—Hacer huelga es como montar en bicicleta —les dice Amma sonriendo —. ¡Nunca se olvida!

22

Tokio

Al entrar en la habitación, Michiko encuentra a su hermano dormitando en el futón. Como muchos *hikikomori*, Tomoki ha perdido la noción del tiempo y, sumido en un letargo que no es ni sueño ni vigilia, duerme de día y de noche. Después de tres años de aislamiento, le cuesta permanecer despierto más de unas cuantas horas seguidas; sin más distracción que la de una pantalla, ha perdido la capacidad de atención. La falta de ejercicio le ha atrofiado los músculos; tiene la espalda encorvada, la cara pálida y el pelo muy largo. Su mirada está impregnada de tristeza. Acostumbrado al silencio, se ha vuelto sensible al menor ruido, que percibe como una agresión.

Se despierta y la ve a su lado; parece sorprendido. En el confuso transcurrir de sus días, se da cuenta no obstante de que la visita de su hermana es inusual. Además, Michiko no trae el acostumbrado paquete de la pastelería.

Michiko se sienta a su lado y se echa a llorar. El dique cede al fin y el torrente de lágrimas se desborda. En él se mezclan la humillación, las vejaciones, la angustia, la exclusión, la sensación de fracaso y

desamparo, las dudas, las desilusiones, las ganas de morir, las de evaporarse... Todo está ahí, en los sollozos que ya no puede contener, en las lágrimas que le resbalan por la barbilla y le humedecen la blusa sobre su abultada barriga. Tomoki nunca la había visto así. De pronto, Michiko ya no es la hermana mayor modélica, la joven brillante y realizada a la que admira desde la infancia y que tantas veces lo ha tranquilizado o animado, sino una niña pequeña vulnerable y herida, embargada por una inmensa pena. No sabe cómo aliviar su dolor, así que se ovilla contra ella y, simplemente, le coge la mano.

Permanecen así, acurrucados el uno junto al otro, mucho rato. Al anochecer, les llega la voz de su madre desde el pasillo: Michiko debería irse a casa, es tarde, Daisuke se va a preocupar... Michiko no reacciona, no se siente capaz de salir de esa habitación, que le parece el único refugio posible, la única barrera frente a la espantosa crueldad del mundo.

Esa noche, Daisuke encuentra el piso silencioso y vacío. Por lo general, Michiko llega antes que él, excepto cuando va a casa de sus padres, pero hoy no es el día de la visita a Tomoki. Cuando el trabajo la retiene, nunca se olvida de avisarlo. Al llamarla al móvil, salta el contestador. Le envía varios mensajes de texto, pero no obtiene respuesta. Preocupado, marca el número de la empresa de juguetes. El tono suena repetidas veces antes de que la señora Igarashi atienda la llamada en la recepción. Todos los empleados se han ido a casa, ella misma estaba a punto de hacerlo. Precisa que no ha visto a Michiko en todo el día: hoy no ha ido a trabajar. Es

algo lo bastante inusual como para no haber pasado inadvertido. El propio señor Ogita ha intentado en vano contactar con ella.

Daisuke palidece. Al instante, su mente empieza a barajar las hipótesis más siniestras. Se imagina a Michiko atropellada por un coche, o arrollada por el metro, o dando a luz de forma prematura... Piensa en las contracciones tempranas que ha tenido varias veces en las últimas semanas. Sin embargo, el médico ha dicho que todo va bien. Cediendo al pánico, Daisuke se siente tentado de llamar a sus padres, pero no quiere alarmarlos. Telefonea a la maternidad en la que su mujer asiste a clases de preparación para el parto: puede que haya tenido una indisposición y haya acudido allí.

—Aquí no se ha presentado nadie con ese nombre —le responde la enfermera al cargo de las admisiones.

Cuando Daisuke, frenético, se dispone a llamar a todos los hospitales de la ciudad, le suena el móvil: la pantalla muestra el número de su suegra.

Al otro lado, la mujer parece hundida. Daisuke cuelga y abandona el piso de inmediato en dirección a Minami Magome.

Encuentra a la madre de Michiko sentada en el salón llorando: la niña se ha encerrado con su hermano y se niega a salir, repite entre sollozos. Hablando a través de la puerta de la habitación, Daisuke trata de hacer entrar en razón a su mujer, pero no hay manera. Cambiando de estrategia, la amenaza con entrar por la fuerza si ella no obedece. Sin embargo, él es incapaz de actuar con violencia: si lo hiciera, se sentiría culpable. Apela a su amor, a su hijo, pero no consigue hacerla reaccionar. Agotados los argumentos, la acribilla a

preguntas: ¿qué ha pasado? ¿Es por él? ¿Ha dicho o hecho algo que la ha herido?

Acurrucada en el suelo contra la puerta, Michiko permanece muda. Se siente culpable por angustiar a su marido. No tiene nada que reprocharle, salvo quizá la distancia que ha visto crecer entre ellos, de la que también ella es responsable. Le gustaría que se le ocurriera algo que decirle, pero es incapaz de hablar, sólo tiene ganas de dormir, de dejar de pensar. Agotado, Daisuke acaba desanimándose. Michiko oye sus pasos, que se alejan, y luego la puerta de la calle, cerrándose de golpe.

Su madre no pega ojo en toda la noche. Hace tres años, cuando se encerró Tomoki, al principio no se preocupó.

—Tarde o temprano saldrá... —decía.

Hoy, sabe lo que significa el silencio de su hija.

Los primeros días Michiko permanece tumbada bajo el edredón en posición fetal. Ahora, en la bandeja que su madre acude a dejar mañana, mediodía y noche delante de la puerta cerrada, hay dos platos. Cocina *kurimu shichu* de pollo, *takoyaki* y *udon* de ternera, los platos favoritos de sus hijos. A veces, tiene la sensación de haber vuelto a los tiempos de los *kyarabento*, que preparaba durante horas, dando a los alimentos la forma de un animal o de un personaje de dibujos animados para divertirlos y abrirles el apetito. Entre las madres de la escuela, que rivalizaban en inventiva para demostrar lo mucho que querían a sus hijos, empezó una verdadera competición. Para algunas, se convirtió en una obsesión, lo que llevó al centro a prohibir esa costumbre, que provocaba envidias entre los

alumnos y peleas en el patio de recreo. Veinte años después, su madre se dice que las cosas apenas han cambiado: en la cocina, el tiempo se ha detenido.

Michiko no tiene apetito, pero se obliga a comer, por el bebé: no quiere ponerlo en peligro. Entró en el dormitorio sin premeditación, sin ningún plan, simplemente no tenía adónde ir. Nadie se encierra por gusto, lo sabe: no eliges ser *hikikomori*, no es ni una moda ni un capricho, sino una incapacidad de vivir y estar en el mundo. «No te encierras porque estés bien en casa, sino porque no estás bien en ninguna parte», decía un joven recluido en un reportaje que había visto. Y otro, cuyo testimonio la había impresionado, confesaba: «Cuando me despierto, me doy cuenta de que sigo vivo, y eso me aterra.»

Ahora los comprende. Está tan cansada que ni siquiera puede pensar. Su mente se ha convertido en una materia frágil y quebradiza, que se disgrega lentamente, como un castillo de naipes que un soplido hace vacilar. Sin embargo, sabe que no puede permanecer callada. Tendrá que hablar, se lo debe a su marido: todas las noches, después de un largo trayecto en metro desde la oficina, Daisuke va a Minami Magome y se queda unas horas delante de la puerta, un poco más abatido cada día. Michiko también piensa en su madre, que lleva tres años sufriendo por el encierro de Tomoki. Una noche, oye a su padre enfadarse con ella: le reprocha que educó mal a sus hijos.

—¡Tener un *hikikomori* en casa es una desgracia! —le grita —. ¡Tener dos, una maldición!

Mamá no responde, como de costumbre capea el temporal en silencio. Ocurra lo que ocurra, la culpa siempre es de las madres, piensa Michiko con tristeza. Ella lo ha descubierto hace poco, desde que lleva a un hijo en el vientre.

La noche siguiente, Michiko se arma de valor y le pide a Tomoki que la grabe con su móvil. Quiere filmar un mensaje para Daisuke y sus padres. No tiene fuerzas para contarles cara a cara lo que le sucede; prefiere sincerarse ante el ojo indiferente de una cámara. Como quien abre las compuertas de una presa, Michiko deja que las palabras fluyan sin intentar detenerlas. Por primera vez en su vida, se expresa con franqueza. Cuenta el acoso al que la somete el señor Ogita desde hace meses, la sesión de disculpas a la que tuvo que someterse y el discurso de la señora Kabuki exhortándola a dejar el empleo. Habla del posterior cambio de puesto de trabajo, de los interminables trayectos en metro, la pesada maleta, las reprimendas por los retrasos, el regreso al departamento de Marketing para ocupar un puesto subalterno, el cuartucho sin ventana que le asignaron, las cajas de papel que tenía que acarrear para abastecer la fotocopiadora, las constantes idas y venidas por los pasillos y las escaleras, su exclusión de la fiesta de fin de año, las mil y una maneras de humillarla que sus jefes se molestaron en inventar para empujarla hacia la salida... Habla de la indiferencia de sus compañeros, su falta de apoyo, su absoluta sumisión a un poder vertical y autoritario por miedo a las repercusiones en su propia carrera profesional... Por fin confiesa la angustia, las náuseas de todas las mañanas, el insomnio, el nudo en la garganta y la boca del estómago, las contracciones prematuras, la pérdida de peso, las

pesadillas repetitivas, las ideas fúnebres, los ataques de pánico y el odio a sí misma, el hastío de su vida, que le hace aborrecer el presente y temer el futuro, por sí misma y por su hijo. Se creyó capaz de soportarlo todo, pero ya no puede más. Se ha encerrado en la habitación para limitar su sufrimiento e intentar llevar a término su embarazo, porque no ve otra solución. Pide perdón a Daisuke y a sus padres. Añade que los quiere y confía en que la comprendan.

Daisuke recibe el vídeo en plena noche. Se lo han enviado desde el móvil de Tomoki. Lo ve en un estado de estupor o, mejor dicho, de shock. Se queda sin habla, aturdido por el golpe, como si acabara de caerse de un rascacielos del distrito financiero. No se había dado cuenta de lo que estaba viviendo su mujer. Durante meses se había acostado junto a ella sin sospechar siquiera lo que le ocurría. No había sabido interpretar sus silencios ni percibir su sufrimiento detrás de su aire ausente y agotado, que atribuía erróneamente a su estado. No vio que estaba perdiendo el rumbo. Le faltó perspicacia, no fue capaz de comprenderla y protegerla. Hasta el amanecer Daisuke oscila entre la negación y la incredulidad, la angustia y la cólera, tecleando de un extremo a otro en la escala de la desesperación y la culpa. ¿Qué puede hacer? ¿Debe actuar, obligar a Michiko a salir? ¿Respetar su decisión? ¿No acabará deteriorándose, como Tomoki, y poniendo en peligro su salud y la del hijo de ambos? ¿Qué pasará el día del parto? ¿Y después? Esas preguntas lo torturan, pero no puede hablar con nadie. Piensa en sus padres, tan contentos e impacientes por tener su primer nieto. Una revelación de esa envergadura los destrozaría. Debe ahorrársela, se dice,

aunque sea mintiéndoles. Recuerda a aquel antiguo compañero de trabajo que cada mañana llenaba su bento con platos preparados, que compraba en el mercado de Ameyoko, para hacer creer que su mujer cocinaba para él. Como no quería confesar que ella lo había dejado, fingía y alababa los manjares que le preparaba, afirmando que el amor de una esposa se mide por esos detalles cotidianos. Todos lo envidiaban, hasta que uno de ellos coincidió en una fiesta con la mujer, que iba del brazo de su nueva pareja.

Por la mañana, cuando su madre descubre el vídeo, su marido ya se ha marchado. Está tan conmocionada que, sin darse cuenta, empuja un jarrón, que vacila y cae a sus pies. Se pone a recoger los pedazos, pero es inútil: la pieza está hecha añicos, no tiene arreglo. Se echa a llorar por aquel jarrón que ningún polvo de oro podrá reparar. Llora por sus esperanzas rotas, por sus esfuerzos vanos, por sus pobres hijos, a los que no ha podido proteger de la dureza del mundo. Llora por toda esa vida pasada entre esas cuatro paredes, su matrimonio arruinado, todos estos largos y solitarios años, que no le han dejado más que un regusto amargo, vasijas rotas y remordimientos.

En su habitación, Tomoki no encuentra la paz. Las revelaciones de Michiko lo han conmocionado. Desde que se ha encerrado con él, está agobiado. No porque su presencia lo incomode —la quiere con locura, y han pasado tantas cosas juntos...—, sino porque no soporta verla así. Michiko siempre ha sido fuerte y animosa; era la figura a la que admiraba, en la que creía. No tiene derecho a venirse abajo. Se merece algo mejor que el remedo de vida al que él se ha

resignado. Tiene que salir, por sí misma y por su hijo. Por Daisuke, por sus padres. Y también por él, que no vive desde hace tres años y que sólo respira a través de ella.

Tomoki comprendió muy pronto que no estaría a la altura de lo que se esperaba de él. La decepción de sus padres empezó ya en preescolar, con la carta de rechazo de la prestigiosa escuela en la que deseaban inscribirlo. Desgraciadamente, sus resultados en las pruebas de ingreso fueron insuficientes. Su madre lloró mucho. Hubo que conformarse con otro centro con menos renombre. Esa primera experiencia enseñó a Tomoki que había personas fuertes y personas débiles, y comprendió a cuál de las dos categorías pertenecía él. No obstante, trabajó de firme para no decepcionar a su madre, que se obstinaba en creer en él. A base de clases particulares, cursos de verano y actividades de estimulación, consiguió mantenerse a flote durante todos esos años, pero la depresión acabó por apoderarse de él. Del joven que era, hoy sólo queda una sombra, agazapada en la oscuridad.

No permitirá que Michiko siga el mismo camino. Ha arrojado la toalla en lo que respecta a sí mismo, pero, tratándose de su hermana, se niega a rendirse. Bastaría con muy poco... La solución está ahí, a la vista, al alcance de la mano. Desde luego, hacen falta valor y voluntad. ¿Los tendrá? Como un ascua roja bajo un montón de cenizas, siente que algo despierta en su interior. Una llamita que creía apagada, definitivamente dormida. Piensa en ello noche y día. Sólo tiene que hacer un gesto para desencadenar un tsunami.

23

Léné

Cuando Hawa regresa al pueblo con la pequeña Coumba al fin recuperada, su madre suelta un grito, se echa a llorar y, cogiéndola en brazos, la cubre de besos. Sus lágrimas expresan a un tiempo alegría, amor y culpa. Viéndolas de nuevo juntas, Hawa no puede ocultar su confusión. Le parece comprender lo que debió de sentir Ma al soltarle la mano la mañana del bosque. Todas las madres lloran al ver a su hija padecer lo que ellas padecieron; todas sufren en silencio. Ma la quería, como la joven madre quiere a Coumba, pero le soltó la mano, porque creía que la tradición era ineludible; sabía que no podía proteger a su hija de lo que también le habían hecho a ella.

Hawa recuerda unas palabras del médico congoleño Denis Mukwege, que ha dedicado su vida a tratar a las mujeres violadas en época de guerra: «Las costumbres fortalecen nuestra identidad, pero es necesario cuestionarlas.» Es lo que ella pretende hacer ahora.

Esa misma tarde, decide reunir a las mujeres del pueblo en el patio de la escuela con la ayuda de Toumani y Khady. Ha elegido ese sitio a propósito: simboliza la oportunidad que se le dio a ella de

estudiar, de llegar a ser médica. Hawa no olvida lo que les debe a sus mayores ni de dónde viene.

Son muchas las que ocupan las sillas de plástico, los taburetes viejos o las esterillas extendidas en el suelo que han traído su hermano y su cuñada. Hawa toma la palabra. Agradece a todas que hayan venido. Muchas conocen su vida y muchas la han apoyado, dice. Ahora es ella la que quiere hacer algo por la comunidad, en especial por las mujeres y las niñas, y por las generaciones venideras.

Todas han oído hablar de Coumba, todas saben lo que le pasó. Si no hubiera ido al hospital, habría muerto. No es la primera vez, les recuerda Hawa, en el pueblo ya han ocurrido tragedias similares.

—¿Hasta cuándo? —pregunta alzando la voz en el silencio sepulcral que reina en el patio. Hoy quiere dirigirse a todas las madres, a todas las abuelas, tías, hermanas, primas, a todas aquellas que tienen o tendrán una hija un día —. La práctica de la ablación tiene que acabar.

Las mutilaciones ponen en peligro la salud de las mujeres, que padecen secuelas a lo largo de toda su vida. Todas las presentes lo han vivido, todas han conocido el cuchillo. Algunas quedaron estériles; otras han tenido partos difíciles; otras sufren infecciones o incontinencia. La lista es demasiado larga para enumerarla. Todas se ven privadas del placer, añade Hawa, mientras una ola de murmullos agita a la asistencia. Aquí las cuestiones sexuales jamás se tratan en público; todo lo relacionado con la intimidad se mantiene oculto. Hawa encuentra la mirada de desaprobación de su madre, que, sentada en primera fila, la escucha con expresión severa.

No obstante, Hawa prosigue. Puntualiza que no está allí para juzgar ni denunciar a nadie; no hay culpables, no hay verdugos, sólo víctimas de una práctica que nunca se ha puesto en tela de juicio. Las circuncisoras no son criminales; cumplen el cometido que les ha confiado la comunidad, perpetúan la tradición. Pero hoy la tradición debe cambiar.

—Por el bien de todas, hay que guardar el cuchillo —afirma Hawa, que pide a las circuncisoras que cesen su actividad y a las madres, que se opongan a ella.

Las reacciones no se hacen esperar. En el patio, se cuchichea, se intercambian opiniones avergonzadas. Algunas de las presentes parecen aprobar la postura de Hawa; otras son más reservadas. Una mujer se levanta para hablar. Menciona los cantos y las danzas que rodean a las niñas durante su «purificación». Son una ocasión para formarlas, darles consejos, prepararlas para su futura vida de casadas.

—Los cantos y las danzas pueden continuar —responde Hawa.

No se trata de abandonar toda la tradición, sólo la ablación. Ella también quiere dar testimonio de su propia mutilación. En ese instante, su madre mira para otro lado y chasquea la lengua en señal de desaprobación. Aun así, Hawa continúa, aunque cada palabra le cuesta un gran esfuerzo.

Cuando el cuchillo la mutiló, creyó que moriría de dolor. Al volver al pueblo, fue incapaz de participar en la celebración, de comer, de bailar. Para sacar provecho de los consejos de las mayores, las niñas tienen que encontrarse en buen estado de salud. Añade que cada vez se las mutila antes, en ocasiones, casi recién nacidas.

—¿Dónde está el rito de paso, en ese caso? ¿Dónde está la tradición? —pregunta Hawa.

A su declaración, le sigue un silencio incómodo. Se levanta otra vecina.

—El problema son los hombres —afirma —. Muchos se negarán a casarse con una chica no purificada: tendrán miedo de que no les sea fiel.

Hawa conoce el problema. Sabe que las mujeres sólo ejecutan un ritual celebrado en beneficio de los hombres. Recuerda las palabras de su propia madre: «Ahora estás purificada. Podrás casarte.» En su día, Hawa no comprendió el significado de esa palabra: «purificada». No lo comprendió hasta mucho más tarde, en la universidad. «Purificada» no es solamente virgen, como se interpreta a menudo. Es mucho más que eso. «Purificada» también es privada de sexualidad. Despojada del placer que se concede a los hombres y se niega a las mujeres. La mutilación le parece el medio más radical y más extremo de imponer el sometimiento y borrar la sexualidad femenina como se borra un trazo de lápiz. Una forma de grabar ese primer y supremo mandamiento en lo hondo del cuerpo de las mujeres, en lo más profundo de su intimidad: «No gozarás.» Eso Hawa no puede decirlo: esas palabras tan crudas herirían a las presentes. Tiene que suavizar su discurso para hacerlo aceptable para la comunidad.

—La ablación no garantiza la fidelidad —responde.

Si las mujeres cambian, los hombres se verán obligados a adaptarse. ¿Acaso no son más de la mitad del pueblo? ¿Acaso no

son mayoría? Su útero es el vientre del mundo; juntas, tienen el poder de hacer que el mundo evolucione. Hawa habla en su condición de mujer, de médica, de superviviente. La lengua, al menos, no se la cortaron.

En el patio de la escuela se ha armado un buen alboroto. Las palabras de Hawa son impactantes; han sido elegidas conscientemente. De pronto, en la última fila se levanta una mujer de edad avanzada. A su alrededor se hace el silencio. Hawa reconoce a una de las ayudantes de su abuela, la que le sujetaba la cabeza y los brazos en el bosque. Se la ha encontrado en el pueblo en varias ocasiones, y siempre se ha apartado de su camino, como si su mera presencia reavivara su miedo. Al verla, la recorre un escalofrío. Ahora el patio está en silencio; todas las miradas convergen en la anciana, que encarna la tradición y parece rodeada de un aura de misterio, del inquietante prestigio que otorga su oficio. Toma la palabra en nombre de las circuncisoras. Son muchas, dice, pertenecientes a esta comunidad. ¿De qué vivirán si cesan las mutilaciones? Perderán el sustento, se verán obligadas a mendigar. Eso ninguna de ellas puede planteárselo.

Hawa no pierde la calma. Sabe que la cuestión económica es otro de los factores del problema. Su abuela, viuda prematura a los treinta años, pudo mantener a sus seis hijos gracias a su «talento»: en sus giras por los pueblos, era capaz de «purificar» a un centenar de niñas en una mañana, lo que le reportaba el sustento necesario para mantener a toda la familia. También recibía regalos, túnicas, fruta o pollos, de los que también se beneficiaban la madre de Hawa

y sus hermanos y hermanas. Pese a la muerte de su padre, nunca les faltó nada y siempre comieron hasta saciarse.

Hawa es la heredera de esa historia; le gustaría olvidarla, pero no puede negar de dónde proviene.

Las circuncisoras tienen habilidades innegables, responde, conocen la anatomía y los problemas femeninos. Deben seguir teniendo un lugar en la comunidad. Su ayuda sería muy valiosa en los partos. También podrían formarse en el uso de las plantas medicinales, como su tía Bah, para cuidar a las mujeres y ponerse al servicio de su salud.

Y si eso no basta, añade Hawa, ella se compromete a ayudarlas a crear un fondo para compensarlas por la pérdida de sus ingresos.

La propuesta provoca asombro entre las presentes. Hawa sabe que camina por un campo de minas, que las tradiciones no se cuestionan impunemente, y menos en la casta de los herreros, la cuna de las circuncisoras. Antes de organizar la reunión, se lo pensó mucho. Ha tenido que armarse de valor para tomar la palabra ante los suyos. No está acostumbrada a hablar en público, y menos aún a exponer su intimidad. Escondida bajo su bata de médica, jamás habla de sí misma. Prefiere escuchar.

Las mujeres acaban dispersándose en medio del rumor de las conversaciones. La idea de financiar la reconversión de las circuncisoras provoca debate. Algunas parecen ser de la opinión de Hawa; otras aún no se atreven a pronunciarse.

Su madre es la última en levantarse. Se acerca a Hawa y la mira fijamente.

—Luché para que pudieras estudiar. Y ahora vienes aquí para escupir sobre nuestras tradiciones. Deberías estar orgullosa de lo que eres, en lugar de quejarte de lo que te hicieron —le espeta antes de alejarse.

Hawa se queda estupefacta. Su madre ha interpretado sus palabras como un juicio de valor. Cree que está rechazando su cultura y su comunidad. No ha comprendido sus intenciones. Siente el impulso de ir tras ella y hablarle de la carga que ha llevado durante todos estos años. Le gustaría explicarle que se sintió muy sola en el bosque, que se sintió abandonada, que echó en falta los brazos de su mamá, que su traición abrió una brecha entre ellas, un abismo de incomprensión, y que se siente vacía y desgarrada. Que, a pesar de sus estudios, su carrera y sus títulos, en el fondo sigue siendo una niña aterrorizada.

Pero algo la detiene. Hasta donde alcanza su memoria, nunca se ha enfrentado a su madre, nunca le ha plantado cara. En la sociedad soninké, el respeto a los mayores es un valor supremo, una barrera invisible que le impide hablar. Ma y ella nunca se han entendido; han vivido una al lado de la otra como dos líneas paralelas, sin encontrarse jamás. Hawa se dice que ha pasado de largo junto a su madre como pasó de largo junto a Kwamé. Su vida parece un puzle incompleto al que le faltan las piezas más importantes.

Apesadumbrada, vuelve a la casa rodeada de mangos de la tita Bah. Su tía le deja delante un plato de *tiéré*, pero Hawa no puede

tragar nada. Para ayudarla a conciliar el sueño, Bah le hace tomar una infusión de *kinkéliba* y cita un dicho bambara:

—«Para lavar a un elefante, no basta una sola mano.» Un cambio de mentalidad requiere tiempo. Tiempo y mucha perseverancia.

Bah se sienta a su lado en un extremo del colchón y evoca su propia boda, a los dieciséis años, con un hombre al que no conocía elegido por sus padres. No se extiende sobre la noche de bodas, ni sobre el dolor que sintió y que reavivó el de la ablación. Le habla de los largos meses posteriores, que pasó a la espera y con la esperanza de concebir un hijo. Por desgracia, su barriga permaneció vacía. Acusándola de ser estéril, su marido acabó echándola de casa. En esa época, las mujeres sin hijos eran parias, árboles sin frutos, pájaros sin voz. En su fuero interno, Bah siempre pensó que el culpable de su infertilidad era el cuchillo: después de su «purificación» había estado al borde de la muerte debido a una grave infección. Nunca le había contado esa historia a Hawa.

—Nos mutilan y luego nos reprochan que seamos estériles. —Suspira —. Tienes razón, hay que cambiar la tradición.

Bah coge una bolsa de cuero y un tapete, que extiende cuidadosamente en el suelo. Saca de la bolsa un puñado de cauris, las conchitas que leen los adivinos desde tiempo inmemorial, las lanza sobre el tapete y luego las observa con atención. Hawa contiene la respiración; ha visto a su tía practicando la adivinación cientos de veces.

—Los cauris no son una verdad absoluta —suele decir Bah —, pero apuntan en una dirección.

Un cauri cerrado indica un bloqueo, una oposición. Puede revelar una dificultad o sugerir que el momento elegido no es bueno.

También deben tenerse en cuenta sus posiciones respectivas: lo que da sentido a la interpretación es la relación entre ellos.

—El comienzo es difícil, el entorno, poco favorable —murmura la anciana —. Veo resistencia, un periodo de desorden. Y peligro... ¡Tienes que mantenerte alerta! —le advierte alzando los ojos hacia ella —. Pero hay un camino posible. Se te tenderá una mano desde un lugar y de una persona que no conoces.

La tita Bah se interrumpe; de pronto, parece exhausta. Hawa sabe que la lectura de los cauris roba mucha energía. El adivino es el intermediario entre dos mundos, el de los vivos y el de los espíritus. Visita el país de los antepasados, pero debe protegerse, para volver de él indemne. Después de una sesión de adivinación, no es inusual que su tía sufra migraña. Hawa la ayuda a acostarse y se tumba a su lado.

Hawa cierra los ojos, extrañamente apaciguada. Aunque una parte de ella, la racional, niega el poder de los cauris, otra no puede evitar darles crédito. La tita Bah ha visto una posibilidad, se repite para tranquilizarse. Debe mantenerse firme, pese a la hostilidad de Ma, pese a los vientos contrarios y pese al peligro.

24

San José

Ana María le desliza tres dólares en la mano a la celadora de la entrada. Luego, otros dos a la que la acompaña al locutorio. El reglamento prohíbe a los visitantes llevar comida a las presas, pero en Ilopango, como en todas partes, todo es negociable. Para el cumpleaños de Esperanza, Ana María lleva en el capazo la tarta tres leches que ha preparado, junto con el frasco de perfume, envuelto en un papel bonito. Para dar al día un poco de ambiente festivo, se ha puesto la blusa de encaje de las grandes ocasiones: bautizos, bodas y comuniones. La tela está un poco ajada, pero, bien planchada, aún luce bastante, se dice Ana María mirando su reflejo en la ventanilla del locutorio.

Cuando al fin llega su hija, todas sus ilusiones se hacen añicos. Esperanza aparece con el rostro desfigurado. Tiene la mejilla derecha el doble de grande, un labio partido y una ceja rota. Le cuesta hablar. Con dificultad, le cuenta a su madre que dos internas le han dado una paliza; le han partido dos dientes y la muñeca derecha. Su puesto en la maquila de la cárcel ha despertado envidias, y acaba de pagar el precio. La fractura de la muñeca le

impide trabajar; ha perdido su empleo en el taller, añade desconsolada.

Al ver a su hija con el rostro tumefacto y el cuerpo magullado, a Ana María se le cae el alma a los pies. Piensa en la tarta apretujada en el interior del capazo, en el frasco de perfume... Todos sus esfuerzos le parecen ridículos. Marcia tenía razón, se dice: ¡qué estupidez pensar que un poco de jazmín aliviaría las penas de su niña! Ni siquiera se atreve a enseñarle el regalo, temiendo que sea motivo de nuevas envidias y le ocasione más problemas. En cuanto a la tarta, Esperanza no podrá probarla, le duele mucho la boca. Ana María está consternada. No sabe qué decir para consolar a su hija. Le gustaría prometerle que todo irá bien, que pronto saldrá de allí, que irán a comer pupusas de chorizo para celebrar su salida, que volverá a bailar por las tardes en la plaza Duarte... Que nunca más habrá prisiones ni leyes que las sometan y las aplasten. Le gustaría rodearla con los brazos y mecerla como cuando era pequeña, pero se ha abierto la puerta: se ha acabado el tiempo de la visita.

Ana María consigue salir del locutorio antes de venirse abajo. Delante de Esperanza ha querido mantenerse digna, pero, una vez fuera, se deja llevar por la desesperación. Las fuerzas de su hija disminuyen con el paso de los meses, no aguantará treinta años en esas condiciones. Aquí muchas mujeres mueren en prisión: algunas, debido a enfermedades; otras, víctimas de malos tratos, o de la depresión. Hay quienes se quitan la vida; el mes pasado, una se ahorcó. Sin perspectiva de futuro ni de salida, ¿cómo se puede sobrevivir? ¿Cómo se puede conservar la esperanza?

Ana María va a la cafetería y se sienta para esperar a Enrique. Sabe que con él podrá desahogarse: es la única persona que entiende lo que está viviendo. Está un buen rato esperando ver llegar su silueta bajo la luz de la luna... Pero Enrique no llega. Al cabo de una hora, Ana María lo telefonea, preocupada. Tras varios intentos, Enrique acaba contestando. Con voz apagada, le cuenta que Rosalba ha sido trasladada al hospital; esa mañana la han encontrado inconsciente en el suelo de la celda. Los médicos han dicho que sufre una neumopatía y su pronóstico es reservado. Por ahora, Enrique no puede verla ni hablar con ella.

Ana María, abatida, coge el autobús de regreso. De pronto, su pena le parece demasiado pesada de llevar. Al llegar a casa, guarda el frasco de perfume en el fondo de un cajón, como quien entierra sus esperanzas. En el capazo, la tarta está espachurrada, para tirarla.

Esa noche no puede pegar ojo. En la mesilla de noche, contempla el torito de Pucará, una estatuilla coloreada que le regaló Toño con motivo de su boda. En Perú, de donde procedía su familia, colocaban esas figuritas en el tejado de las casas para protegerlas. A Toño le gustaba contarle la historia de Pucará, un pueblo de la cordillera de los Andes, no muy lejos del lago Titicaca.

—Hace mucho tiempo —decía — una terrible sequía asoló la región. Todos los pozos se habían secado; la gente se moría de sed y de hambre. Unos campesinos decidieron ofrecer un toro en sacrificio al dios Pachacamac para suplicarle que mandara lluvia. Lo subieron a la cima de la montaña para matarlo, pero el animal se

revolvió, como si adivinara lo que le esperaba. Tanto se debatía que uno de sus cuernos golpeó la roca. Al instante, empezó a manar el agua. El pueblo se salvó y el toro se convirtió en símbolo de protección y prosperidad.

A Ana María siempre le ha gustado esa historia. Sabe que, por desgracia, en este mundo los milagros no existen y que los toros no tienen poder para transformar las leyes.

Al día siguiente, cuando llega a la maquila y ve al vigilante en la entrada, siente un escalofrío. El hombre ha vuelto a adoptar su expresión impenetrable y la mira sin pestañear. Ana María está temblando, pero procura ocultarlo. No le dará el gusto de parecer asustada.

En la fábrica, la tensión es palpable. El gerente les ha anunciado que se dirigirá a las empleadas al acabar la jornada. Ellas empiezan a cavilar y preocuparse. El gerente no suele hacer declaraciones. Desde su intervención a raíz del sabotaje de los uniformes, apenas ha dicho nada; ha preferido manifestarse a través de la encargada y el vigilante jurado. Ana María se pregunta si aceptará al fin la negociación solicitada. ¿Estará dispuesto a escuchar sus reivindicaciones? ¿A reconocer el sindicato que están a punto de crear? Trabaja todo el día en un clima de nerviosismo, intercambiando miradas discretas con sus compañeras, tan inquietas como ella.

Cuando el gerente aparece al fin, las máquinas se detienen; se hace el silencio. El hombre adopta un semblante serio para exponer la situación. Los inversores asiáticos han decidido cerrar la fábrica y

relocalizarla en la India o Corea, anuncia. Alegan la falta de rentabilidad, la dura competencia, los elevados costes de funcionamiento... El sector de las maquilas está en crisis, les recuerda, toda Centroamérica se encuentra en la misma situación. En Guatemala o Nicaragua ya se han suprimido miles de empleos. La manufactura cerrará sus puertas en un mes, concluye, y añade simplemente que lo siente.

El anuncio cae como una bomba. Ana María se queda en estado de shock. Aunque sabía que la amenaza de cierre existía, no esperaba ni mucho menos que el gerente llegara a ese extremo. A su alrededor reina la consternación. Algunas chicas se echan a llorar; otras están aturdidas.

El vigilante les ordena que abandonen el hangar de inmediato. Fuera, un grupo de costureras se encara con Ana María. Una de ellas la acusa de haber provocado la quiebra arrastrándolas a su maldito proyecto. ¡¿Cómo encontrarán otro empleo?!, grita. No tienen estudios, la mayoría no ha ido al instituto... ¡Se han ganado la fama de trabajadoras problemáticas y nadie querrá contratarlas! Ana María intenta responder, pero la mujer empieza a insultarla. Candelaria interviene, y la discusión degenera. Llegan a las manos. La pelea se transforma en batalla campal. En medio de la refriega, mientras intenta protegerse, Ana María recibe una pedrada en la cara que la hace tambalearse.

Pese al golpe y la sangre, que la ciega, consigue subir al autobús para volver a casa. Al verla llegar en ese estado, Marcia se asusta, pero su hija la tranquiliza: la herida es superficial. Por el contrario, las palabras de las trabajadoras la han herido profundamente. Ana

María sabe que tienen razón; las ha arrastrado a una batalla para la que no estaban preparadas. Por un momento, se había hecho ilusiones, y eso hace la vuelta a la realidad aún más dura.

Sin ingresos, su madre y ella acabarán en la calle. Se verán obligadas a vivir en un chamizo de cartones y chapa, sin agua potable ni electricidad, compartiendo retretes insalubres y los lavaderos que se disputan, a veces violentamente, los habitantes de las favelas. ¿Cómo sobrevivirá su madre en esas condiciones? ¿Y Esperanza? ¿Qué será de su hija cuando ella no tenga dinero para ir a visitarla a la cárcel? Como tantas presas, languidecerá y desaparecerá, lejos de los suyos. Al pensarlo Ana María se siente desfallecer. No ha ganado ninguna de las batallas que ha librado. No salvó a su hermano de las garras de la mara, no salvó a Toño y tampoco salvará a Esperanza.

La velada toca a su fin cuando un ruido la arranca de sus negras cavilaciones. Marcia se ha dormido en el sillón delante del televisor. Ana María no ha tenido el valor de confesarle que la fábrica va a cerrar; no sabe cómo explicarle que se empecinó en luchar contra el gerente y que ha perdido la partida.

El ruido se repite: llaman a la puerta. La sangre se le hiela. ¿Quién las visita a estas horas? ¿El vigilante, que viene a amenazarla de nuevo? Es poco probable, se dice; ahora que la fábrica va a cerrar, ya no tiene motivos para atormentarla... De pronto, piensa en Enrique. Él sabe dónde vive, la llevó a casa el día que el guardia jurado la siguió... Con cautela, se acerca a la ventana para echar un

vistazo, y se queda estupefacta al ver a la encargada en medio de la oscuridad.

25

Reikiavik

El invierno envuelve la tierra con sus brazos helados. La melancólica luz del otoño ha dado paso a la oscuridad. Ahora el sol sale a última hora de la mañana y se esconde a media tarde, como un invitado descortés que apenas llega a una casa se marcha sin decir nada. El aire gélido atraviesa la ropa; la lluvia cae de soslayo, empujada por el viento.

Desafiando a los elementos, Katla sale a correr todos los días. Bordea el lago Tjörnin, lleno de patos y cisnes con el plumaje hinchado por el frío. Viven allí todo el año gracias a las fuentes geotérmicas que calientan el agua del estanque e impiden que se hiele. Con el cuerpo tenso por el esfuerzo, piensa en los últimos progresos del movimiento, que, en las últimas semanas, se ha extendido por Islandia y los países nórdicos. También avanza en Francia, Alemania, Bélgica, España e Italia, promovido por el colectivo de carteleras dirigido por Kristín. Asimismo, han establecido contactos en México y Estados Unidos. Como líder del proyecto, o más bien «coordinadora», como prefiere definirse, Katla se dispone

a conceder su primera entrevista en el estudio de una conocida emisora de radio.

Ante el micrófono, no se muerde la lengua. Denuncia la violencia endémica que corroe la sociedad: la violencia de los hombres, que amenazan, insultan, golpean, violan y matan en todo el planeta. Según un estudio reciente, son responsables del 86 % de los homicidios, el 99 % de las agresiones sexuales, el 96 % de los casos de violencia conyugal y el 84 % de las agresiones físicas. Las cifras son abrumadoras. Ante esta realidad, el comité que ha formado dirige un llamamiento a todas las mujeres del mundo para que se declaren en huelga el próximo 8 de marzo.

El movimiento se resume en una sola palabra: «¡Basta!» Tiene equivalente en todos los idiomas, en todos los continentes. Expresa un espíritu de resistencia, la voluntad de oponerse a la violencia que sufren las mujeres en todas las sociedades.

Durante la entrevista, Katla habla con mucha soltura: su tono es firme, su discurso fluido y su voz segura y tranquila.

—Se diría que usted ha hecho esto toda su vida —comenta la periodista con admiración.

Katla es la primera sorprendida. ¿Será Soffía quien, desde allá arriba, la inspira y le susurra esas palabras? ¿Es ella quien le infunde tanta confianza y tanto aplomo? Desde hace algún tiempo siente que su energía se ha multiplicado. Ha encontrado su lucha y, por primera vez en mucho tiempo, tiene la impresión de estar exactamente donde debe estar, junto a sus compañeras.

En el comité, reina el entusiasmo: todas elogian su actuación. No tardan en llegar invitaciones de otras emisoras, incluso de un canal de televisión. Katla lo celebra; sabe que el apoyo de los medios es crucial. Finge no advertir que su exposición provoca celos, especialmente en Kristín.

Los problemas de ego la traen sin cuidado; no está para perder tiempo con esas cosas.

Pero el optimismo no dura mucho: el movimiento se extiende por Europa, pero tiene dificultades para implantarse en otros sitios, en especial, en Asia y África. En algunos países de Extremo Oriente, como Japón o Corea, la huelga no tiene una tradición asentada, como confirma una estudiante de origen japonés que se ha incorporado al comité. En una sociedad en la que el trabajo está sacralizado, en la que la comunidad prima sobre el individuo, parar está mal visto, explica la joven. Hace unos años, los conductores de autobús de una gran ciudad japonesa decidieron llevar a cabo una «huelga de la gratuidad»: hacían su recorrido habitual, pero sin cobrar el billete a los usuarios. En las fábricas, los obreros descontentos prefieren llevar un brazalete en lugar de faltar al trabajo. La estudiante añade que la población no está sensibilizada con las reivindicaciones de las mujeres. El movimiento MeToo sólo tuvo un débil eco en el archipiélago, donde la jornada del 8 de marzo pasa desapercibida todos los años.

Igual de difícil parece encontrar corresponsales en África, cuyas mujeres no se reconocen en la lucha de las occidentales. Marcadas por el trauma colonial, se niegan a adherirse una vez más a un discurso que no las representa.

Katla empieza a comprender que no ha calibrado la dificultad de la tarea. La tecnología digital ha eliminado las fronteras, pero no las diferencias de mentalidad. Katla también debe enfrentarse a un fenómeno nuevo que le mina la moral: desde su entrevista radiofónica, no para de recibir mensajes de odio en las redes sociales. Los troles se emplean a fondo; aprovechando el anonimato, la llaman «bruja» y «extremista», y la acusan de perturbar el orden público y poner en peligro el equilibrio de la sociedad. Algunos la insultan; otros amenazan con violarla.

Una mañana, un hombre la reconoce en el supermercado y empieza a seguirla por los pasillos. Katla advierte su insistente mirada de desprecio. Cuando se acerca a la caja, el hombre se encara con ella.

—*Fucking feminist!* —le ladra con el rostro crispado de odio, y se marcha.

Katla está tentada de ir tras él y gritarle que el feminismo nunca ha matado a nadie, mientras que el machismo asesina todos los días, pero se lo piensa mejor. Sabe que la batalla se libra en otra parte, en otro frente. Amma le ha contado que un día, cuando acababa de inscribirse en un concurso de esquileo —una actividad normalmente reservada a los hombres —, un granjero indignado increpó a Afi.

—¡Yo jamás dejaría que mi mujer se comportara así! —le espetó.

Pero Afi no se amilanó.

—Es que una mujer como la mía jamás se habría casado con usted —se limitó a contestar.

Aunque procura ignorar los ataques, Katla se da cuenta de que le afectan más de lo que imaginaba. Una noche llama a Amma, desesperada: no entiende el porqué de tanto odio. Luchar por la igualdad es luchar por la justicia; no esperaba encontrar tanta inquina y tanta oposición. Su abuela la reconforta con voz calmada. Hay quienes temen perder su poder y sus privilegios, y por eso se aferran a sus convicciones. En la época de las Rauðsokkur, a ella y a sus amigas las insultaban constantemente. La ciudad era pequeña y todo el mundo se conocía. A veces las increpaban en plena calle. Las llamaban «mal folladas», el insulto favorito de los misóginos sin imaginación; decían que «tenían piedras en la barriga y jamás serían madres» y que eran «feas, peligrosas y peludas». Las comparaban con trolls, con criaturas maléficas.

—Preferíamos tomárnoslo a risa —concluye Amma —. Esas dificultades nos fortalecieron y nos unieron todavía más.

Además de afrontar las amenazas externas, Katla también debe gestionar las tensiones dentro del comité. Surgen desacuerdos que dificultan el desarrollo de las asambleas. Los ánimos se exaltan, entre ellos los de Kristín, que critica la orientación del movimiento y la posición de Katla. Una tarde, se encara con ella y la acusa de acaparar la atención de los medios. Katla replica que nunca ha buscado el protagonismo; no actúa por ambición personal, sino para servir a la causa y con el objetivo de la huelga. Cree que Kristín lo está mezclando todo y lo achaca a su frustrada carrera de cantante. Kristín le suelta que abandona el comité y sale dando un portazo.

Su marcha es un golpe para Katla, que jamás habría imaginado que los ataques más duros llegarían de su bando. Se creía fuerte

para soportar las largas jornadas de trabajo, las reuniones hasta la madrugada, la exposición pública, las amenazas, los insultos... Pero la invade el desaliento. Cuanto más avanza más inalcanzable le parece el objetivo y más formidables los obstáculos. En la calle del viejo cine en el que Kristín y ella habían pegado el nombre de Soffía, las hojas de papel han desaparecido. Ahora el muro está cubierto de pintadas obscenas que los vecinos no se han preocupado de limpiar, al parecer estas no molestan a nadie. Katla está asqueada; el mundo le parece injusto y demasiado feo.

Con el fin de evadirse, sale de noche para aturdirse con el ruido y el alcohol. Se deja llevar por la música hasta que consigue entrar en trance y sumirse en el olvido. Una noche, ve a Gústaf en la pista de baile, con unos amigos. Él también la reconoce. A su alrededor, el aire se hace más denso, se carga de electricidad. No se habían visto desde la marcha silenciosa celebrada en junio. Gústaf no le quita la vista de encima. Ella baila, con los cabellos sudorosos, sensual y desesperada. Deja la copa para acercarse a él, pero la intercepta otro chico, que se arrima a ella bailando. Katla le sigue el juego y deja que la roce y la acaricie sin apartar los ojos de Gústaf, como si desafiarlo le produjera placer. Él los observa unos instantes, impotente, pero acaba yéndose.

Katla se cansa rápidamente de flirtear con el desconocido; sin Gústaf, el juego no la divierte. Aparta al chico, que se frota contra ella, y le dice que ya no le apetece. Él finge no comprender. Katla se suelta sin contemplaciones, pero él la sigue y lo intenta de nuevo. Para ella es la gota que colma el vaso. Katla se revuelve y descarga sobre él una lluvia de puñetazos y patadas. El estallido de violencia

la sorprende incluso a ella misma. Abofetea, golpea, araña, grita, pierde totalmente el control. Se debate frenética como una fiera. El chico intenta parar los golpes. Unos clientes intervienen para separarlos. Él acaba por marcharse llamándola «loca», con la camisa desgarrada y la cara cubierta de arañazos.

En casa, Katla se queda mucho rato bajo la ducha, con los ojos cerrados, como si quisiera disolver las imágenes de la velada en el agua caliente. De pronto se da cuenta de que la pulsera trenzada ha desaparecido de su muñeca; seguramente se le ha caído durante la trifulca. No había nada más valioso para ella: era el regalo de Soffía, el símbolo de su amistad. Por un momento, piensa en volver al bar para buscarlo, pero es una idea tan absurda como desesperada. Rompe a llorar: por la pulsera, que se ha roto y es insustituible; por la infancia y la inocencia, que se acabaron para siempre; y porque nada ni nadie le devolverá lo que Björn le quitó aquella noche.

En la pálida luz de diciembre, la playa de Nauthólvík ofrece un rostro muy distinto al del verano. Pese al helado viento del noroeste, Katla se sienta en la arena. Arrebujada en un grueso jersey de lana, permanece largo rato mirando fijamente el mar y sus sombríos reflejos. Sería fácil meterse en el agua y fundirse con la inmensidad. Desaparecer, reunirse con Soffía, una perspectiva que le parece casi apetecible. Si se para a pensarlo, no le apetece vivir en un mundo en el que las mujeres jóvenes viven amenazadas y mueren asesinadas.

Sin embargo, algo la detiene. Dentro del puño, aprieta el llavero que le regaló Gústaf: lo ha encontrado en el fondo de un cajón.

Sabe que fue injusta con él: lo castigó a él y se castigó a sí misma por un crimen que no había cometido ninguno de los dos. Su historia acabó antes de haber empezado, como tantas cosas que la vida te da y luego te quita. Desde hace algún tiempo, piensa a menudo en Gústaf; por la noche, aparece en sus sueños, sin que ella lo haya llamado.

Katla se arma de valor y va andando hasta su casa. Al volver del entrenamiento, Gústaf se la encuentra sentada junto a la puerta. Ella no dice una palabra. No hace falta: él comprende.

La luz perpetua ha dado paso a la oscuridad. Los contornos de sus cuerpos apenas se adivinan en las tinieblas de la habitación. Se tocan y se abrazan con timidez, titubeando, como dos desconocidos. La coraza de Katla se agrieta poco a poco hasta que acaba por caerse. Las lágrimas le resbalan por las mejillas, pero no intenta ocultarlas. Gústaf las besa y las lame; le da besos de agua salada. Katla ya no es la universitaria arrogante que lo desafiaba y lo provocaba, sino una mujer maltrecha y herida que se entrega. Gústaf tiene la sensación de que la está estrechando entre sus brazos por primera vez. Cuando hacen el amor, Katla siente algo totalmente nuevo, una ternura infinita que la envuelve y la traspasa. Su primera noche fue un combate; esta parece una promesa.

Mientras Gústaf duerme junto a ella, ocurre algo maravilloso. Una aurora boreal inicia su danza en el cielo. Por la ventana de la habitación, Katla contempla sus cambiantes reflejos de colores irisados y sobrenaturales. «Son los sueños de Dios. En el campo, se

ven mejor que en la ciudad», le decía Amma cuando era pequeña, sacándola de la cama para que saliera a admirarlos. Un día Katla le preguntó adónde iban las auroras boreales cuando desaparecían. Amma lo pensó un rato. «A reunirse con el sol», respondió al fin con una sonrisa.

Katla ya no cree en Dios, pero cree en Soffía. Su amiga le está enviando un mensaje; le escribe con colores en el cielo. Cuando eran adolescentes, hicieron una lista de las cosas que tenían que conseguir antes de los treinta. Ahora Katla debe vivir por las dos. Debe creer en su proyecto y sacarlo adelante. Es un proyecto inmenso y esencial, como el cariño que se profesaban, demasiado grande para ella sola. Pero no importa porque Soffía será su guía en este desafío. Katla cambiará el mundo en nombre de las dos. Al menos, le promete intentarlo.

26

Tokio

El pálido sol matinal se filtra entre los postigos. Michiko despierta lentamente. Tomoki se ha quedado dormido delante del ordenador, absorto en sus videojuegos. La pantalla, único faro encendido en este reino irreal, baña la habitación con una claridad cambiante y azulada.

Todavía adormilada y bajo los efectos del sueño que acaba de tener, se incorpora en la cama. Desde que se encerró, su vida avanza a cámara lenta. Permanece tumbada, sumida en un letargo que le entumece los músculos y el cerebro. En su barriga, el bebé apenas se mueve; es como si se hubiera amoldado a su apatía. Pero Michiko sabe que su hijo está bien: para tranquilizar a Daisuke aceptó que una comadrona fuera a examinarla de forma periódica.

Lentamente, coge el móvil para consultar la hora; ahora sus únicas referencias temporales son su smartphone y las bandejas de su madre. Tiene un mensaje de una amiga del instituto a la que no ha visto en diez años. Le dice que vuelve a contactar con ella para «expresarle su apoyo». En la pantalla, aparece un corazón. Michiko no lo comprende... Se habrá equivocado de destinatario, suele pasar. Cuando se dispone a dejar el móvil en la mesilla, llega otro mensaje.

Éste es de una antigua compañera de trabajo que aplaude su «valentía» y le envía «un saludo afectuoso». Perpleja, Michiko sale de su modorra. ¿Qué ha ocurrido? ¿Se ha perdido algo? ¿Habrá tenido lugar un accidente o una tragedia de la que no se ha enterado? Al consultar su cuenta de correo electrónico, ve que le han entrado muchos correos: todos en la misma línea. Todos mencionan un vídeo publicado en las redes... Michiko se queda petrificada. Se conecta a sus cuentas de inmediato y palidece: esa noche alguien ha subido a internet el mensaje que grabó para su marido y sus padres.

El pánico se apodera de ella. ¡Pero ¿quién ha compartido el vídeo?! Sólo se lo mandó a tres personas: su madre, su padre y Daisuke. ¿Quién de los tres lo ha colgado? ¿Y por qué? Michiko procura tranquilizarse. Su madre apenas sabe usar el móvil y es incapaz de hacer una cosa así. Su padre se maneja mejor, pero odia las redes sociales, a las que culpa de la depresión de Tomoki (ella no se lo desmiente, aunque le parece que las causas son más complejas). En cuanto a Daisuke, tan celoso de su intimidad, jamás habría expuesto la vida privada de ambos de esa manera.

Sólo queda una posibilidad. Mira a Tomoki, que sigue durmiendo. Le duele pensarlo, pero lo ve con toda claridad: su querido hermano la ha traicionado. Ha aprovechado que estaba dormida para compartir su vídeo. Le ha bastado un gesto, un clic: hoy el mundo está al alcance de un golpe de ratón. ¿Se ha vuelto loco? ¿Los años de encierro le han reblandecido el cerebro? Llena de rabia e impotencia, Michiko se pone a gritar. Tomoki se despierta sobresaltado y, hecho un ovillo, soporta los gritos y los golpes de

almohada. No se lo niega ni se justifica. Mudo, sin protestar, espera a que pase la tormenta.

Michiko se derrumba jadeando en el futón. Sabe que no le servirá de nada desgañitarse: es demasiado tarde. Se ha desatado una jauría en las redes y nadie la puede parar. Tritura y pulveriza los huesos que les arrojan. Como una presa acosada, Michiko se esconde bajo el edredón. Le gustaría desaparecer, marcharse a las fuentes termales del monte Fuji y esfumarse para siempre. En unos instantes, sus amigos, sus vecinos, sus compañeros de la oficina, el señor Ogita, al que nombraba expresamente, la señora Kabuki y hasta el presidente de la compañía habrán descubierto el vídeo. La verán, pálida y recluida, contando con todo detalle el acoso que ha sufrido. Siente una profunda vergüenza. Su testimonio es un insulto a sus superiores; en el país del honor, no le perdonarán esa falta de respeto y de decoro. A quienes se hacen notar, los señalan con el dedo, los abuchean. Su nombre se cubrirá de ignominia, así como el de Daisuke, y la vergüenza salpicará también a su hijo. Michiko se imagina ya intentando inscribirlo en un colegio, y al director rechazándolo en cuanto descubra su apellido. Una información publicada en las redes permanecerá en línea mucho más tiempo que un deseo escrito en una ema, una de esas tablillas de madera que cuelgan de los templos. Todos estos años Michiko se ha esforzado en ser discreta, tal como le enseñaron, haciendo de la contención el valor fundamental de su vida. Y ahora la exhiben con el impudor más absoluto, como a un animal en una feria de ganado. Tiene la sensación de estar desnuda en la pista de un circo, sin ningún sitio donde esconderse.

Se queda postrada muchas horas. Rechaza una y otra vez la bandeja con comida que le prepara su madre y que Tomoki no se cansa de ponerle delante. Es extraño, pero su hermano no parece lamentar lo que ha hecho. Se ha vuelto loco, se repite Michiko, que ni siquiera lo culpa. Ya no ve a su querido hermano, sino a una persona confundida y extraviada.

En medio de su turbio magma de pensamientos, Michiko reconoce la voz de Yuki. La *influencer* acaba de publicar su vídeo del día. Normalmente Michiko se apresura a verlo con Tomoki, pero hoy no tiene ánimos y se queda debajo del edredón. Sin embargo, una palabra la saca de su letargo: le ha parecido oír su nombre. Sin duda es un error, se dice, debe de ser una tocaya, o quizá esté sufriendo una alucinación: esa mañana se siente al borde de la locura. Aun así, acaba incorporándose, intrigada... Estupefacta, descubre su cara en la pantalla. Tomoki sube el sonido: Yuki se solidariza con «la joven embarazada que, tras ser acosada y maltratada por su jefe, ha optado por encerrarse, como acto de resistencia y para expresar alto y claro su protesta». La *influencer* anima a todas las japonesas a apoyarla y a difundir su vídeo: hay que salir de la sombra y dar testimonio, como ha hecho ella, para que la sumisión cese de una vez.

—¡Yo también soy Michiko! ¡Todas somos Michiko! —proclama Yuki para terminar.

Michiko se queda muda. Yuki, la estrella de internet, el ídolo de toda una generación, la mujer libre y triunfadora, famosa por su desparpajo, la pone como ejemplo, a ella, la empleada acosada.

¿Qué milagro se ha obrado? ¿Qué *yōsei* ha actuado? Al cabo de unos minutos hay cientos de comentarios en el vídeo de Yuki. Pronto, miles.

En unas horas, la publicación ha recibido millones de *likes* y ha sido compartida por miles de seguidores y otras *influencers* famosas. El vídeo de Michiko se vuelve viral. Todo el mundo quiere ver la cara de la joven *hikikomori* encinta torturada por su jefe. Aunque el fenómeno del aislamiento voluntario no es nuevo, el «caso Michiko» resulta insólito: su embarazo en reclusión sacude con fuerza a la opinión pública. Los internautas se sublevan contra las empresas que practican la explotación y el acoso, y exigen que el señor Ogita y la señora Kabuki se disculpen públicamente. Algunas cadenas de tiendas amenazan con boicotear la marca si no son despedidos de inmediato.

Durante los días posteriores, los periódicos se hacen eco del asunto. Aparecen artículos en el *Japan Times* y el *Asahi Shimbun*. Una periodista de Nippon TV monta guardia ante la sede de la empresa para intentar entrevistar a directivos y empleados, pero ninguno quiere hacer declaraciones. Una abogada se ofrece a representar gratis a Michiko y llevar a la compañía ante los tribunales. Ella también sufrió acoso durante su embarazo en el prestigioso bufete para el que trabajaba; tuvo dos abortos espontáneos y acabó despidiéndose. Ahora ejerce por su cuenta defendiendo a mujeres víctimas de *matahara*. Todos los años recibe miles de dosieres.

A diferencia del movimiento MeToo, que tuvo poco eco en Japón, donde las víctimas de agresiones sexuales son reacias a hablar de un tema todavía tabú, el caso Michiko cobra fuerza. Reaviva el debate sobre la crisis de la natalidad, que las autoridades parecen incapaces de atajar. Los economistas advierten que está en juego la civilización japonesa. En los platós de televisión, el tema se debate ampliamente. Se recuerdan las aberrantes medidas propuestas por algunos políticos hace unos años: en 2003, el primer ministro sugirió privar del acceso a las ayudas sociales a las mujeres sin hijos para obligarlas a procrear. Un cargo electo de la prefectura de Aichi incluso lanzó la idea de comercializar preservativos perforados para aumentar el número de embarazos (se levantó tal revuelo que se disculpó y propuso en su lugar repartir boniatos, supuestamente afrodisiacos). Se vuelve a emitir un famoso vídeo de la ex ministra entonando «Suéltalo», la canción de La Reina de las Nieves, para animar a sus compatriotas a tener hijos. Se denuncian las prácticas de acoso contra las embarazadas en las empresas, que amenazan su salud física y mental y la de sus bebés. También se critica la falta de plazas de guardería y que la Seguridad Social no cubra el seguimiento del embarazo con la excusa de que esperar un hijo no es una enfermedad. La estancia en la maternidad es cara y resulta inaccesible para los hogares desfavorecidos.

La redactora jefe de un gran periódico publica un artículo muy comentado. Convierte a Michiko en el símbolo del «encierro sufrido por las japonesas bajo el yugo de tradiciones rígidas y patriarcales». Y afirma que cada vez son más las mujeres que encuentran en el aislamiento social el único modo de hacer oír su voz. El síndrome

hikikomori, que afectaba sobre todo a adolescentes, se está extendiendo entre mujeres de todas las edades: un estudio revela que en el archipiélago hay más de seiscientas mil. El fenómeno se ha convertido en un problema social, como la crisis de la natalidad. Si la historia de Michiko desata pasiones, es porque al fin desvela lo que ha estado callado y escondido mucho tiempo.

Alentados por Yuki y otras estrellas de internet, aparecen miles de testimonios. Nunca se había visto algo así, afirman atónitos los observadores. El movimiento YoSoyMichiko parece señalar el comienzo de una nueva era en la que las mujeres se atreven por fin a hablar. Son muchas las que se identifican con la joven empleada, convertida en icono. Los mensajes, que van del simple apoyo a la confesión íntima, no tardan en inundar las cuentas de Michiko. Mujeres de todos los sectores sociales relatan lo que viven en el trabajo y en casa. Denuncian la regla implícita de las tres sumisiones, que predica la obediencia al padre, al hijo y al marido. Rechazan el modelo del hombre dominante, proveedor de ingresos, y el de la mujer confinada en el hogar. Reivindican el derecho a la independencia económica y a vivir según su criterio; quieren que la decisión de dar a luz o de trabajar esté en sus manos. Los *haters* también están alborotados y saturan las redes de insultos machistas. Se ensañan con Michiko, a la que injurian y amenazan de tal modo que acaba cerrando sus cuentas *online*. No importa. Algo está en marcha, una fuerza que la supera y la sorprende.

Ahora que se ha aislado del mundo tiene la sensación de estar más acompañada que nunca. La gente se interesa por su estado, le

pregunta por su bebé... En Facebook incluso se ha creado un grupo para adivinar su sexo y el nombre que le pondrán. La identidad de Michiko es objeto de especulaciones en internet, pero acaba por descubrirse, gracias a ciertas fuentes que la han reconocido en el vídeo. Los periodistas no tardan en averiguar su dirección y la de sus padres en Minami Magome. Uno de ellos se cuela en el edificio haciéndose pasar por repartidor; otro soborna a los vecinos y una mañana incluso llama al timbre. Como muestra de apoyo, la gente del barrio deja delante de la puerta ramos de flores y pastas, o golosinas y juguetes para el bebé. Michiko recibe cantidades ingentes de bombones y una marca de ropa premamá incluso le propone un patrocinio. Aunque conmovida, rechaza todas las ofertas: quiere protegerse de todo el revuelo, por ella y por su bebé.

En su seno, la criatura muestra una vitalidad nueva. Hasta el momento se movía tímidamente, pero ahora quiere que el mundo sepa de su existencia. La barriga de Michiko crece con rapidez. Presa de un apetito insólito, devora la comida que le prepara su madre. Tiene la sensación de que ha cogido más peso en esos últimos días que en los siete primeros meses. El bebé también cobra forma en su mente. Hasta ahora, Michiko, demasiado encerrada en el sufrimiento para concederse ese privilegio, no se había proyectado hacia el futuro. Ahora se sorprende imaginándose a su hijo recién nacido, o con tres años, cinco... Se pregunta a quién se parecerá, cómo sonará su voz, si tendrá algún talento especial. Se da cuenta de lo mucho que se ha alejado de sí misma y de su hijo por culpa del acoso, y se promete no volver a permitir que nadie le robe eso.

Todas las noches, recibe la visita de su marido, que hace un alto en la pastelería para comprarle *wagashi*, como ella se los compraba a Tomoki. Le trae sus favoritos, los de matcha y yuzu, con forma de flor de cerezo. Michiko tiene la sensación de haberse reencontrado con el chico dulce y atento que la conquistó en la universidad. Hablan durante horas. A través de la puerta, Michiko le confiesa las desilusiones, las cosas no dichas, los remordimientos, el abismo de incomprensión que se abrió entre ellos. Daisuke la escucha y parece comprenderla; todavía le cuesta expresar sus sentimientos, pero promete que se esforzará por cambiar. Desde que ella no está, ha reflexionado mucho y empieza a ver las cosas de otro modo. Hasta ha aprendido a preparar los bentos, dice con humor; no son tan buenos como los suyos, pero se las apaña bastante bien, admite sonriendo.

Desde la publicación del vídeo, su madre no da abasto. Ha tenido que abandonar las vasijas para ocuparse de las cartas, los regalos y los numerosos platos que trae la gente del barrio. También recorta los artículos de los periódicos. Incluso se ha abierto cuentas en las redes sociales. Afanada en esas tareas, se le olvida cocinar. Por la tarde, su marido se la encuentra sentada en el salón, viendo las noticias, y empieza a despotricar contra ese maldito movimiento que ha desbarajustado su vida cotidiana: ¡ahora encima tiene que comer lo que traen los vecinos! Pero su madre hace oídos sordos. Esas muestras de simpatía la reconfortan, la reconcilian con el mundo, del que tanto se había alejado. La vida ha vuelto a su hogar.

Hasta Tomoki parece menos decaído. Está más despierto, más atento a lo que pasa a su alrededor. Son progresos inapreciables que sólo percibe y observa Michiko, emocionada. Se siente mal por haber dudado de él. Su querido hermano no ha perdido la cabeza; no la traicionó. Lo que ella interpretó erróneamente como un ataque de locura fue un acto de amor, ahora lo sabe. Cuando otros intentaban reducirla al silencio, Tomoki hizo oír su voz, dio a conocer su sufrimiento. Michiko quiere ver en el gesto de su hermano una reacción, un paso hacia la vida. Un simple clic no tiene el mismo valor que una terapia, pero Michiko siente que la de Tomoki acaba de empezar.

Cuando su embarazo se acerca a término, se produce un fenómeno extraño. En el otro extremo del planeta, una estudiante islandesa exhorta a las mujeres del mundo entero a cesar toda actividad el 8 de marzo para denunciar la violencia que se ejerce contra ellas. En el archipiélago nipón, habitualmente reacio a las huelgas, los recientes acontecimientos inclinan la balanza de la opinión pública. Las periodistas, las *influencers* y las numerosas partidarias del movimiento YoSoyMichiko se movilizan para difundir la información. Como si fueran fichas de dómino, Japón arrastra a otros países asiáticos: Corea del Sur, Tailandia, la India, Malasia... El movimiento no tarda en extenderse por todo el continente.

Por la noche, Michiko ya no sueña con la siniestra Isla de las Muñecas. De hecho, ya no tiene pesadillas. Se ve en la calle, en pleno día, avanzando con la cabeza alta junto a Yuki entre miles de mujeres que, procedentes de su casa o su oficina, caminan en la

misma dirección. Sabe que es una utopía, un sueño un poco disparatado. Pero no le importa; imaginarlo la llena de esperanza y energía. Se siente parte de un movimiento, de una gran cadena de solidaridad, y está orgullosa de participar en ella a su manera. Nadie puede predecir aún si la huelga tendrá éxito. El 8 de marzo se acerca; el final de su embarazo, también. En la habitación de su infancia, acompañada por Tomoki, Michiko se prepara. Nunca volverá a ser un soldadito de sonrisa fija, como tantos miles ahí fuera. Es una *okiagari-koboshi*, una de esas muñecas que vuelven a la posición vertical cuando intentas inclinarlas. «Siete veces en tierra, ocho en pie», dice el proverbio japonés. Ella cayó, pero va a levantarse. Acariciándose la barriga, piensa en la primavera, en los cerezos en flor, en el rostro de su hijo, en las mujeres del mundo entero.

27

Léné

Al día siguiente de la reunión en el patio de la escuela, Hawa recibe la visita de su hermano Toumani. Es el único hombre del pueblo que estuvo presente, el único que la oyó hablar. Las palabras de Hawa lo impresionaron. Ignoraba lo que le habían hecho: cuando su abuela se llevó a Hawa al bosque, él aún era un bebé. A los chicos, no se les cuenta nada, dice. Cuando crecen, no tienen la menor idea de lo que les han hecho a sus hermanas, sus primas, sus amigas, a su futura prometida. No se atreven a hacer preguntas: son «cosas de mujeres», les dicen, y ese argumento les basta. Ahora Toumani tiene una hija, y no quiere que vuelvan a mantenerlo al margen. Ayer, al volver a casa, habló del tema con Khady por primera vez. Desde luego, sabía que su mujer está «cortada», pero no era consciente del dolor que provocaba esa mutilación y menos aún de los riesgos y efectos secundarios. Es de los que piensan que el rito debe cesar y está dispuesto a secundar a Hawa.

Sus palabras la emocionan y la reconfortan. Toumani siempre ha sido su hermano preferido. Se acuerda de cuando era un bebé y lo tenía en sus brazos. De niña, le encantaba cuidarlo. Sólo le llevaba seis años, pero lo quería como una pequeña mamá. Sus amigas

tenían muñecas; ella tenía a Toumani. Cuando Hawa se fue al internado, su hermano aún era niño. Su separación fue desgarradora, pero el lazo que había entre ellos no se rompió. Hawa siente que sigue intacto. Toumani le ha hecho una promesa: ninguna de sus hijas pasará por «eso». Y piensa hablar con los hombres del pueblo para sensibilizarlos sobre el tema.

Su apoyo es fundamental, Hawa lo sabe. La sociedad soninké sigue siendo patriarcal; los padres, los hermanos y los maridos tienen un poder enorme dentro de la comunidad. Si se posicionan contra la ablación, serán escuchados.

Durante los días siguientes, el pueblo es escenario de discusiones tormentosas. En las casas y los patios, en los campos y el mercado no se habla de otra cosa y el tema suscita mucha controversia. La mayoría de las mujeres son partidarias de acabar con las mutilaciones, pero algunos hombres temen que ese paso debilite sus tradiciones y se muestran reacios. Le reprochan a Hawa que hable como los *toubabs*, los «blanquitos», que desprecian sus costumbres y las califican de bárbaras. «Le han blanqueado el cerebro los franceses», dicen. A otros les parece arrogante: «¡Se cree que porque tiene un título universitario puede juzgarnos!» La llaman Bounty, «negra por fuera y blanca por dentro», y la acusan de faltar el respeto a los mayores y de amenazar el orden y las instituciones.

Algunos se encaran con ella en la calle, incluso en el patio de la tita Bah. Una vecina le da muestras de apoyo, mientras que otra la increpa y le espeta que se vuelva a Francia. En medio de la tempestad, Hawa procura mantener la cabeza fría: no cederá ante las intimidaciones.

Pero un día ocurre algo que hace vacilar su determinación. Una tarde recibe una llamada de Khady: a Toumani acaban de darle una paliza. Hawa corre a la casa familiar y encuentra a su hermano con el labio partido y una ceja rota. Le cuenta que dos hombres se han presentado en el taller y le han echado en cara haberse puesto de parte de las mujeres. Él les ha respondido con una de esas «bromas entre primos» habituales entre los vecinos del pueblo. Por lo general, esas puyas amistosas ayudan a rebajar la tensión, pero el tono ha subido rápidamente y las bromas se han transformado en puñetazos. Por suerte, dos artesanos vecinos han intervenido. Al final, los intrusos se han ido por donde habían llegado, pero amenazando con volver para saquear la joyería. Toumani teme que también la emprendan con Khady. Hawa está consternada. En silencio, le desinfecta las heridas a su hermano bajo la mirada reprobadora de su madre, cuyos pensamientos no le cuesta imaginar.

Esa misma noche, ante la olla de cuscús que ha preparado Ma, estalla otra discusión. Moussa y Cissé, sus hermanos mayores, acusan a Hawa de sembrar la discordia en el pueblo: desde que habló a las mujeres, la gente los mira mal y señala a la familia con el dedo. Como aquí todo depende de la reputación, temen que su negocio de aperos agrícolas pague las consecuencias. ¿Qué harán si los campesinos de la región dejan de comprarles? Toumani les reprocha su indiferencia respecto a la ablación, que atribuye a que sólo tienen hijos varones. Lo que está en juego va más allá de su familia, dice elogiando la valentía de Hawa, que ha tenido las agallas de hablar e intenta cambiar las cosas. Las mujeres intervienen en la

discusión: Khady se pone del lado de Toumani; sus cuñadas, del de sus maridos. El ambiente se tensa. Hawa acaba abandonando la casa.

Tras consultarlo con la almohada, Hawa decide ir a hablar con el jefe del pueblo. Como garante del orden en la comunidad, el anciano se encarga de escuchar a los vecinos y arbitrar en los conflictos. Tiene fama de hombre sabio y prudente. Hawa lo visita acompañada de Toumani. El jefe los recibe en su patio, a la sombra de una gran moringa. Tiene ojeras muy marcadas, la piel apergaminada, y la mira con reserva, como corresponde a su cargo. Sentada en una silla de plástico, Hawa le expone su punto de vista sobre la ablación desde su experiencia como médica y, eligiendo las palabras con cuidado, le argumenta por qué defiende el abandono total de la práctica. El jefe la escucha con atención; luego guarda silencio unos segundos. Aunque el ritual no tiene fundamento religioso ni figura en ningún *hadiz*, dice al fin, es una señal de pertenencia a la comunidad. No se cambian siglos de tradición haciendo chasquear los dedos, añade. Por otra parte, el pueblo soninké se extiende mucho más allá de los límites de la aldea, la región y el país; también está presente en Mali, Mauritania, Gambia, Guinea... No le corresponde a él decidir en solitario sobre esa cuestión, que afecta a la identidad misma de su etnia, concluye.

Como ella se temía, el jefe se escuda en la tradición. Hawa tiene la sensación de chocar con un muro que han cimentado siglos de ritos. Quiso convencer a las mujeres de la legitimidad de su causa, pero olvidó que el poder sigue en manos de los hombres, en el seno

de una sociedad muy jerarquizada. Cuando Toumani se dispone a tomar la palabra, sus sobrinos entran despavoridos en el patio.

—¡Fuego, fuego! —gritan señalando una densa humareda a las afueras del pueblo.

¡El humo sale de la casa de la tita Bah!

A Hawa le da un vuelco el corazón y sale corriendo despavorida. Al llegar descubre un espectáculo sobrecogedor: la casa de su tía está en llamas. Mientras los vecinos tratan de sofocarlas, Hawa, presa del pánico, busca a la anciana. «¿Está atrapada dentro?», se pregunta aterrada. Tras varios minutos de angustia, carreras desenfrenadas y gritos, Bah aparece por fin. Estaba en casa de un vecino: por suerte, había salido antes de que se desencadenara el incendio.

Hawa se calma poco a poco. «La tita Bah está sana y salva», se repite para tranquilizarse. Su casa, en cambio, ya no es más que un montón de cenizas humeantes. Milagrosamente, sólo se ha salvado el huerto, con sus hierbas medicinales y sus mangos. Es lo único que cuenta, afirma la anciana, que asegura no sentir apego por nada más. Sólo le importan los seres vivos y las plantas, todo lo demás no es más que vanidad, le gusta decir.

Pese a sus consoladoras palabras, Hawa sigue en shock. Está convencida de que ha sido un incendio intencionado. Los cauris no se equivocaron con su predicción de peligro, se dice. Su lucha contra la ablación ha puesto en peligro a su familia. Creía que su voz sería escuchada, que la suerte de Coumba golpearía las conciencias, pero el pueblo no está preparado para el cambio. ¿Cuánta sangre más tiene que verterse?, se pregunta Hawa. ¿Cuántas niñas y gritos en el

bosque harán falta para que la vida de las mujeres sea respetada de una vez por todas?

Hawa se traslada a la casa familiar para pasar la noche, pero no consigue conciliar el sueño. Ha fracasado; lo único que ha conseguido es sembrar la discordia a su alrededor. Aureolada con sus títulos, ha calculado mal sus fuerzas. ¡Qué presuntuosa! Frente al peso de las tradiciones, ella no representa una amenaza.

Al amanecer, antes de que los demás se despierten, se levanta sin hacer ruido. Recoge las pocas pertenencias que consiguió salvar de las llamas y abandona la casa de puntillas. No se despide de nadie, ni siquiera de la tita Bah y Toumani. No tiene el valor de decirles que regresa a París.

Huir, una vez más: ése es el guión que ha seguido toda su vida. Aquella mañana, en el bosque, huyó de su propio cuerpo. En la adolescencia, huyó de casa y, luego, del país. En Francia, tras su accidente, huyó de la unidad de urgencias para refugiarse en Léné. Ahora que la casa de su tía se ha incendiado, no le queda ningún sitio en el que esconderse. Se siente como un árbol en medio del desierto, sin recursos, sin esperanza. Sola, como lo ha estado siempre. En la tierra de su infancia, quería reconciliarse con su historia, juntar las piezas de su identidad fragmentada, pero se siente más mutilada e incompleta que a su llegada.

En el asiento trasero del mototaxi que corre hacia el aeropuerto, vuelve a pensar en Kwamé. Cuando fue a buscar a Coumba para

llevarla de nuevo al pueblo, él le propuso que se quedara.

—El profesor Diallo quiere hablar contigo —le dijo —. Necesita médicos.

Hawa se limitó a darle las gracias y se marchó. A veces se imagina que trabaja aquí, con él, y que después de las guardias se encuentran en Papa Samba, como antaño. Vanas quimeras que se estrellan contra la amarga realidad. Kwamé es un hombre casado y con hijos, un hombre leal y recto. Hawa lo sabe; lo amaba por eso. No puede esperar nada de él; nada, salvo quizá esa sonrisa que la reconforta cuando tiene frío y le devuelve las ganas de creer en la vida.

Se arrepiente de no haberle contado su secreto en la facultad, de no haberse abierto a él. Juntos tal vez habrían encontrado los gestos que apaciguan y tranquilizan. Hay tantos caminos que llevan al placer, tantos caminos hacia la sensualidad, tantas maneras de entregarse al otro, se dice Hawa. Le gustaría sacárselo de la cabeza: su historia se acabó. Se acabó aquí, en este aeropuerto demasiado grande al que acaba de llegar para huir una vez más, como ha hecho siempre.

Pese a la hora, el vestíbulo de salidas está abarrotado. Hawa se pregunta adónde van todas estas personas y qué vida les espera. La suya es un abismo en el que no se ve el fondo. Su avión aterrizará en una pista helada a miles de kilómetros de aquí. Ante esa perspectiva, Hawa está tentada de volver sobre sus pasos, pero no sabe adónde ir. Su malestar la seguirá allí adonde vaya, como una maleta demasiado pesada llena de fantasmas del pasado.

Cuando está esperando delante del mostrador de facturación, le suena el móvil. Contesta Moïra, inusualmente excitada.

—Aquí se está gestando algo, algo inaudito...

En París aún no es de día. Moïra y Florence han estado toda la noche pegando carteles con otras feministas. Ellas les han hablado de un gran proyecto.

—Una huelga de mujeres a escala mundial —dice al final.

El movimiento, impulsado por una estudiante universitaria islandesa, se está extendiendo por Europa y el resto de los continentes. En África le está costando encontrar portavoces. Las mujeres africanas se niegan a sumarse a las occidentales alegando que sus luchas son distintas. Moïra y sus amigas la necesitan: le piden que se movilice con ellas.

En la cola, Hawa se siente incómoda; no tiene tiempo, energía, ni disponibilidad para comprometerse. Está a punto de subir a un avión para regresar a París, le responde a su amiga. Ya hablarán de este asunto más adelante, añade antes de colgar.

Mientras pasa los controles de seguridad, piensa que las feministas africanas tienen razón: sus luchas son específicas. A las mujeres blancas no las mutilan, se dice, ellas no gritan en el bosque. Y bastante tiene ella con su propio sufrimiento para embarcarse en un proyecto así. De todas formas, aquí nadie la escucharía: tristemente, lo ha podido confirmar estos días. Su palabra no tiene peso.

De pronto, al llegar a la sala de embarque, le asalta la imagen de Leymah Gbowee, la liberiana que estudió en el instituto. En 2003,

harta de que la guerra asolara su país y matara a sus hijos, Leymah, una madre de familia de origen humilde, puso en marcha un gran movimiento, una huelga de mujeres que tuvo una enorme repercusión en los medios. Su iniciativa, seguida de forma muy amplia, acabó conduciendo a los acuerdos de paz. Leymah no era una personalidad del mundo de la política ni una mujer culta o influyente. No tenía ningún prestigio, ninguna relación de alto nivel. Sin embargo, triunfó donde muchos otros habían fracasado, con la sola fuerza de su valentía y su determinación. Años más tarde, obtuvo el reconocimiento internacional al recibir el Premio Nobel de la Paz en 2011.

No es un caso aislado, Hawa lo sabe: en 2008, en Kenia, la Organización para el Desarrollo de las Mujeres, ante el enquistamiento de la crisis política entre el presidente y el primer ministro, que ya no se hablaban, llamó a una «huelga de sexo». Gracias a esa iniciativa, el diálogo se reabrió. En 2012, en Togo, unas ciudadanas se declararon en huelga para exigir la marcha del presidente Gnassingbé. En todas las épocas, las africanas han luchado para hacerse oír, se dice Hawa. En ese instante, siente un escalofrío: imagina una huelga de mujeres contra la ablación. Una huelga de madres, abuelas, tías, hermanas, primas. Una huelga de las circuncisoras para cambiar la tradición.

Desde luego, ya existen iniciativas en casi todas las regiones del continente, donde actúan numerosas asociaciones. En febrero se creó una jornada de lucha contra la mutilación genital durante la que se celebraron conferencias y mesas redondas. Sin embargo, estos actos tienen lugar en las grandes ciudades y muy poco impacto en

los pueblos, donde el ritual perdura. Las cifras de Unicef son alarmantes: en el horizonte de 2030, una niña de cada tres podría verse afectada.

No cabe duda de que una llamada a la huelga contra la ablación sería un acontecimiento histórico. Cada día se mutila en suelo africano a seis mil niñas: una única jornada sin cuchillo salvaría a seis mil niñas, se dice Hawa. Puede parecer insignificante a escala mundial, pero sería un paso enorme, además de un símbolo potente y un mensaje enviado al mundo entero.

Tiene que llamar a Moïra. Hawa no se conformará con sumarse a la huelga, iniciará su propio movimiento, para hacer sonar alta y clara la voz de las africanas. Como médica, sabe que el sufrimiento no tiene color, raza ni religión. Empieza a soñar con una alianza entre África, Oriente y Occidente y un mundo al fin reconciliado.

Recuerda la predicción de la tita Bah: «Se te tenderá una mano desde un lugar y de una persona que no conoces.» Hoy Hawa quiere coger esa mano. No olvidará lo que la hirió. No sabe si conseguirá curar su herida, pero se promete que lo intentará. No escogemos de dónde venimos, pero podemos decidir adónde vamos, piensa Hawa volviendo sobre sus pasos. Esta mañana no subirá al avión, no huirá una vez más. Se quedará aquí, con los suyos, y luchará por ellos, con ellos. Se incorporará al hospital y trabajará con Kwamé; juntos movilizarán a los demás médicos, llamarán la atención de los medios. Puede que nunca sean amantes, pero serán amigos y aliados, como dos soldados de un mismo ejército.

La ablación la cercenó, la separó de sí misma, pero Hawa va a reconstruirse. Quiere ser el último eslabón de una larga cadena de mujeres mutiladas. El eslabón que va a cambiar la tradición.

Al pensarlo, Hawa se siente poseída por una fuerza nueva. Se creía frágil e incompleta, pero ahora se da cuenta de que es poderosa y de que además es rica, por todos los lugares que ha recorrido y todas las personas a las que ha conocido y querido. Es de Léné, de Dakar y de Bobigny; es de la ciudad y del bosque. Es Toumani, Coumba y Moïra, Kwamé y la tita Bah. Es todas las niñas a las que conseguirá salvar y liberar gracias a este impulso solidario. En este preciso instante, tiene la sensación de que acaba de encontrarse a sí misma. Ella es ella; Hawa, al fin. Unida, reconstruida.

28

San José

Al ver a la encargada ante su puerta, Ana María se queda de piedra. Pero sí, es ella, la mujer que la vigila en el taller desde hace tantos años, una mujer a la que odia y teme. Sin embargo, parece distinta; no mira con la severidad de siempre. Pese a la oscuridad, Ana María ve que tiene los ojos enrojecidos... Diría que ha llorado. La encargada le pide disculpas por molestarla a esas horas y aclara que ha encontrado su dirección buscando en el despacho del gerente. Lo ha hecho a escondidas; él no está al corriente de su visita.

Ana María tarda unos instantes en reaccionar. «¿Qué hace aquí esta mujer?», se pregunta. ¿Ha venido a amenazarla? ¿Quiere tenderle una trampa? ¿Con qué fin? ¿No le basta con haberle mandado al vigilante? Al decidir cerrar la fábrica, el gerente ha encontrado la forma de hacerla callar definitivamente. ¿Por qué manda a alguien a atormentarla?

Duda, pero acaba dejándola entrar. Para no molestar a Marcia, que duerme en el salón, la lleva hasta la cocina. Sin saber muy bien por qué, por educación o por costumbre, le ofrece una taza de café, que la encargada acepta con toda naturalidad. Se la bebe de un

trago y se lanza a hablar. Le asegura que ignoraba las intenciones del gerente, aunque de un tiempo a esta parte sospechaba que tramaba algo. Pero no imaginaba ni remotamente que se proponía cerrar la fábrica. Debido a su relación con él —en este punto, baja los ojos, incómoda —, no desconfió. Ahora, despedida como las demás, se siente traicionada. Aunque no era tan ingenua como para creer que dejaría a su mujer, pensaba que al menos se ocuparía de ella, pero ahora sabe que no moverá un dedo para ayudarla. Él y los suyos están bien cubiertos: pertenecen al clan de los Salaverría, una de las catorce familias más ricas del país. Y les trae sin cuidado lo que les pase a ella y a sus empleadas.

Ana María hace un gesto de impaciencia. No le interesan ni la vida de la encargada ni su aventura con el gerente. Al fin y al cabo, es la clásica relación de dependencia y sometimiento que se perpetúa desde hace siglos en todas las sociedades. Cuando está a punto de interrumpirla, la encargada entra en materia: puede que la batalla no esté perdida. Puede que aún tengan un as en la manga.

Acto seguido le habla del gran proyecto que están gestando mujeres de todos los continentes. Una huelga inédita, a escala mundial.

La iniciativa partió de un país del Norte, explica la encargada, pero poco a poco se ha extendido por Europa, Asia y ahora Latinoamérica. En todas partes, mujeres de todas las razas, culturas y clases sociales, se están movilizando. En la India y en Corea, las obreras amenazan con dejar de trabajar en las fábricas a partir del 8 de marzo por tiempo indefinido. Hay que sumarse al movimiento, insiste; si la huelga se sigue en las maquilas de la región y los países vecinos, puede que su voz sea escuchada. Ya no se trata de una

reivindicación local, añade, sino de una lucha mucho más amplia e importante, a la que todas pueden contribuir.

Ana María la escucha, sin dar crédito, mientras le sirve otro café. A pesar de su recelo, la deja continuar. Todas deberían asumir un papel, prosigue la encargada, ella conoce a los supervisores de los talleres de la zona franca y puede ocuparse de contactarlos. En cambio, para convencer a las trabajadoras, la necesita a ella. Estas últimas semanas les ha demostrado su valentía y su determinación. Han hecho todo lo posible por intimidarla, pero ella no ha arrojado la toalla y su proyecto del sindicato ha convencido a casi todas las empleadas.

—Tenemos que unir fuerzas —dice —. Ante la amenaza de deslocalización, sólo puede salvarnos una huelga a gran escala.

Ana María aún se queda despierta un buen rato después de que la encargada se haya ido. Se pregunta si no lo ha soñado todo. Esta mujer, que sólo le inspiraba terror, ha ido a verla para pedirle que se comprometa a luchar a su lado. En el peor momento, cuando estaba a punto de tirar la toalla, parece asomar en el horizonte un rayo de esperanza. Por descabellada que parezca su idea, la encargada tiene razón: la huelga de las mujeres es una oportunidad, se dice, un regalo de la Providencia.

Puede que no sea demasiado tarde, piensa Ana María. Puede que haya esperanza para la fábrica. Puede que también la haya para ella. Recuerda la confianza con la que miraba al futuro cuando era joven. Luego, pasaron los años, y las duras jornadas de trabajo ahogaron sus deseos, sus anhelos. Pero, pese a las dificultades, sigue aquí. Sigue viva. Con Enrique su cuerpo ha despertado, y ella ha

recuperado emociones que creía sepultadas para siempre. En la maquila se ha visto derrotada, pero la batalla aún no ha terminado.

Al día siguiente, en el taller, Ana María se sube a su silla ante los ojos atónitos de sus compañeras. Desde allí arriba ve el hangar de otra manera: durante veinticinco años ha permanecido sentada, con la espalda encorvada. Ahora, erguida, se siente asombrosamente ligera y liberada. En voz alta y clara, por encima del estruendo de las máquinas, se dirige a las costureras, que dejan de trabajar para escucharla. Les habla de la gran huelga mundial, de la solidaridad entre mujeres más allá de las fronteras, de una acción que podría salvarlas. No muy lejos, en uno de los pasillos, la encargada la observa en silencio. En otras circunstancias habría corrido para obligarla a callar y a sentarse, pero ahora la mira llena de esperanza. Por primera vez en su vida, Ana María se siente poderosa. No era más que un pequeño eslabón de la cadena, ínfimo e irrisorio, pero se ha soltado de golpe. Ya no teme al gerente y sus esbirros; ya no le teme a nada.

Su anuncio provoca oleadas de entusiasmo. Los siguientes días, la llamada a la huelga se extiende como un reguero de pólvora por las maquilas de la zona franca. En todas partes, empieza a organizarse la insurrección. Se celebran reuniones hasta altas horas de la noche en las casas de las trabajadoras. Se redactan y distribuyen octavillas, se lanzan llamamientos en las redes sociales, de las que pronto se hacen eco los periódicos. Las obreras de la fábrica vecina, especializada en el montaje de altavoces, se apoderan del material para difundir la información con la complicidad de los supervisores.

Ana María y sus amigas no paran. Por el día siguen trabajando en la fábrica; por la noche, se transforman en guerrilleras, aguantando despiertas a base de café. La «insurrección del algodón», originada en la maquila, se está convirtiendo en una gigantesca ola de protesta.

Inquieto, el gerente decide reunir a sus colegas del sector. Ante la inminencia del 8 de marzo, todos temen que la situación se descontrole. Además del preaviso de huelga, las trabajadoras les han comunicado que ocuparán las instalaciones y se encadenarán a las máquinas si intentan desalojarlas. Por su parte, los patronos amenazan con recurrir a las fuerzas del orden para contrarrestar la rebelión.

Una tarde, al salir de la fábrica, un periodista aborda a Ana María, convertida ya en una de las figuras centrales del movimiento. Con voz firme, la costurera anuncia la próxima ocupación de la zona franca. No sabe cuánto durará la movilización, pero asegura que ella y sus compañeras resistirán hasta que sus reivindicaciones sean escuchadas. Hay que replantearse el sistema de las maquilas, dice; hace demasiado tiempo que reclaman negociaciones. La llamada a la huelga se ha propagado por los países vecinos, pero también por Asia, la India y Corea. Habla en nombre de todas las mujeres que se dejan la salud trabajando en fábricas de todo el mundo por sueldos miserables y en condiciones que ningún hombre ni ningún sindicato toleraría.

Ana María está sorprendida de su propia audacia ante la cámara. Nada hacía presagiar que se convertiría en una líder, una

«comandanta». No era más que una obrera explotada, pero se está convirtiendo en una mujer libre que se atreve a alzar la voz con el puño en alto.

Esa noche, al ver la cara de Ana María en la televisión, Marcia se queda boquiabierta: ¡nunca habría imaginado que un día su hija saldría en las noticias! Aunque la angustia la atenaza de inmediato, predomina un sentimiento de orgullo.

Berta, la abogada, también se moviliza. Denuncia públicamente la inacción de la justicia y redacta una petición de amnistía que presenta ante la Asamblea. Hasta hace poco, el clima no era favorable a la causa de las mujeres, dice, pero los tiempos están cambiando. Quiere aprovechar la huelga para que los diputados se fijen en el caso de Esperanza y de todas las mujeres que han sido injustamente condenadas y se pudren en las cárceles del Estado. Asociaciones como la suya llevan años reclamando que se modifique la ley. En Uruguay, Argentina y, más recientemente, Colombia, las mujeres han conquistado el derecho al aborto. A Berta no le cabe duda de que las salvadoreñas también lo obtendrán. Será una lucha larga, pero ya no están solas: tienen a las mujeres del mundo entero a su lado.

Como Berta, Ana María quiere creer en esa gran cadena de solidaridad. Con la mirada puesta en el 8 de marzo, se prepara para la lucha. Ella y sus compañeras van a deshacer la historia para volver a tejer una trama más justa e igualitaria. Está convencida de que de su indignación nacerá un mundo nuevo.

29

Tokio

El sol lanza sus primeros rayos sobre el archipiélago nipón. Es la mañana del 8 de marzo. Michiko abre los ojos: el bebé le da patadas, como si quisiera despertarla. Ahora, a punto de salir de cuentas, Michiko nota cada ínfimo cambio de la vida que crece en su interior, y se sorprende a sí misma disfrutando de esa coexistencia. Le gusta mucho ponerse las manos encima de la barriga y notar los movimientos del bebé, que parece sentir su presencia y le responde.

A veces, Michiko piensa que su hermano y su pequeño se parecen: los dos viven en una burbuja, protegidos de las amenazas y los tormentos del mundo.

Tomoki ya está despierto. En la pantalla de su ordenador se suceden las imágenes: miles de mujeres marchando por las calles de Tokio. En Shibuya, en Shinjuku, en Jinbōchō, saliendo de los edificios, las casas, las tiendas y las oficinas, tomando las avenidas.

Lo mismo ocurre en Osaka, Kobe, Kioto y Yokohama. La movilización se propaga por todo Japón. Michiko contempla las imágenes sin dar crédito. Una inmensa ola de mujeres recorre el archipiélago y lo cubre como una marea.

Tomoki sube el sonido. El periodista habla de un movimiento inédito en Japón cuyo alcance aún es difícil de evaluar, pero que algunos califican ya de histórico.

Michiko permanece inmóvil ante la pantalla, conmocionada. En la mirada de Tomoki se percibe emoción y orgullo, como si acabara de ganar una pequeña batalla contra la oscuridad del mundo. No dice nada, pero sonríe. Y para Michiko esa sonrisa vale más que todas las palabras no dichas en los últimos tres años y que ahora parecen estar resonando entre ellos.

En la calle se oye un clamor. Intrigada, Michiko abre el balcón y, al empujar los postigos, descubre una concentración al pie del edificio: las vecinas del barrio se han acercado a saludarla. Algunas agitan con orgullo banderines con el lema « YoSoyMichiko». En los últimos meses, Michiko se ha convertido en un símbolo para las mujeres de todo el país; su nombre encarna por sí solo sus reivindicaciones y su protesta.

Ante aquella muestra de entusiasmo, Michiko vacila. Lleva semanas negándose a aparecer en público, ignorando solicitudes de entrevistas y peticiones de todo tipo, pero hoy siente que debe formar parte de esa gran cadena de solidaridad. Ante la mirada sorprendida de Tomoki, se pone un jersey de su hermano —hace tiempo que su ropa no le cabe — y abre los postigos de par en par. Moviéndose despacio debido a su barriga prominente, sale al balcón. La luz de la mañana la deslumbra; hace un día espléndido de primavera. Michiko disfruta de la caricia del sol. Mientras se acerca a la barandilla y las mujeres de la calle corean su nombre, siente un

impulso. Se vuelve hacia Tomoki y, mirándolo a los ojos, le tiende la mano, como hacía en la isla de Nokono cuando eran niños. Entonces, a su hermanito le daba miedo saltar al océano. Ahora lo que le asusta es el mundo entero. Sin embargo, por primera vez en mucho tiempo, Michiko tiene la sensación de que ese mundo les ofrece un rostro acogedor.

Tomoki duda unos instantes... Luego se levanta lentamente. Como un cervatillo recién nacido, tiembla un poco. Da un paso inseguro hacia su hermana. Es un pasito de nada, pero a la vez es un paso de gigante. Michiko le sonríe para animarlo, mientras él cruza el umbral del balcón a cámara lenta, como si sus huesos amenazaran con romperse. Michiko lo mira emocionada: lo vio nacer, crecer y venirse abajo, y ahora lo ve levantarse. Ha esperado tanto, deseado tanto este momento... Otro paso, y está ahí fuera, a su lado. Pálido como el papel, escuálido y con los ojos cerrados, heridos por la luz del sol, pero está ahí, entero. Quiere abrazar a Michiko, decirle que está orgullosa de él, que nunca dudó de que conseguiría salir adelante... Pero suelta un grito. Nota un líquido caliente que le resbala por las piernas y ve aparecer un charquito entre sus pies. Las contracciones, que al principio ha confundido con golpes del bebé, se intensifican. Atónita, mira a Tomoki, tan sorprendido como ella.

Su madre está en el salón, viendo las noticias en la tele. Como todas las mañanas, ha dejado una bandeja delante de la puerta de sus hijos con una ración doble de arroz, soja, té verde y fruta. Ha añadido un cuenco de caldo con tofu, verduras y huevo porque sabe que a Michiko le encanta. Al acercarse la fecha del parto, el apetito de su hija se ha duplicado, y no quiere que les falte nada ni a ella ni

al bebé. Quizá por mimetismo, a Tomoki también le ha dado por comer más: los cuencos que antes dejaba medio llenos, ahora vuelven vacíos. Ella lo interpreta como una señal de que su hijo está recuperando la energía. Así como otros leen en las conchas, las cartas o los posos del café, ella ha aprendido a leer en las sobras de su hijo *hikikomori*.

Su madre está viendo las imágenes de la multitud que desfila por las calles de Tokio cuando un ruido le hace dar un respingo. La puerta de la habitación acaba de abrirse. Michiko aparece la primera, doblada sobre su barriga dolorida. Detrás de ella, Tomoki la sostiene con torpeza, pero también con determinación.

Su madre se queda boquiabierta. Hace tanto tiempo que no ha visto el rostro de su hijo, tanto tiempo que vive cerca de él sin poder hablarle ni tocarlo, que no puede creerse lo que ven sus ojos. Pero ahí están Tomoki y su hermana, que está a punto de dar a luz.

—Nos vamos a la maternidad —le dice su hijo rompiendo el silencio de estos últimos tres años, diez meses y dos días, para ser exactos, un silencio que su madre ha llegado a pensar que nunca acabaría.

Incapaz de reaccionar, ve a sus hijos cruzar el salón en dirección a la puerta de entrada.

En el taxi que se abre camino hacia la maternidad entre la muchedumbre, Michiko observa las calles, ocupadas por miles de mujeres que han salido a manifestarse. A su lado, Tomoki contempla con los ojos como platos el espectáculo de la vida de la que huyó y que ahora vuelve a él en forma de explosión de sonidos, imágenes y

luz. Delante de ellos, la multitud se aparta para dejarlos pasar. Cuando la frecuencia de las contracciones aumenta, Michiko agarra la mano de su hermano, le tiende su móvil y le pide que llame a su marido.

Cuando suena el móvil, Daisuke está en medio de una reunión. Al ver el número de su mujer, se sobresalta. Responde de inmediato. Sorprendido al oír la voz de su cuñado, les hace un gesto a sus colaboradores y abandona la sala a toda prisa. Baja corriendo a la calle, donde se agolpa una muchedumbre de mujeres. En el corazón del distrito financiero, la circulación está detenida. Daisuke se dirige a la estación de metro zigzagueando entre las manifestantes, como un salmón que remonta la corriente.

Michiko ya está en plena labor de parto en el paritorio. Empapada en sudor, jadeando, mira el reloj de la pared. Daisuke no ha llegado. La comadrona le insta a que empuje, pero ella niega con la cabeza. Quiere esperar a su marido, compartir ese momento con él. El obstetra no le deja elección: el momento es ahora, ya está viendo al bebé. Michiko se echa a temblar; tiene miedo, no puede hacerlo. Entonces piensa en todas las mujeres que, desde la noche de los tiempos, han traído hijos al mundo en los cinco continentes. Siente que están allí, a su lado, para acompañarla y guiarla. En ellas encuentra la fuerza que le faltaba. Respira hondo y, olvidando las normas de silencio y discreción que le han impuesto desde que era pequeña, suelta un grito descomunal, con más fuerza que *Retsuko*, con más libertad que Yuki, un grito que hace temblar los cristales de

la maternidad, resuena en las calles de Tokio y se oye en el mundo entero.

Daisuke llega justo a tiempo para cogerle la mano. Algunos instantes después, se oye el llanto de un recién nacido.

—¡Es una niña! —anuncia el obstetra.

Michiko y Daisuke se miran conmovidos. Esa mañana de primavera se han convertido en una familia, en los padres maravillados de una criatura milagrosa.

Cuando su madre llega a la maternidad, se encuentra a Tomoki esperando en el pasillo. Se acerca a él, pero está demasiado emocionada para hablar. Lo mira como si fuera un tesoro que creía perdido para siempre. Le acaricia con ternura la cara y el pelo. Es un milagro, se dice. Tomoki ha salido a la calle. Ha abandonado la habitación por voluntad propia; ha elegido la vida. Por supuesto, es consciente de que a su hijo le queda un largo camino por delante, pero, en un día como éste, confía en su recuperación. La invade una inmensa esperanza.

Con Daisuke sentado a su lado, Michiko contempla las diminutas manos de su bebé, sus deditos, la cara que tantas veces se había imaginado. Está exhausta por el esfuerzo del parto, pero también llena de una energía inaudita, como si hoy hubiera nacido de nuevo. Como si su hija le hubiera devuelto la vida.

Jamás volverá a ser una niñita buena, una empleada dócil, un buen soldadito, una de esas figuritas de sonrisa inmutable. Será una

madre feliz, una esposa realizada, una mujer nueva que ha conquistado su lugar en el mundo y luchará para conservarlo.

«Mi hija ha nacido un 8 de marzo —se repite con satisfacción —. Tendrá carácter. No bajará la mirada ante nadie, no se esconderá para llorar, no se sonrojará cuando ría. Será libre para decidir si quiere ser madre, llevar deportivas, usar gafas, trabajar o quedarse en casa.»

Con su pequeña en brazos, Michiko sonríe. Ha empezado una nueva era, piensa. El tiempo de la sumisión ha terminado.

30

Reikiavik

El sol aún no ha salido cuando el móvil de Katla empieza a vibrar en la mesilla de noche. Le cuesta abrir los ojos: se durmió tarde, tan excitada como asustada ante la idea de enfrentarse a la jornada de hoy. Porque es hoy, se dice. Ha llegado el día.

Las dudas y la angustia la asaltan de inmediato. ¿Tendrá éxito la huelga? ¿Triunfará el movimiento fuera del país? ¿Responderán las mujeres a su llamada? Le da miedo decepcionar a Amma y sus amigas, decepcionar a las miembros del comité, a todas las personas que la han seguido. Le da miedo decepcionar al mundo entero.

Pero, sobre todo, teme decepcionar a Soffía. Esta huelga es el proyecto más grande que ha concebido Katla hasta la fecha. Un proyecto nacido de su pena, de su cólera, alimentado por la utopía y el amor. Durante meses, ha trabajado a destajo, multiplicando las charlas, las reuniones, las entrevistas, los viajes... En este pequeño país, se ha convertido en cuestión de semanas en una personalidad a la que se reconoce en la calle, a la que se felicita... y a veces se insulta. Más expuesta de lo que imaginaba, ha tenido que aprender a parar los golpes, encajarlos o ignorarlos.

Sea cual sea el balance de la jornada, se dice Katla, tendrá que asumirlo, aceptar el fracaso o el éxito. El móvil, que vuelve a vibrar, interrumpe sus pensamientos. Se levanta procurando no despertar a Gústaf, que duerme a su lado. En los últimos tiempos, se han acercado mucho. Aunque Katla nunca habla de sentimientos, tiene que reconocer que, entre ellos, hay una química misteriosa, un entendimiento secreto de sus cuerpos que Katla no se cansa de explorar, noche tras noche.

Contesta la llamada. Es Amma, desde Vík. Se ha levantado muy pronto. Bajo el vestido de lana, se ha puesto un par de medias rojas nuevas tejidas para la ocasión. Está preparando sándwiches de jamón de cordero ahumado antes de coger el autobús para Reikiavik, donde tendrá lugar la manifestación.

—Pon la tele —le dice a su nieta.

Todavía adormilada, Katla recorre los pocos pasos que la separan del salón. Coge el mando y, al ver las imágenes en la pantalla, se queda atónita: en Japón, una auténtica avalancha de mujeres marcha por las calles de las ciudades. Con varias horas de adelanto sobre Occidente, el país del Sol Naciente es el primero en iniciar la huelga, explica la periodista. Sólo en Tokio ya se cuentan por miles, quizá por millones. Siguiendo el ejemplo del archipiélago, también han comenzado las manifestaciones en Corea del Sur, Tailandia, Vietnam, Malasia, Filipinas e Indonesia. En las redes sociales, en la radio, en la televisión, se habla de un movimiento de unas dimensiones nunca vistas, de un verdadero tsunami.

El mismo impulso se observa en la India, Rusia, Grecia, Oriente Medio y Europa del Este, continúa la presentadora antes de ceder la

palabra a los corresponsales. En el continente africano, explica el primero, la movilización se ha centrado en la abolición de la mutilación genital. La iniciativa partió de un grupo de médicos de Dakar y, poco a poco, se ha extendido a los países donde sigue practicándose la ablación. El movimiento se propaga ya hacia el Cuerno de África —Somalia, Etiopía, Eritrea y Yibuti —, donde la prevalencia de estas mutilaciones continúa siendo elevada. Aún es pronto para saber si el resto del mundo se sumará, concluye. En Occidente el sol apenas acaba de salir y, al otro lado del océano, todavía es de noche.

Katla no sale de su asombro. En todo el mundo, mujeres de todas las culturas y tradiciones han respondido a su llamada. Ignora qué razones las han llevado a movilizarse y qué sufrimientos han soportado, pero en estos momentos se siente unida a ellas, como si todas pertenecieran a una misma nación, a una misma comunidad, a un mismo ejército que lucha por la causa feminista.

Se viste a toda prisa y se reúne con las componentes del comité. En la sala que les sirve de cuartel general, hay una actividad febril. Les llegan miles de mensajes de apoyo a través de los teléfonos y las redes sociales. Les han comunicado que el tráfico aéreo está paralizado. Los comercios, bancos, restaurantes, escuelas y supermercados han cerrado sus puertas. En los hospitales y los medios de comunicación, movilizados para transmitir los momentos más señalados de la jornada, se han fijado servicios mínimos.

Desde la colina de Arnarhóll, a la que llegan a última hora de la mañana, se puede ver que la manifestación se extiende hasta donde alcanza la vista. Katla está impresionada: son decenas de miles de mujeres de todos los rincones del país, de todas las clases sociales y de todas las generaciones. Llegan en grupo, en familia, solas o con una amiga... Ante la perspectiva de subir al estrado instalado junto a la estatua del vikingo, Katla siente una punzada de vértigo. Tiene miedo escénico, pero no tiembla. Sabe que su sitio está ahí, en el corazón de este inmenso movimiento. Amma está en primera fila, acompañada por Gudrún, Lilja, Sigrún, Vilborg, Hildur, Erla y todas las demás: las Rauðsokkur, casi al completo. Amma apenas puede ocultar su emoción. Vuelve a verse con sus amigas en ese mismo sitio hace cincuenta años. El tiempo ha hecho mella en sus rostros pero no en sus convicciones. Al ver la pasión y determinación de su nieta, se siente orgullosa: el relevo está asegurado. Como en la leyenda, la cólera de Katla ha desencadenado una erupción y provocado un maremoto.

Amma piensa en Laki, el volcán islandés considerado el causante de la Revolución francesa. En 1783, las cenizas y los gases proyectados por su erupción formaron una nube tan enorme que toda Europa se vio afectada. Ese invierno las temperaturas cayeron en picado y las lluvias torrenciales destruyeron las cosechas, provocando una oleada de hambrunas. Curiosamente, en Japón el volcán Asama entró en erupción de forma casi simultánea y con efectos similares. Los dos volcanes cambiaron el curso de la historia, pero durante mucho tiempo su repercusión pasó inadvertida. Amma confía en que ocurra lo mismo con la huelga: ha llegado la hora de reinventar el mundo.

Frente a la multitud, Katla toma el micrófono. Con voz firme, cita a Helvi Sipilä, la diplomática finlandesa que fue subsecretaria general de la ONU y que en 1975 declaró: «Si llega el día en que las mujeres se unen por el bien y el interés de todos, no habrá nada en el mundo que pueda detenerlas.»

Como Aðalheiður Bjarnfreðsdóttir, la obrera que pronunció aquel discurso tan impactante en 1975, Katla prosigue su intervención sin notas. En la inmensa explanada se hace el silencio. Su presencia y carisma se imponen, como si de ella emanara una luz, un aura, como habría dicho Soffía, que siempre estaba pensando en lo sobrenatural. Cuando Katla habla, todas escuchan. Todas la miran.

Sobre el escenario, Katla tiene la sensación de que toda su vida converge en ese momento. Esto no es sólo un logro, sino el inicio de un proyecto mucho más ambicioso. Una parte de ella murió con Soffía; otra está naciendo aquí, delante de esa audiencia que la aclama y la aplaude. De pronto, lo ve claro. Pensaba que su vida estaría consagrada a la investigación, pero acaba de descubrir el camino de la política. Protestar ya no le parece suficiente. Quiere actuar, transformar las cosas, poner su energía al servicio de sus ideas. Hará frente a la paradoja nórdica y a todas las violencias que atacan y matan a las mujeres de su país. Hay que atajar los males que corroen la sociedad, convertir la educación en la prioridad absoluta, como quería Soffía. En ese momento, recuerda lo que le dijo cuando eran niñas: «Un día serás presidenta.» Katla no sabe si el presagio se hará realidad, pero es la primera vez que piensa en ello conscientemente.

Tal vez sea el último regalo de Soffía, se dice, y el más hermoso con diferencia. Desde allá arriba le revela su vocación y le muestra el camino. Da igual que su nombre haya desaparecido de los muros del viejo cine, da igual que la pulsera de lana se rompiera; Katla siempre la llevará con ella. En un trozo de papel, ha escrito una frase de *Adviento en la montaña*, de Gunnar Gunnarsson, su novela favorita: «Si el hombre tiene alguna misión, quizá no sea otra que buscarle un sentido a lo que no lo tiene, negándose a arrojar la toalla, luchando contra su destino e incluso contra la muerte, hasta que lo alcance y le atraviese el corazón definitivamente.»

Promete no rendirse nunca. Mañana llevará flores a la tumba de Soffía. Ahora tiene el valor para hacerlo. Cuando se une a la manifestación, no puede dejar de pensar en ella. Todavía no sabe adónde la llevará esta aventura ni el rumbo que tomará su vida, pero de algo está segura: Soffía la acompañará allí adonde vaya.

31

Léné

Hawa se despierta con el primer canto de los pájaros. Aún es muy temprano, pero el calor ya se deja sentir. Marzo será especialmente caluroso, según las previsiones. La tita Bah todavía duerme. Hawa se levanta sigilosamente para hacer el desayuno. La casita rodeada de mangos ha sido reconstruida gracias a la ayuda de toda la comunidad. La nueva vivienda es tan humilde como la anterior, pero tiene más comodidades y muebles nuevos, que Hawa le ha regalado a su tía.

Con una taza de café en la mano, se sienta en el patio. Le gusta esa primera hora de la mañana, cuando la naturaleza despierta y cobra vida a través de miles de seres invisibles. No es silencio, sino una calma intensa y vibrante, sin equivalente en Occidente, que Hawa saborea como un instante de paz robado a la locura y al ruido de los hombres.

Hawa piensa en la jornada que tiene por delante. Junto a Kwamé ha organizado una gran marcha contra la mutilación genital que marcará el inicio de la huelga. Aunque la iniciativa no cuenta con el apoyo unánime del pueblo, la mayoría de las mujeres participará.

Estas últimas semanas Hawa ha visitado las aldeas de los alrededores para persuadir a las circuncisoras de la casta de los herreros de que dejen el cuchillo. Muchas están dispuestas a hacerlo, siempre que puedan aprender otro oficio. Hawa está elaborando un programa de formación, dirigido por una comadrona y una enfermera, centrado en el acompañamiento del embarazo y el parto: es una forma de aprovechar la experiencia de las circuncisoras orientándola hacia otros fines beneficiosos para la comunidad. El proyecto exige la creación de infraestructuras. Como no pueden llegar rápido al hospital, las mujeres de las aldeas se ven a menudo obligadas a dar a luz en casa. Hawa sabe de lo que habla: ella también nació en el campo. Sin la ayuda de la tita Bah, el parto de Ma podría haber terminado en tragedia. Para acoger a las futuras madres y garantizarles un seguimiento regular, Hawa planea construir casas de salud. Estas semanas ha descubierto su faceta de emprendedora, y la experiencia le gusta, aunque sigue considerándose, ante todo, médica.

Hace poco Hawa ha decidido dar un paso importante: va a iniciar un proceso de reconstrucción. Ha leído artículos sobre mujeres que han sido operadas por médicos especializados en cirugía reparadora. A partir de tejidos sanos, estos cirujanos consiguen reconstruir el clítoris amputado. La mayoría de las pacientes recuperan sensibilidad y la capacidad de sentir placer. La reconstrucción no es sólo física, sino que va acompañada de un tratamiento psicológico para ayudar a la mujer a reapropiarse de esa parte de su cuerpo. Se necesita tiempo y paciencia para alcanzar el orgasmo, pero la esperanza es lo

último que se pierde, afirman las mujeres que se han sometido al tratamiento.

Hawa sabe que jamás olvidará la mañana del bosque, pero quiere apaciguar a sus demonios y mirar hacia delante. Sí, su madre la traicionó, pero también la quiso, la animó y la empujó por el camino de la educación. Hawa es fruto de esa contradicción, de esa mezcla de amor y sufrimiento. Desde hace algún tiempo ve a Ma con otros ojos; ha dejado de juzgarla.

Tras la llamada de Moïra, Hawa volvió en busca de Kwamé. Fue con él a tomar una copa a Papa Samba y le habló del bosque por primera vez. Kwamé la escuchó en silencio, pero acabó confesándole que lo sospechaba. Lamentaba no haberse atrevido a abordar el tema. No lo hizo por pudor, o quizá por cobardía.

Hawa sabe que este hombre que nunca será su marido ni su amante sigue siendo su amigo. Se quisieron y se perdieron, pero ahora han vuelto a encontrarse para llevar a cabo un gran proyecto: el profesor Diallo le ha propuesto a Hawa abrir una unidad dedicada a las mujeres mutiladas en el hospital de Dakar. Desde luego, está todo por hacer, puntualizó. Hawa rebosa energía y tiene muchas ideas; quiere invitar a especialistas para formar a médicos locales en cirugía reparadora. El lugar que estuvo buscando durante tanto tiempo en otra parte, parece que lo ha encontrado aquí, en su país, en el mismo lugar donde nació.

Llamó a Moïra para contarle que no iba a volver.

—Te echaremos mucho de menos, pero te comprendo —le dijo su amiga, que le prometió que viajaría a Dakar y a Léné con su familia.

También se ofreció a participar como enfermera en los cursos de formación para las circuncisoras. Le encantaría trabajar con Hawa. Las dos se llaman con frecuencia para hablar de la huelga y comentar sus avances.

Hace unas semanas, Hawa hizo un llamamiento por radio y televisión: pidió a todas las mujeres que se unieran a la huelga en contra de la ablación y las animó a ir a la manifestación para hacer visible su compromiso. Citó unas palabras pronunciadas por Leymah Gbowee en plena guerra de Liberia:

Si tienes hambre, ponte en marcha.
Si tienes sed, ponte en marcha.
Si quieres saborear la libertad, sigue marchando.

También les recordó este dato escalofriante: cada quince segundos se mutila a una niña en el continente africano. Un día sin mutilaciones equivale a seis mil mujeres salvadas, dijo. Sin contar las tragedias, sufrimientos y traumas evitados.

Hacer huelga no es «no hacer nada», recalcó: es justo lo contrario. Hacer huelga es resistir, protestar, expresar tu opinión. Hacer oír tu voz. En cada barrio, en cada ciudad, en cada pueblo, las mujeres disponen de un poder, añadió: el de manifestarse para decir «no».

Tras ella, tomó la palabra Kwamé para dirigirse a los hombres. En su calidad de médico, pidió a los padres, los tíos, los hermanos, los

maridos, los primos, que apoyaran la huelga de las mujeres y condenaran las mutilaciones.

Se convocó a todas las mujeres y todos los hombres en la plaza de la Nation de Dakar, en el corazón del barrio del Plateau. Desde hace algunos años, es allí donde se celebran las manifestaciones. En 2019 se congregaron en la plaza centenares de senegalesas para denunciar la banalización de las agresiones sexuales. Su movilización condujo a la promulgación de un texto que tipificaba la violación y la pedofilia como delitos. La ley sobre la mutilación genital ya existe, pero no se aplica. Con esta marcha, Hawa quiere sacudir las conciencias, desterrar un tabú y acabar con esta tradición.

Hawa llega en mototaxi a la plaza de la Nation. La numerosa multitud congregada se extiende alrededor del gran obelisco blanco que conmemora la independencia del país. Hawa ve en ello un símbolo de esperanza y libertad, un símbolo de la autonomía y el poder que las mujeres recuperan hoy sobre sus cuerpos. Kwamé se reúne con ella acompañado de su mujer y sus hijos. También llega la joven mamá con la pequeña Coumba en los brazos. Luego, Toumani, Khady y su bebé, la tita Bah, a la que ayudan a caminar dos primos, y numerosos miembros de su comunidad, que han acudido desde Léné.

También está Ma. Al ver a su madre, a Hawa se le llenan los ojos de lágrimas. Tras sus declaraciones en los medios, Ma no hizo ningún comentario. Se mantuvo al margen de los debates. Pero esta

mañana, mientras la familia se apretujaba en el coche de Toumani para reunirse con Hawa, se ha acercado diciendo: «Yo también voy.»

Su presencia vale más que un gran discurso. En ese instante, Hawa tiene la sensación de que Ma vuelve a cogerle la mano, de que el lazo entre ellas se anuda de nuevo. Hoy avanzan una al lado de la otra bajo el ardiente sol y el cielo azul acero.

En medio de la multitud, Hawa se deja invadir por un sentimiento nuevo: está en paz, reconciliada al fin con su pasado. Durante mucho tiempo, se ha sentido desgarrada, pero ahora sabe quién es. Se promete que jamás volverá a huir, que jamás volverá a esconderse. Ignora qué le depara el futuro. Puede que en algún lugar exista alguien que sabrá comprenderla y amarla, incluso darle placer, quién sabe. Mientras llega ese momento, seguirá marchando. El resto de su vida acaba de empezar.

32

San José

Ana María está lista. Hace semanas, meses, que espera este día. Tiene la sensación de que lleva toda la vida esperándolo. Esta mañana, al salir de casa, se dice que ya no tiene nada que perder. El destino le ha quitado a todos los que amaba: su hermano, enrolado en la Salvatrucha; su padre, muerto de cáncer; su marido, desaparecido con otros inmigrantes, y Esperanza, condenada a treinta años de cárcel.

Enrique también se ha ido. Su mujer no sobrevivió a la neumonía. Tras su muerte, Enrique le explicó a Ana María que se iba a vivir con sus hijos a Estados Unidos. El mayor va a ser padre, le dijo, espera una niña, que se llamará Rosalba. En una telenovela, la historia habría tenido otro final. Ana María habría subido al Chevrolet, que se los habría llevado lejos de aquí para siempre. Pero esto es la realidad y simplemente se dijeron adiós delante de la casita de ladrillo y chapa ondulada.

—Te escribiré —le prometió Enrique.

Ana María fingió creerlo. Le habría gustado que fueran algo más que dos almas maltrechas y solitarias raídas por la vida. Dos almas

que el destino juntó y separó de nuevo. Pero así lo había querido la suerte.

Ana María sabe que su sitio está aquí, al lado de su madre y de Esperanza. Mientras otros apuestan por irse, ella elige quedarse. Quiere creer que el cambio es posible en su país y tiene la firme intención de participar en él.

En el autobús en el que se reúne con sus compañeras, Ana María no tiene miedo. Este 8 de marzo, han decidido ocupar las dependencias del taller por tiempo indefinido para impedir que se lleven las máquinas. Si intentan desalojarlas, se atarán a ellas lo mejor que puedan; por eso han cosido una gran cantidad de mangas. Ana María se ha preparado por si hay una respuesta violenta, pero eso no la asusta. A sus cuarenta y dos años, ya se ha enfrentado a todo. Ha atravesado el infierno varias veces. Ha conocido la brutalidad de las bandas, la del trabajo en el taller y la de la ley, que condenó duramente a Esperanza. Su vida sólo ha sido una sucesión de renuncias, pero va a tomarse la revancha, se lo ha jurado a sí misma.

A su llegada, la zona franca parece una ciudad sitiada. Por miedo a los disturbios, los gerentes de las maquilas han recurrido a las fuerzas del orden. La policía nacional civil se ha desplegado para garantizar el paso de las rompehuelgas y contener a las manifestantes. Ana María no se esperaba un dispositivo tan amplio: los agentes están armados hasta los dientes. El vigilante jurado se encuentra entre ellos. Qué hipocresía, piensa Ana María. Después de haber sido perseguido por la policía como miembro de las maras,

ahora actúa a su lado. La violencia ha cambiado de bando, pero sigue teniendo el mismo rostro, con o sin tatuajes.

—No hay que dejarse impresionar —les dice Ana María a sus huestes para enardecerlas —. Pasaremos de todas formas.

Ante la muchedumbre de trabajadoras, se siente una comandante de la guerrilla. Por el brillo que ve en los ojos de sus compañeras, comprende que ya no son las empleadas sumisas que el sistema ha explotado toda su vida. Ese día se han convertido en un ejército.

Hay unos instantes de espera, unos segundos de silencio, hasta que las mujeres se ponen en marcha. Todas unidas, codo con codo, una al lado de la otra. Manga con manga. Cogidas de los brazos y agarrándose de las manos, entrelazadas como las mallas de un mismo tejido, de una misma red. Ahora forman un solo cuerpo, que se afirma y avanza a pesar de la desgracia, la violencia y la pobreza. Solas, eran impotentes; juntas, se sienten investidas de un poder inmenso, el de cambiar las reglas del juego, volver a barajar las cartas en un mundo injusto y cruel. Están aquí, como hermanas de armas, como pilares de un mismo edificio, como soldados de una guerra pacifista, movidas por una cólera sin odio, habitadas por un proyecto más grande que ellas, que todas blanden como un estandarte, con pasión, con esperanza.

Ante ellas se alza un muro de policías, que intentan dispersarlas lanzando granadas lacrimógenas. Cegadas, zarandeadas, las trabajadoras siguen avanzando agarradas las unas a las otras, más decididas que nunca.

Delante del televisor, Marcia sigue las noticias con preocupación: para contrarrestar los disturbios en la zona franca, la policía ha dado la orden de cargar, explica la presentadora; se han iniciado violentos enfrentamientos. La protesta, originada en el sector de la confección, se ha extendido al conjunto del país y más allá de sus fronteras, prosigue. De Buenos Aires a México, de Santiago de Chile a Montevideo, las manifestaciones se multiplican.

Marcia coge el mando y sube el volumen mientras las imágenes muestran grandes multitudes en las diferentes capitales. La periodista recuerda que, en Centroamérica —en El Salvador, Honduras y Nicaragua especialmente —, siguen en vigor las leyes antiaborto más represivas del mundo; que los feminicidios son endémicos en todo el continente, donde las desapariciones de mujeres alcanzan cifras récord; que la violencia doméstica y sexual persiste con total impunidad. Este 8 de marzo, por primera vez, numerosos colectivos han decidido unir sus voces: Ni Una Menos, en Argentina; Mujeres Creando, en Bolivia; Vamos Mujer, en Colombia; Las Tesis, en Chile; Las Brujas del Mar, en México; Girl Up, en Venezuela; la plataforma Yo Sí Te Creo, en Cuba; y tantas otras que es imposible nombrarlas a todas. Por lo demás, parece que la huelga se está siguiendo en todo el mundo. En Asia, donde la jornada toca a su fin, el transporte ferroviario, aéreo y viario está totalmente paralizado; todos los comercios, las oficinas públicas, las escuelas, las universidades, los supermercados y los bancos han cerrado, y los servicios médicos se han reducido a las urgencias. Como se ha anunciado una posible prórroga de la huelga en ciertos sectores, los mercados financieros se encuentran en estado de alerta. A título personal, la periodista puntualiza que ella ha querido presentar el

telediario para cumplir con su misión de informar, pero que, a partir de este momento, deja de trabajar y se une a las huelguistas. Y sin más, se levanta y abandona el plató.

En la zona franca, el caos es absoluto. En medio del ruido y el humo, Ana María apenas puede mantenerse en pie. Ahora las repelen con disparos al aire y cañones de agua. Algunas caen y son inmovilizadas violentamente por los policías. Las hay que hacen amago de responder, mientras otras intentan retroceder, en vano. Ana María ya no sabe adónde ir. A su alrededor, sus amigas se han dispersado. Candelaria es la única que sigue a su lado. Juntas, continúan avanzando, cuando de pronto su compañera cae. Ana María se detiene para ayudarla. Inclinada sobre ella, no advierte que el vigilante jurado se acerca, porra en mano. Cuando lo ve, es demasiado tarde. El hombre alza su arma en el aire y la descarga sobre ella con todas sus fuerzas.

Ana María se tambalea. Por un momento, el mundo se detiene a su alrededor, la vida se pone en pausa. Tiene la sensación de que abandona su cuerpo y vuela por encima de la refriega, lejos de la maquila, muy lejos de San José, hacia un lugar que sólo le pertenece a ella, donde encuentra al fin a todas las personas a las que ha querido. Lo último que ve antes de perder el conocimiento es el rostro sonriente de Esperanza bailando en la plaza Duarte.

Epílogo

Unos meses más tarde

La puerta de la cárcel se abre con un chirrido. Deslumbrada por el sol, Esperanza entorna los ojos. Hacía mucho que no veía la luz del día. Lo primero que distingue es el pequeño grupo de mujeres que ha venido a celebrar su salida. La suya y la de las demás presas cuya liberación se ha anunciado hoy.

Las acompaña Berta, su fiel abogada. Tras la masiva movilización del 8 de marzo, la petición de amnistía que presentó en nombre de Esperanza y otras seis jóvenes fue aceptada. Berta se alegra, aunque sabe que la lucha dista de haber acabado. Aún son muchas las mujeres encerradas injustamente en las cárceles del Estado. La verdadera victoria la celebrará cuando la Asamblea derogue al fin la ley que criminaliza el aborto.

Al principio, Esperanza no distingue a su madre, un poco apartada. Para descansar la pierna, todavía débil, Ana María se ha apoyado en un banco. Pronto podrá prescindir de las muletas, le ha dicho el médico, que le ha prometido que volverá a andar como antes. Por suerte, la lesión no le ha impedido asumir sus nuevas funciones. A raíz de las amplias manifestaciones que incendiaron la

zona franca, los patronos de las manufacturas del sector aceptaron la creación de un sindicato, del que Ana María fue elegida representante. El gerente fue reemplazado; la nueva dirección garantizó que la maquila no se deslocalizaría. Las negociaciones, tan reclamadas, por fin han comenzado; las trabajadoras ya han conseguido una modificación del reglamento interno, la completa renovación de la iluminación y el pago de las horas extra. Aunque quedan pendientes muchas mejoras, ahora trabajan en condiciones dignas, sin poner en peligro su salud.

Al ver a su hija avanzando hacia ella, Ana María sonríe. Ha metido en el capazo unas pupusas recién hechas que irán a comerse juntas a la plaza Duarte. En el bolsillo, lleva una hoja de papel un poco arrugada: una carta de Enrique, que ha leído tantas veces que ya se la sabe de memoria. Y apretado en una mano, un frasquito de perfume con aroma a jazmín cuidadosamente envuelto.

Mientras escribo estas líneas,

una mujer muere cada diez minutos
en algún lugar del mundo
asesinada por su pareja o por un familiar.
Según la onu, esta cifra va al alza.

Cada quince segundos
se practica una ablación genital a una niña.

En El Salvador y en otros países,
se siguen imponiendo penas
de entre treinta y cincuenta años
en caso de aborto espontáneo o provocado.

Según la oms y la onu, una de cada tres mujeres
ha sufrido violencia física o sexual.
Este porcentaje representa cerca
de mil quinientos millones de personas.

¿Hasta cuándo?

Hoy es necesario que las mujeres griten.
Y que las demás mujeres —y los hombres —
quieran escuchar su grito.
No es un grito de odio, ni siquiera de cólera [...]
es un grito de vida.

BENOÎTE GROULT

Agradecimientos

A Juliette Joste, por su confianza y su entusiasmo.

A Alba, Constance y Laurent Beccaria, así como a todo el equipo de Éditions de l'Iconoclaste, por su cálida acogida y su apoyo.

A Sarah Kaminsky, por su ayuda constante durante todo el proceso de escritura de este libro.

A Damien Couet-Lannes, por sus valiosos consejos.

A Ghada Hatem-Gantzer, por el precioso tiempo que me dedicó.

A Céline Moreau y Hélène Litalien, por la información que me proporcionaron sobre su profesión.

A Kristín Jónsdóttir, Momo Yoshida, Marina Gning, Seynabou Thiam y Sergio Alfaro Rodríguez, por su ayuda y por su atenta lectura del manuscrito.

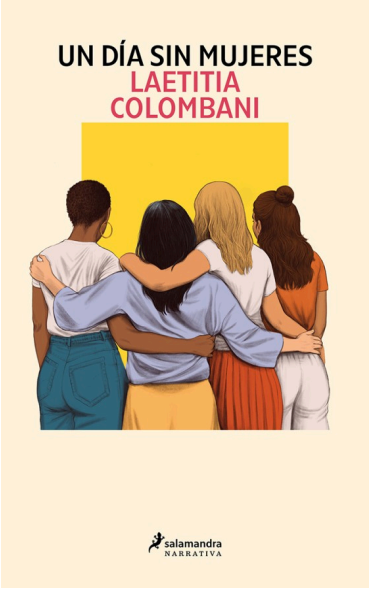
A Marie-Pierre Spinosi y al equipo de UNICEF, por los datos relativos a la mutilación genital femenina y a la violencia contra las mujeres.

A Olivier Nora y Jean-François Paga, de Éditions Grasset & Fasquelle, por autorizar el uso de la imagen de *La trenza* en el *sticker* de la cubierta francesa.

A mis padres, mis primeros lectores.

Y a Oudy, siempre.

El esperado regreso de la autora del éxito internacional *La trenza* con una novela sobre cuatro mujeres extraordinarias que luchan para cambiar la historia



En Reikiavik, Katla, una joven socióloga, se hunde tras el feminicidio de su amiga Sofía. Al descubrir que su abuela había participado en la gran huelga de mujeres islandesas, decide transformar su dolor en lucha: lanzar una huelga mundial contra la violencia y las desigualdades. Este soplo de rebelión pronto traspasa fronteras.

En Tokio, Michiko, embarazada, sufre humillaciones y acoso en el trabajo por haber «perturbado» el orden establecido. Destrozada, se refugia en casa de sus padres; su hermano, un recluso, revela su historia en Internet, despertando la ira de las mujeres japonesas.

En El Salvador, Ana María, una trabajadora agotada, soporta a la vez la miseria, la violencia social y el encarcelamiento injusto de su hija. Cuando su fábrica cancela la prima que debía financiar un regalo para su hija, se rebela, provocando una cadena de solidaridades inesperadas.

En Francia, Aya, una doctora senegalesa agotada, regresa a su país para recargar energías; allí salva a una niña víctima de ablación y finalmente se enfrenta a su propio trauma.

Sin conocerse entre sí, todas están decididas a decir «no» a su situación y a luchar. A medida que se acerca el 8 de marzo, el movimiento parece imparable: ¿podría un día de huelga cambiar la historia y abrir un futuro de justicia y solidaridad para las mujeres de todo el mundo?

En sus vidas, como en las nuestras, un día puede cambiarlo todo.

La crítica ha dicho:

«Laetitia Colombani recupera la fórmula ganadora que convirtió *La trenza* en un éxito: una novela coral que sigue el destino de cuatro mujeres que viven en lugares muy alejados entre sí y cuyas vidas acabarán unidas por un sorprendente hilo narrativo.»
Les Échos

«Entre heridas, culpas y actos de valentía, esta ficción luminosa reivindica el poder de la sororidad y la capacidad de la esperanza para abrirse paso incluso en los momentos más oscuros.»
Le Soir

«Laetitia Colombani da voz a mujeres que buscan la paz y la igualdad y descubre cómo la unión puede convertir la vulnerabilidad en fuerza.»
Le Figaro

«Con una escritura vibrante y profundamente documentada, Laetitia Colombani entrelaza realismo social y emoción poética en una fábula universal sobre la fuerza de las mujeres.»
Sud Ouest

«Tras el fenómeno internacional de *La trenza*, Laetitia Colombani regresa con una ambiciosa novela coral que celebra la fuerza colectiva de las mujeres y su capacidad para cambiar el mundo. Una historia de esperanza, solidaridad y transformación.»
Ouest-France

«De un continente a otro, una poderosa historia coral sobre mujeres que descubren en la unión la fuerza para resistir y cambiar su destino.»
Version Femina

«Un relato inspirador que celebra la fuerza colectiva de las mujeres y reivindica su papel imprescindible en la construcción de un mundo más justo.»
RTL Info

«Una narración intensa y necesaria que, frente a la violencia y la injusticia, hace surgir una poderosa sensación de sororidad y un

profundo deseo de transformar el mundo.»
rts.ch

Laetitia Colombani (Burdeos, 1976) estudió cine en la escuela Louis-Lumière y dirigió su primera película a los veinticinco años. En poco tiempo se ha consolidado como directora, guionista y actriz, y ha trabajado con intérpretes de la talla de Audrey Tautou, Emmanuelle Béart o Catherine Deneuve. *La trenza*, su ópera prima, se convirtió en un fulgurante éxito editorial que ha vendido ocho millones de ejemplares en todo el mundo, se ha traducido a más de cuarenta idiomas y ha obtenido más de veinte premios literarios. En 2023 se estrenó la versión cinematográfica, una coproducción internacional dirigida por la autora. Posteriormente, Colombani ha publicado las novelas *Las vencedoras*, *El vuelo de la cometa* y *Un día sin mujeres*, y el álbum infantil ilustrado *La trenza o el viaje de Lalita*, todos editados en español por Salamandra.



Título original: *Un jour sans femme*

Primera edición: octubre de 2026

© 2026, L'Iconoclaste, París
This edition is published by arrangement with L'Iconoclaste in conjunction with its duly appointed agents Books And More Agency #BAM, Paris, France and The Ella Sher Agency. All rights reserved
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, José Antonio Soriano Marco, por la traducción

Diseño de la cubierta de Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de la cubierta: © Silja Goetz

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-18968-17-4

Compuesto en: Comptex&Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: Salamandraed
X: @SalamandraEd
Instagram: @SalamandraEd
YouTube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

Índice

Un día sin mujeres
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Laetitia Colombani
Créditos